

Relatos de Macondo:

Antología de ganadores de
la segunda edición del
curso 'Macondo sí tiene
quien le escriba'

Relatos de Macondo:

Antología de ganadores de
la segunda edición del
concurso 'Macondo sí tiene
quien le escriba'





Relatos de Macondo:

Antología de ganadores de
la segunda edición del concurso
'Macondo sí tiene quien le escriba'



Créditos



Editor
Fanuel Hanán Díaz

Diseño gráfico
Clara Buesaquillo Izaquita

Ilustraciones generales
Maricell Salazar Meza

Coordinador del proyecto
Alejandro Mouthon Chamorro

Coordinadora de comunicaciones
Juliana Avendaño García

Equipo Fundación Gabo

Director General
Jaime Abello Banfi

Director de Programas
Miguel Montes Camacho

Gerente de Educación y Ciudadanía
Iván Cárdenas Donado

Directora de Comunicaciones y Mercadeo
Carolina Gómez Piñol

Editor general
Andrés Martínez Zalamea

Coordinador de diseño
Julio Villadiego Cubides

Equipo CAF - banco de desarrollo de América Latina y el Caribe -

Presidente Ejecutivo
Sergio Díaz-Granados Guida

Secretaria General
Alejandra Claros Borda

Coordinadora de Cultura y Deporte -
Secretaría General
Aloha Pinto Contreras

Ejecutiva de Secretaría General
Valentina Ochoa

Oficial de Secretaría General
Mariana Camero

Director de Comunicación Estratégica
Andrés Zamora

Ejecutiva Principal de la Dirección de
Comunicación Estratégica
Renata Cabrales

ISBN: 2025 978-628-96864-1-8
Edición 2-2025

Impreso por: La Imprenta Editores S.A.
Cl. 77 #No. 27 A - 39, Bogotá

Impreso en Colombia.

A ustedes, soñadores con menos de cuarenta años, les corresponde la tarea histórica de componer estos entuertos descomunales. Recuerden que las cosas de este mundo, desde los trasplantes de corazón hasta los cuartetos de Beethoven estuvieron en la mente de sus creadores antes de estar en la realidad. No esperen nada del siglo XXI, pues es el siglo XXI el que lo espera todo de ustedes. Un siglo que no viene hecho de fábrica sino listo para ser forjado por ustedes a nuestra imagen y semejanza, y que sólo será tan glorioso y nuestro como ustedes sean capaces de imaginarlo.



“Ilusiones para el Siglo XXI”.
Discurso de Gabriel García
Márquez en el Foro América
Latina y el Caribe frente al Nuevo
Milenio, marzo de 1999.



Índice



- 7 Prólogos
- 14 Los peces de oros hablantes
Eva Llona
- 22 La guerra del futuro
Bautista Squire
- 28 El corazón vibrante de Santa Cruz
María José Céspedes Melgar
- 34 Las velas del patriarca
Alysson Victoria Zerda Delgadillo
- 44 Todos los quirquinchos rumbo al Socavón
Kimberly Tamara Galvarro Gutiérrez
- 50 O sonho de Mandu Ladino
Davi Carvalho
- 60 El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
- 74 La gran búsqueda de la arepa de oro
Juan Diego Arango Gaviria
- 82 Color chocolate
Valeria Murillo
- 90 Luna y luz
Emilia Delfino
- 100 La noche de los peces bailarines
Angie Sofia Páez Olaya
- 108 La historia del colibrí blanco
Dhanna Jimena Cordero Segura
- 116 Ñawi Kawsay - Estrella viva
Sofía Tapia
- 124 De huesos a pan
Martina Espinosa
- 132 Un asesinato en Bonaire
Gràcia Guardiola Vallés
- 142 Entre cenizas
Kevin Abdiel Herrera Jiménez
- 150 Who did it
Teresa Caro González
- 168 El ajedrez mágico de Kaori, un
viaje por la literatura de Arguedas
Scarleth Cortez
- 176 La Asnu Wiksa
Samira Huamán
- 184 Nacido en Venezuela
y viviendo en Chile
Ricardo Chacín
- 192 La mujer que pintó el agua
Zoe Parro San Román
- 201 Agradecimientos

Prólogo



En tiempos en los que la inteligencia artificial generativa se presenta insidiosamente como la última alternativa facilitadora del acto de la escritura y como tecnología imbatible para el conocimiento y la narración, entre otros usos, contar historias desde la experiencia vivida y con el cerebro propio se vuelve más valioso que nunca.

En este contexto, algo sencillo en apariencia –contar nuestras historias sobre el papel o el teclado–, puede interpretarse como una forma radical de autonomía y afirmación en el mundo, como ejercicio de indagación, memoria e imaginación que nos permite descubrirnos y conectarnos con los otros, sin claudicar de manera facilista ante el misterio deslumbrante de los algoritmos y de una IA que precisa ser regulada y vigilada para que la humanidad pueda aprovecharla sin tantos riesgos políticos, éticos y ambientales. Por eso, desde la Fundación Gabo, creemos que fomentar la escritura y la lectura –y especialmente desde la infancia– es también un acto de defensa de lo humano.

Nuestro fundador, Gabriel García Márquez, anotó alguna vez que “...a ratos me sentía escribiendo por el puro placer de narrar, que es quizás el estado humano que más se parece a

la levitación”. En esa imagen hay algo que nos orienta: la invitación a escribir no como imposición escolar ni como desempeño técnico, sino como juego libre de pensamiento, como disfrute creativo. Eso es lo que buscamos propiciar con ***“Macondo sí tiene quien le escriba”***, concurso que se sostiene en la convicción de que el relato puede ser comunidad y espacio propicio para reconocernos en lo que somos y crecer como personas y como ciudadanos desde la riqueza de las lenguas que definen nuestros encuentros y tradiciones comunes.

Esta apuesta por el trabajo con niñas y niños y la movilización de educadores de nuestros países enriquece la perspectiva misional de la Fundación Gabo en sus tres líneas de actuación (periodismo, educación y cultura), y es posible gracias a una visión renovada de la alianza estratégica que nos une desde hace más de veinte años a CAF - banco de desarrollo de América Latina y el Caribe -, a partir de un convenio firmado por Gabo y su presidente de entonces, Enrique García Rodríguez. Al proyecto se suma ahora el apoyo de la OEI - Organización de Estados Iberoamericanos.

La segunda edición del concurso recibió 2.021 postulaciones provenientes de 19 países de Iberoamérica y el Caribe. Los veinte cuentos ganadores, escritos por niños y niñas de entre 10 y 13 años de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, España, México, Panamá, Perú y Venezuela, nos revelan una riqueza expresiva fascinante. Desde relatos de peces danzantes hasta búsquedas de arepas doradas, cada historia reafirma la potencia de narrar lo propio.

Esos cuentos premiados, que se recogen en este libro, fueron escogidos tras una ronda de preselección internacional con jurados independientes,

gracias a la lectura atenta del jurado final, compuesto por Mary Grueso, poeta y narradora afrocolombiana, Roger Mello, ilustrador brasileño reconocido con el Premio Hans Christian Andersen, y Mateo García Elizondo, narrador y guionista mexicano.

Sus autores fueron festejados en Cartagena de Indias, luego de recorrer lugares esenciales para la vida y obra de Gabo. En presencia de sus familiares recibieron un galardón simbólico –un pez en filigrana bañado en oro– y compartieron con otros niños una experiencia de lectura, escritura y descubrimiento. Nos sentimos felices de haberlos acompañado en una ceremonia de paso: de lectores a narradores, de infancia a creación.

Ad portas del centenario del natalicio de Gabriel García Márquez en 2027, el proyecto *“Macondo sí tiene quien le escriba”* se consolida en sus distintas facetas (concurso, encuentros, publicación), como otra forma de apropiación y vivencia de su legado para formar nuevas generaciones críticas, sensibles y creativas. Como dijo una de las niñas ganadoras: “Conocer el Caribe colombiano y la fascinante trayectoria de Gabo me inspira a seguir explorando la escritura con aún más creatividad”.

Celebremos mediante la lectura a veinte nuevos narradores y una visión compartida sobre el poder de la sensibilidad y originalidad humana. Porque escribir sigue siendo –a pesar de todo– un modo de imaginar el mundo, y también de transformarlo.

Jaime Abello Banfi
Director General
Fundación Gabo



Prólogo

La cultura es el alma de los pueblos y la semilla de su desarrollo. En CAF – banco de desarrollo de América Latina y el Caribe – estamos convencidos de que el verdadero progreso no se mide solo en cifras o infraestructuras, sino en la capacidad de nuestras sociedades para imaginar, narrar y construir un futuro compartido. Por eso, la lectura, la escritura y el libro son tanto herramientas educativas como estrategias fundamentales para el desarrollo humano, social y económico de nuestra región.

La segunda edición de “Macondo sí tiene quien le escriba” es mucho más que una antología. Es un testimonio vivo de la creatividad y la diversidad de nuestras infancias, una invitación a escuchar las voces frescas y auténticas de niñas y niños que, desde distintos rincones de América Latina y el Caribe, se atreven a contar sus historias, a reivindicar sus raíces y a celebrar la riqueza de lo que somos.

Como alguna vez expresó Gabriel García Márquez: **“La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y**

cómo la recuerda para contarla.” En estas páginas, los jóvenes autores recuerdan, reinventan, sueñan y dan vida a un continente que se reconoce en su pluralidad y en su esperanza. Cada relato es una ventana a mundos posibles, un puente entre generaciones y un acto de afirmación de identidad.

En CAF, junto a la Fundación Gabo, asumimos el compromiso de seguir promoviendo espacios donde la lectura y la escritura sean motores de inclusión, creatividad y transformación. Creemos firmemente que incentivar el amor por los libros es abrir caminos hacia la libertad, el pensamiento crítico y la igualdad de oportunidades. Por ello, impulsamos políticas públicas y proyectos que sitúan a la cultura desarrollo, convencidos de que cada niña y cada niño que escribe y lee está forjando el destino de nuestra región.

Agradecemos a quienes hicieron posible esta antología y, sobre todo, a los jóvenes escritores que, con valentía y sensibilidad, nos regalan su mirada sobre el mundo. Que este libro inspire a más niñas, niños y jóvenes a escribir sin miedo, a leer con pasión y a reconocerse como protagonistas de la gran historia latinoamericana y caribeña.

Porque, en definitiva, Macondo sí tiene quien le escriba, y nuestro continente tiene quien lo sueñe, lo narre y lo transforme.

Sergio Díaz-Granados Guida

Presidente Ejecutivo de CAF – banco de desarrollo de
América Latina y el Caribe -

Los peces de oro hablantes



Eva Llona

12 años

Argentina





Querido Macondo,
esta es mi historia:
Mis peces de oro. Los del río
Paraná. Yo nado junto a ellos, y
ellos junto a mí. Su belleza es la
de las pardas aguas del río, la de
los sauces llorones que crecen
junto a él.

Ellos son los que me enseñan
a nadar, los que me ayudan a
volar, los que me hacen soñar. Los
dorados me llevan a viajar. Porque
el agua es eso: un viaje, como
la vida. El agua y sus peces me
conocen desde chica, desde que
era un bebé que no sabía hablar
ni tenía mi primer diente. Es así,
forman parte de mí.

Desde hace mucho tiempo el
agua y yo somos muy unidas. Es lo

que más me gusta, lo que hago es
estar con ella: yo, ahora, entreno
natación, porque me hace muy
feliz. Entreno todos los días y ella
está ahí conmigo, me trae saludos
de mis peces de oro queridos.
Tomo agua y ella me da energía,
me refresca cuando tengo calor,
aliviana mis comidas. Y así me
recuerda a mis peces queridos, a
los que yo extraño durante todo
el año, hasta que se terminan las
clases, pasa la Navidad, y, unos
días antes de Año Nuevo, vamos
allí, con ellos.

Yo empiezo todos los años con
los dorados. Y les hablo, aunque
ignoro si me entienden o no. Sin
embargo, ellos me oyen. Me oyen
con ganas. Porque oír no es lo

mismo que escuchar. Escuchar, a menos que seas sordo, escuchan todos. Todos escuchan la sirena de los bomberos. Todos escuchan los gritos de un bebé. Todos escuchan cuando la pava hierve. Pero oír es diferente. Oír es querer escuchar, hacerlo a propósito. No todos oyen el ruido de la lluvia. No todos oyen el canto de las golondrinas. No todos oyen el agua correr.

No todos oyen hablar a los peces. Pero yo sí. Llevo mucho tiempo practicando. Días enteros boca abajo en la orilla de este río, con la vista hacia él. Horas viendo a los peces, intentando descifrar lo que dicen.

Los peces no están hechos para hablar, sino para oír. Y para moverse. Porque mis joyitas de oro acuáticas no paran de moverse. Aprendí que aunque los movimientos son diferentes, se repiten. Forman dibujos. Se escapan y vuelven. Son letras escurridizas. Es un idioma muy difícil. Creía que era imposible

aprenderlo. Pero no me rendí.

Al principio, solo podía verlos, no entendía nada de lo que me querían decir. Pero seguí mirándolos. Yo los escuchaba, pero no podía oír ni la más minúscula palabra, ni el más minúsculo sonido. Pero un día los oí, y comprendí dos primeras palabras: “hola”, que era el primer movimiento que hacían los peces cuando yo llegaba a la orilla del río; y “chau”, que era el último de sus dibujos en el agua. Los movimientos consistían en fuertes sacudidas de cola a cabeza, o en saltos fuera del agua, o en abrir y cerrar la boca. En fin, lo que sería el comportamiento corriente de un pez. Yo, alentada porque ya había comprendido dos palabras de su particular lenguaje, dediqué más tiempo de mis vacaciones en el río a observar a mis dorados.

De a poco fui entendiendo otras palabras como “lluvia”, “agua”, “amiga”; y cuando debimos volver a nuestra casa, en Buenos



Aires, primero me entristecí, pero me reanimé enseguida sabiendo que volvería al siguiente año. Me despedí de mis peces y leí su mensaje en el agua: “¡Chau, amiga, buen viaje, hasta el año que viene!”. Eso me hizo feliz.

Los días se me pasaron volando, y además cada tarde me reencontraba con mi amiga y recibía saludos de mis dorados.

Ese año llovió bastante. Y yo tenía mucho tiempo para oír el agua.

Unos días antes de Año Nuevo preparé la valija, puse mis cuadernos, guardé las historias que iba a contarles a mis peces. También guardé un cuaderno nuevo, de hojas lisas, para dibujar sus movimientos y, al lado, anotar su significado. Estuve todo el viaje pensando en mis peces, y si podría, al fin, comprender su magnífica lengua.

Los saludé al llegar a la orilla. Y ellos a mí. Abrí mi cuaderno en blanco, y pasé el día entero anotando sus movimientos. Pero todavía no sabía leerlos.

Con el pasar de los días, pude leer todo lo que me decían y mantener conversaciones con ellos. Les hablé de mi año en la Capital, y los dorados, de su año en las aguas del río. Conversamos, cada uno en su idioma, porque ninguno sabía hablar el del otro, pero sí podía entenderlo.

Siempre voy veinte días a Entre Ríos, cerca del Paraná, porque es mi río favorito. El Uruguay me gusta mucho también, pero mis peces están en el Paraná, y entonces allí estoy yo también. Aquel verano, cuando me quedaban solo unos días para regresar, los dorados me hablaron:

–Porteñita –que era como me decían, porque a los que vienen de

la Capital les dicen porteños—, vos nos leés, pero podrías oírlos.

—¿Cómo podría oírlos?

Esto fue lo que pude leer: “Solo cerrá los ojos, y escuchá nuestro chapoteo, escuchá ahora que el agua no tiene olitas, escuchá nuestros movimientos”.

Y entonces escuché. Escuché un salto, un abrir y cerrar de bocas, una vuelta, un chapoteo de aletas.

Y comprendí lo que había oído.

Ya no necesité dibujar ni escribir nada. El lenguaje de los peces se había vuelto una parte de mí. Fui mitad pez, pero no como las sirenas, sino por dentro. Era mitad pez porque entendía a los peces, a los dorados, podía oírlos, leer su idioma. Podía comprenderlos. No pensaba en el habla de los peces como en algo ajeno, sino como en algo propio. Era posible, estaba sucediendo.

—Entiendo su idioma —dije—, ¿soy la primera persona que lo hizo?

—No, por supuesto que no.

—Oh, ¿y quién fue la primera? —pregunté.

—Eso no lo sabemos —respondieron los peces de oro—, no lo sabemos con exactitud, pero sabemos que las hubo.

—¿Y quiénes fueron? —insistí.

Ellos hicieron memoria:

—Fueron pueblos que habitaron estas tierras —empezaron a contar los dorados, al unísono—, amigos de la naturaleza. Cuidaban el agua, le pedían a su madre que los protegiera a cambio de ofrendas. Guaraníes, charrúas, timbúes, chanaes nos respetaban, y podían oírlos. Pedían permiso para pescarnos y así poder alimentarse. Los guaraníes nos llaman lo “pira óro”, que en tu idioma se traduce como “pez dorado”, y “Paraná” significa “pariente del mar”. No nos pescaban para dominarnos, sino que lo hacían con su propio cuerpo, diciéndonos por favor y agradeciendo que los dejemos vivir junto a nosotros y la naturaleza.

Los peces de oro hablantes
Eva Llona
ARG



Ellos no utilizaban barcos ni cañas de pescar –con esos otros muy distintos que nos clavan anzuelos, nos lastiman la boca y nos tienden trampas–. Con el pasar del tiempo, los hispanohablantes se fueron mezclando con estos pueblos, y, al mestizarse, transmitieron su lengua por todo el territorio. Ahora, la mayoría de la población habla esta lengua, con nuestro acento, con un toque de cada tribu. En este proceso, la mayoría de los niños y las niñas mestizos y mestizas no heredaron la costumbre de hablarnos.

–Entonces, ¿desde hace todo ese tiempo nadie habla con ustedes?

–No, porque vos no sos la única niña que habla con nosotros. También hay otros y otras. De estas tierras y de otros lugares. Todavía hay pueblos enteros que lo hacen. Ellos desde siempre, y

para siempre, se conectan con la naturaleza, que es algo muy valioso. Es una cualidad que ellos tienen, y vos también. Es una forma de respeto.

Ese había sido mi último día en Entre Ríos. Nos despedimos hasta el próximo año y yo me quedé pensando en esos pueblos que pudieron conectarse con la naturaleza. En que ellos habían sabido respetarla. En que habían hablado un lenguaje distinto, el de los peces, un lenguaje que la ciencia jamás pudo descubrir.

En el viaje, sentada en el auto, abrí mi cuaderno de los peces y vi todos sus movimientos. Los estudié: decidí que aprendería a hablar su lengua. Sí, eso haría.

Llegué a mi casa, pasaron los días. Practiqué y practiqué. No me salía. Era muy difícil. Todas esas contorsiones que debía hacer. Era incluso más difícil que

comprenderlo. Parecía imposible. Pero no lo fue: lo logré. Logré decir una palabra, logré decir “pez”. Y lograría más. Lo hice. Pude hablar en el idioma de los peces de oro.

Cuando llegó el verano, con mi familia volvimos a visitar el río, el pariente del mar, y me encontré con mis peces. Hablé con ellos en su idioma. Se pusieron muy contentos. Me agradecieron por haberlo aprendido y me dijeron que era su mejor amiga, que me querían mucho.

Y yo a ellos.

Eso me hizo sentir muy orgullosa. Tenía esa cualidad y me hacía sentir especial.

Me gustó saber que cada verano de cada año estaría con mis amigos, los peces de oro hablantes del río Paraná.

La guerra del futuro



Bautista Squire

10 años

Argentina





Era el 25 de mayo de 1810, y una mujer muy valiente llamada María Remedios del Valle estaba en medio de una gran batalla. Ella ayudaba a los soldados que peleaban para que Argentina fuera libre, curando a los heridos, llevándoles agua y dando ánimos a todos. Llevaba un vestido largo, sencillo, y un pañuelo blanco en la cabeza. Su bandera azul y blanca, con un sol dorado, siempre estaba cerca, porque le recordaba por qué estaban luchando.

De repente, mientras vendaba a un soldado, algo mágico pasó: una luz muy, muy brillante la rodeó. Era tan intensa que María tuvo que cerrar los ojos. Y cuando

los abrió de nuevo, ¡todo había cambiado!

María se despertó en el año 2500. El lugar era muy extraño. Las montañas seguían ahí, como las que siempre había conocido, pero todo lo demás era diferente. Ya no había soldados ni caballos, ni siquiera humo de las batallas. En lugar de eso, había edificios súper altos que tocaban el cielo y aparatos que volaban por el aire, como pájaros de metal. María no entendía nada. —¿Dónde estoy? —se preguntó en voz alta, muy confundida.

Miró a su alrededor y notó que todavía tenía su bandera en la mano, esa bandera que

siempre llevaba cuando ayudaba a los soldados. Los colores azul y blanco, con el sol dorado, brillaban más que nunca. Sabía que algo importante estaba por pasar, pero no estaba segura de qué hacer.

De repente, una viejita apareció de la nada. Tenía el cabello blanco y estaba vestida con ropa muy antigua, como si viniera de otra época también. La viejita miró a María y le dijo:

—¡María, te necesitamos! Los malos han vuelto, pero esta vez no vienen a caballo. Ahora tienen máquinas que vuelan y controlan todo con cosas raras. Pero tú puedes ayudarnos a luchar.

María, que siempre había sido valiente, no lo pensó dos veces. Aunque todo lo que veía era muy raro y moderno, sabía que debía ayudar. Comenzó a caminar por este mundo nuevo. Vio a muchas personas con objetos extraños en las manos, que llamaban celulares, y parecían estar muy distraídas.

Estaban tan concentradas en sus celulares que casi ni miraban a los demás. Pero entonces vio otras personas con ropa de colores alegres, que parecían recordar sus raíces, como si supieran lo que realmente importaba.

María siguió caminando y, mientras avanzaba, se encontró con un grupo de niños y jóvenes. Estaban en un parque, pero no era un parque común. Aunque todo a su alrededor era moderno, lleno de máquinas y autos que volaban, estos niños y jóvenes estaban plantando flores y árboles. Uno de los niños, con una sonrisa en la cara, se acercó a María y le dijo:

—Ellos creen que sus máquinas pueden hacer todo, pero no saben que la tierra es lo más fuerte.

María sonrió. Sabía que ese niño tenía razón. La tierra y la naturaleza siempre serían más poderosas que cualquier máquina. Así que, junto con los niños y jóvenes, reunió a más personas.



Algunas de ellas eran mayores, otras más jóvenes, pero todas estaban dispuestas a ayudar. Juntos, subieron a una montaña muy, muy alta, desde donde podían ver todo lo que estaba pasando en ese mundo moderno.

Desde la cima de la montaña vieron a los malos acercarse. No venían a caballo como en los viejos tiempos, sino en naves voladoras, grandes y brillantes, que parecían estar listas para atacar. Pero María sabía que los malos no podían ganar. No importaba cuántas máquinas tuvieran, porque el verdadero poder no estaba en la tecnología. El verdadero poder estaba en las personas que cuidan la tierra, que recuerdan su historia y que se ayudan unos a otros.

Con su bandera en la mano, María la levantó bien, bien alto. Los colores azul y blanco, junto con el

sol dorado, empezaron a brillar más y más. Era como si el cielo y la bandera se unieran en una sola luz gigante. Esa luz era tan fuerte que todo alrededor empezó a cambiar.

Las naves de los malos intentaron seguir adelante, pero de repente se apagaron. Sus motores dejaron de funcionar y las naves cayeron al suelo. ¡Los buenos ganaron sin ni siquiera tener que pelear! Todo gracias a la valentía de María y a la fuerza de las personas que cuidaban la tierra.

María estaba muy feliz. Sabía que su trabajo había terminado. Antes de irse, miró a los niños y jóvenes que la habían ayudado. Les sonrió y les dijo:

—Recuerden siempre quiénes son y de dónde vienen. El poder no está en las máquinas ni en las cosas que vuelan; está en el amor por nuestra tierra, por nuestra historia y por la libertad.

Y con esas palabras, María desapareció, pero su legado siguió vivo. Los niños y jóvenes nunca la olvidaron. Siempre recordaron a esa señora valiente que los había ayudado a salvar su mundo y que nunca se rindió. María Remedios del Valle se convirtió en una heroína que sería recordada para siempre, no solo por los soldados a los que ayudó, sino también por todas las personas que cuidan la tierra y la libertad, sin importar en qué tiempo o lugar vivan.

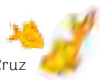
El corazón vibrante de Santa Cruz



**María José
Céspedes**

12 años
Bolivia





Había una vez, en el cálido y bullicioso departamento de Santa Cruz de la Sierra, una ciudad que no dormía nunca. Pero lo que pocos sabían era que, al caer la noche y cuando el último mototaxi apagaba su motor, las calles, árboles y edificios cobraban vida. La ciudad entera se animaba, y sus habitantes secretos no eran humanos, sino las cosas que daban vida a Santa Cruz: las palmeras, los puentes, los mercados, e incluso las estatuas del parque urbano.

El despertar de los mercados

A las doce en punto, el mercado Los Pozos abría sus

ojos invisibles y comenzaba la fiesta nocturna. Las frutas, hasta entonces apiladas y quietas, saltaban de los cajones y jugaban como niños traviesos. Los plátanos hacían acrobacias sobre las papayas, mientras los aguacates rodaban por el suelo como si fueran canicas.

—¡Cuidado, va y te aplasto!
—decía la sandía, riéndose de la manzana que intentaba mantenerse en pie.

Los vendedores no lo sabían, pero cada madrugada sus productos bailaban hasta el amanecer.

La plaza 24 de Septiembre: el alma de la ciudad

No muy lejos, en la plaza 24 de Septiembre, las palmeras se sacudían del sueño y estiraban sus largas hojas como si acabaran de despertarse de una siesta tropical.

—¡Vamos, es hora de movernos!
—gritaba un ceibo antiguo, sacudiendo las raíces.

Las palomas de bronce de las fuentes levantaban vuelo por fin, cansadas de posar para las fotos de turistas.

La gran fiesta en el río Piraí

Pero el verdadero espectáculo sucedía a orillas del río Piraí, donde cada noche las aguas organizaban un carnaval. Las arenas se transformaban en comparsas que bailaban al ritmo de la tamborita. Los árboles del borde del río, cansados de su quietud, se unían a la música, sacudiendo sus ramas al ritmo del viento nocturno.

Hasta el puente Foianini saltaba y se contoneaba, liberado por unas horas de la

carga del tráfico diario.

—¡Qué bien se siente ser puente solo para la fiesta! —gritaba, haciendo piruetas.

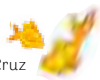
Las luces del puente brillaban más fuerte, reflejándose en el río como si fueran luciérnagas danzantes.

El guardián del amanecer

Sin embargo, había una regla sagrada: todo debía volver a la normalidad antes del amanecer. La encargada de vigilar que esto se cumpliera era la campana de la Basílica Menor de San Lorenzo. Cada mañana, justo a las cinco, la campana daba un último campanazo, anunciando la llegada del sol.

Con esa señal, las frutas, los puentes y las bancas regresaban rápidamente a sus lugares. Las estatuas se quedaban inmóviles, y las aguas del Piraí volvían a fluir con calma. Nadie debía sospechar de su secreto.

El corazón vibrante de Santa Cruz
María José Céspedes
BOL



Cuando los primeros rayos de sol tocaban la ciudad, todo volvía a la calma. Los cruceños despertaban, listos para otro día, sin imaginar que la noche anterior Santa Cruz había bailado, reído y vivido como nunca.

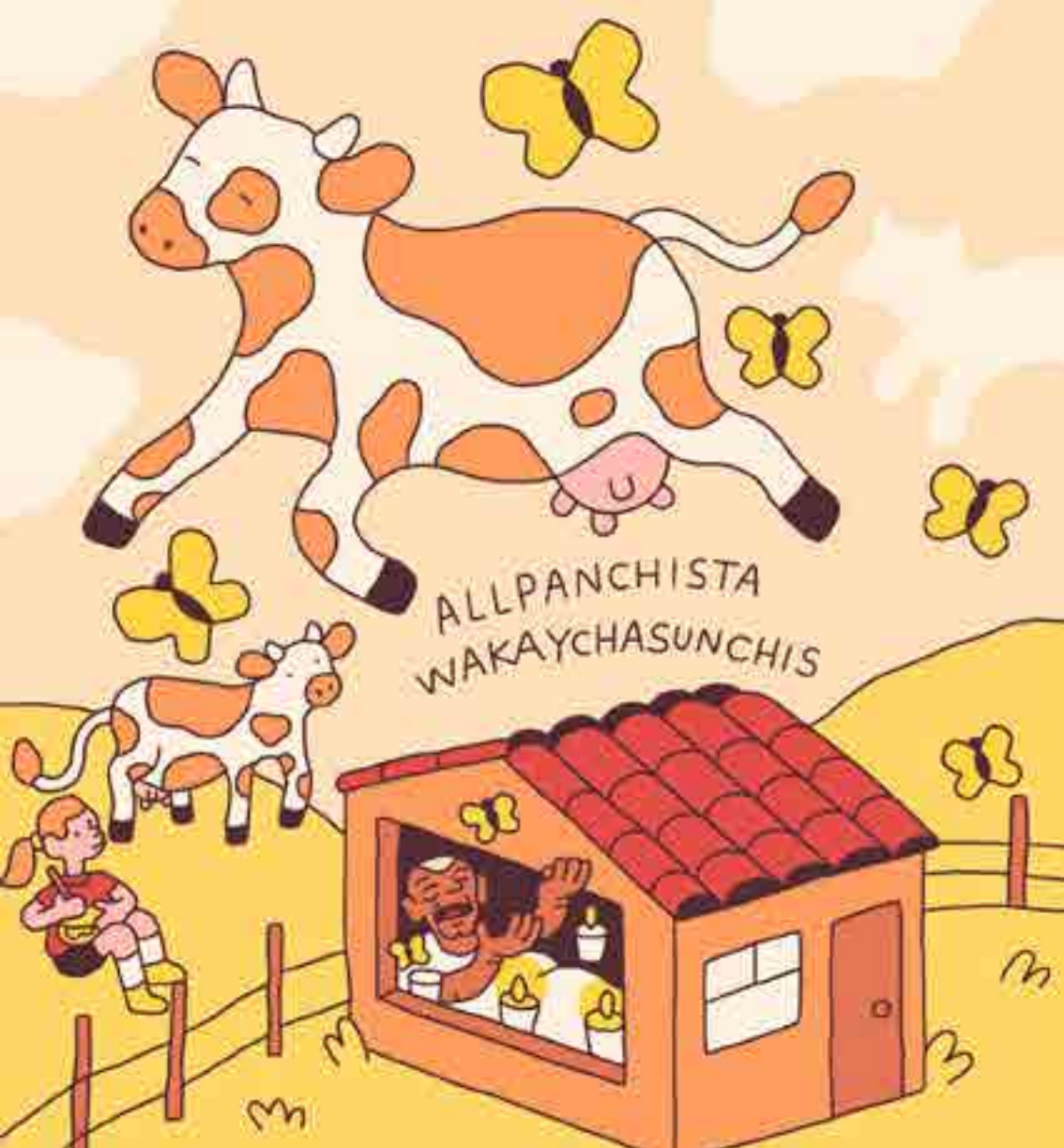
Y así, cada noche, Santa Cruz de la Sierra demostraba que no era solo una ciudad... sino un ser vivo lleno de energía, música y alegría, cuyo verdadero corazón vibrante solo podía descubrirse bajo el manto de la luna.



Las velas del patriarca



Alysson Victoria
Zerda Delgadillo
11 años
Bolivia





Las velas del patriarca
Alysson Victoria Zerda Delgadillo
BOL

Muchos años después, frente al banco que amenazaba con ejecutar la hipoteca de la granja familiar, Lucía Zerda había de recordar aquella madrugada remota en que su abuelo la llevó a conocer el hielo. En realidad, no era hielo, sino la espuma helada que se formaba en los baldes de leche recién ordeñada cuando el frío de La Maica era tan intenso que hasta los pensamientos se cristalizaban en el aire; pero para ella, que tenía entonces cinco años y vivía en un mundo donde las vacas eran tan blancas que a veces se confundían con las nubes bajas del amanecer, aquella espuma era la prueba

irrefutable de que los milagros existían y tenían el color de la leche fresca.

La familia Zerda había llegado a La Maica en una época tan antigua que ni siquiera el abuelo Teodoro recordaba la fecha exacta, aunque juraba por todos los santos que había sido un martes de carnaval, cuando las mariposas todavía eran amarillas y no del color metálico que adquirieron después de que instalaran las torres de alta tensión en los linderos de la propiedad. Lo que sí recordaba con precisión militar era el día en que tuvo que defender las tierras con una pistola que había pertenecido a su padre y

que, según la abuela Remedios –que en paz descanse–, había sido fabricada con el mismo metal de las campanas que los jesuitas enterraron durante la guerra del Chaco.

Fue precisamente esa pistola la que ahora descansaba en la gaveta del escritorio junto a la cama donde el abuelo Teodoro agonizaba, rodeado de velas que parecían multiplicarse por las noches, como si algún espíritu travieso las reprodujera mientras todos dormían. El cáncer había llegado a su cuerpo con la misma violencia con que llegaban las tormentas de verano, esas que hacían que las vacas se volvieran locas y dieran leche agria durante días enteros. Y fue entonces, cuando la enfermedad ya le había comido medio pulmón y parte del hígado, que el abuelo Teodoro empezó a hablar en quechua, como si el español se le hubiera oxidado en la garganta, igual que

los viejos candados de las puertas del establo.

–Wawáy, jamuy kayma – repetía el abuelo en sus delirios, extendiendo sus manos hacia un punto invisible en el aire, mientras sus nietos se miraban entre sí con la vergüenza de quien ha perdido algo valioso sin darse cuenta. Ninguno de los tres entendía el quechua. Se les había escurrido entre los dedos como la leche que rebosaba de los baldes en las mañanas de ordeño abundante, esa misma leche que había blanqueado la piel de generaciones de Zerdas hasta volverlos tan pálidos que en el colegio los comparaban con la familia Ingalls.

El apellido Zerda, que no significaba nada pero sonaba a todo, se había convertido en el tormento de Lucía en el colegio Gerónimo de Osorio, a veinte minutos de La Maica, donde los niños –con esa crueldad cristalina de la infancia– lo pronunciaban



Las velas del patriarca
Alysson Victoria Zerda Delgadillo
BOL

como “cerda” y hacían ruidos porcinos cada vez que la maestra pasaba lista.

–Los cerdos son más inteligentes que las personas –le había dicho una vez su hermano mayor, Martín, mientras documentaba con su cámara el ordeño matutino para su cuenta de TikTok, donde se hacía llamar @authentic_latinamerican_farmer y subía fotos de las vacas con filtros que las hacían parecer pinturas de Monet.

Martín era el único de los tres hermanos que parecía verdaderamente enamorado de la vida en el campo, aunque su amor tenía más que ver con la estética que con la esencia. A sus dieciocho años, usaba ponchos artesanales que costaban más que un mes de producción de leche y había convertido el viejo granero en un estudio de fotografía donde las

vacas posaban con la paciencia de modelos profesionales.

–Es el futuro del agro –decía, mientras ajustaba la luz para que las ubres de las vacas brillaran como perlas bajo el sol artificial.

Lucía, que con once años ya cargaba en sus ojos el peso de los secretos familiares, observaba los rituales fotográficos de su hermano mayor con una mezcla de admiración y escepticismo. La pequeña Carmen, que apenas había cumplido los seis y todavía creía que las nubes eran vacas que habían aprendido a volar, construía aviones de papel con una precisión que hubiera envidiado cualquier ingeniero aeronáutico, usando las cartas del banco como materia prima.

El padre, don Alberto Zerda, observaba estas transformaciones con la misma expresión distante con que miraba los planos

arquitectónicos que guardaba en una carpeta azul bajo su colchón. Eran los vestigios de un sueño que había abandonado cuando los prestamistas empezaron a rondar la propiedad como buitres hambrientos. En sus ojos color café con leche todavía se podían adivinar los edificios que nunca construyó, las ciudades que se quedaron atrapadas en el papel mantequilla amarillento por el tiempo.

La menor de los hermanos, Carmen, había heredado los ojos soñadores de su padre, pero ella no miraba hacia el suelo como los arquitectos, sino hacia el cielo. Construía aviones de papel con una precisión que hubiera envidiado cualquier ingeniero aeronáutico, usando las cartas del banco como materia prima. Sus avioncitos surcaban el aire cargados de números rojos y amenazas veladas, planeando sobre los potreros donde las vacas pastaban, ajenas a la idea de que

pronto podrían pertenecer a otros dueños.

—Kunanqa ripusunchis — murmuraba el abuelo Teodoro desde su cama, y aunque nadie entendía sus palabras, todos sentían en el pecho ese peso húmedo que precede a las grandes despedidas.

La madre, doña María, era la única que todavía podía descifrar algunos fragmentos del quechua ancestral, y traducía entre suspiros las historias que el abuelo contaba en su delirio: historias de terratenientes que medían sus tierras en días de cabalgata, de reformas agrarias que habían partido el valle en pedazos como un rayo parte un árbol, de títulos de propiedad falsificados que aparecían y desaparecían como luciérnagas en la noche cerrada.

En las tardes, cuando el sol se derretía sobre los cerros como quesillo sobre mote recién salido de la concha, Lucía se sentaba junto a la ventana del cuarto



Las velas del patriarca
Alysson Victoria Zerda Delgadillo
BOL

del abuelo y observaba cómo las sombras iban devorando los potreros. Las velas, que nadie recordaba haber encendido pero que siempre estaban allí, proyectaban en las paredes siluetas que parecían contar historias en un idioma tan antiguo como el quechua del abuelo. A veces, en ese espacio entre la vigilia y el sueño, le parecía ver a la abuela Remedios caminando entre las vacas, con su delantal blanco y sus trenzas negras que nunca encanecieron, llamando a cada animal por su nombre en esa mezcla de español y quechua que era como una canción de cuna.

Fue en una de esas tardes, cuando el cielo tenía el color exacto de la leche cortada, que llegó la carta del banco. Venía en un sobre tan blanco que parecía fosforescente, como si las malas noticias necesitaran disfrazarse

de pureza para ser menos dolorosas. Don Alberto la leyó de pie en la cocina, mientras su mujer seguía batiendo la mantequilla en la vieja mantequillera de madera que había sobrevivido a tres generaciones de Zerdas. El sonido rítmico del batido se detuvo solo cuando él dejó caer la carta sobre la mesa, con la misma delicadeza con que se deposita una bomba que podría explotar en cualquier momento.

En su cama, el abuelo Teodoro parecía sentir la tensión que se había apoderado de la casa. Sus palabras en quechua se volvieron más urgentes, más densas, como si intentara transmitir un mensaje crucial antes de que fuera demasiado tarde.

—Allpanchista
waqaychasunchis —repetía una y otra vez, golpeando el aire con sus manos huesudas, mientras

las velas parpadeaban como si entendieran lo que decía.

—Está hablando de la tierra —traducía doña María con voz quebrada.

Pero la tierra, esa misma que el abuelo había defendido a punta de pistola décadas atrás, ahora se escurría entre sus dedos como arena fina. Los números en la carta del banco eran como pequeños puñales que atravesaban el corazón de la granja: seis meses de pagos atrasados, intereses que se multiplicaban como células cancerosas, amenazas de embargo que sonaban a sentencia de muerte.

Martín dejó de subir fotos a Instagram por primera vez en tres años. Carmen dejó de hacer aviones de papel y empezó a estudiar los viejos documentos de propiedad con la misma intensidad con que antes estudiaba las rutas de vuelo en su manual de aviación. Y Lucía, la del medio, la que siempre había existido en los

espacios intermedios como la nata entre la leche y el aire, comenzó a sentarse junto al abuelo durante horas, escuchando sus palabras en quechua como quien escucha una sinfonía en un idioma olvidado.

Fue durante una de esas vigiliass cuando el abuelo Teodoro, en un momento de lucidez que brilló como un relámpago en noche clara, tomó la mano de Lucía y le habló en español por última vez.

—La tierra —dijo con una voz que parecía venir de muy lejos— no es de quien la compra, sino de quien la ama.

Y luego, como si ese esfuerzo hubiera agotado sus últimas reservas de español, volvió a sumergirse en el océano del quechua, donde las palabras flotaban como peces luminosos en aguas profundas.

Esa noche, mientras las velas danzaban su danza eterna y las vacas mugían bajito, como si supieran que algo importante estaba por suceder, Lucía soñó con



Las velas del patriarca
Alysson Victoria Zerda Delgadillo
BOL

campos de leche donde las vacas navegaban como barcos blancos, con mariposas amarillas que volvían a ser amarillas. Y en ese sueño, que tenía la consistencia espesa de la leche recién ordeñada, entendió que algunos tesoros no se pueden hipotecar, que algunos saberes no se pueden perder aunque se olviden las palabras, y que ser Zerda, aunque no significara nada, significaba todo.

Cuando despertó, el abuelo Teodoro había dejado de respirar, pero las velas seguían encendidas, multiplicándose en la oscuridad como estrellas recién nacidas. En el patio, las vacas mugieron al unísono, un coro blanco que se elevó hacia el cielo como una oración en un idioma que todos los seres vivos podían entender. Y en algún lugar entre la tierra y el cielo, entre el español y el quechua, entre

el pasado y el futuro, la familia Zerda comenzó a escribir un nuevo capítulo de su historia, con letra que parecía leche derramada sobre papel en blanco.



Todos los quirquinchos rumbo al Socavón



Kimberly
Tamara Galvarro
Gutierrez

11 años
Bolivia





Me siento orgullosa de ser boliviana, y más aún, orureña, quirquincha de corazón. Me llamo Tamara y tengo doce años. Vivo con mi tía Romina, ¡la mejor china supay del mundo! Su baile es una sinfonía de gracia, que cautiva a cualquiera que la vea. Este año, el Carnaval está a la vuelta de la esquina, ¡y la emoción me hace cosquillas en la panza! Mi tía me pidió que la ayudara con los preparativos, y yo, ¡encantada!

Primero, las botas. Don Tomás, el zapatero, me contó que estas botas tienen magia, que guardan el eco de todos los carnavales pasados. Dijo que lustrarlas no es

solo limpiarlas, sino despertar esa magia para la entrada. Las limpié con tanto cariño que, al terminar, mi reflejo brillaba en su piel oscura y pulida.

Luego, la máscara. Fuimos a ver a don Alberto, quien las crea con sus propias manos. Da un poco de miedo, ¡pero también me encanta! La máscara de mi tía es imponente: cuernos que desafían al cielo, ojos que brillan como brasas, invitando a bailar con una mirada ardiente. Don Alberto me explicó que la máscara de la china supay representa la lucha entre el bien y el mal, que el diablo baila para ser vencido y rendir

homenaje a la Virgen del Socavón. Es una lucha simbólica, un baile de entrega y penitencia.

¡Y el traje! ¡Una explosión de color y brillo! Lentejuelas que parecen escamas de sirena, bordados que narran la historia de la diablada, del arcángel Miguel, del Chiru Chiru, de los siete pecados capitales. Ayudé a mi tía a ponérselo con cuidado; cada pieza es un tesoro. Me explicó el orden: primero la ropa interior, luego la pechera, el pollerín y la capa. Las lentejuelas y los bordados son como una oración a la Virgencita, una plegaria tejida con hilos de plata y oro.

El ensayo es una explosión de energía. El polvo se levanta con cada salto y giro de los diablos al ritmo de la banda. La tierra vibra con sus pasos, marcando el compás con una precisión casi militar. Practican las figuras: el ovillo, la estrella, la serpiente, el paso del diablo. Cada movimiento es un desafío a la gravedad,

una demostración de fuerza y destreza. Yo me quedé embobada viendo cómo mi tía, con sus botas mágicas, se movía con una precisión asombrosa, una dulzura inesperada en medio de tanta energía. El sonido de los instrumentos de viento y percusión llenaba el aire, un torbellino sonoro que alimentaba la danza.

El gran día, ¡la entrada del sábado de Carnaval, por fin! El corazón me latía a mil por hora. Ayudé a mi tía a vestirse con su traje mágico. Cuando se puso la máscara, se transformó. De mi tía Romina, pasó a ser una imponente china supay, lista para la batalla espiritual. La vi desde las graderías, bailando con una pasión que conmovía, una entrega total a la danza y a la fe. El sol reflejaba el brillo de las lentejuelas, creando un espectáculo deslumbrante. La música llenaba el aire, un río de sonido que arrastraba a la multitud. ¡Mi tía era la mejor!

Después de bailar durante



horas, de recorrer las calles de Oruro al ritmo de la banda, mi tía llegó al Santuario del Socavón. El santuario, abarrotado de gente, emanaba un aura de fe y devoción. Allí, junto a los otros diablos, se arrodilló frente a la Virgencita para agradecerle por la fuerza y la alegría del baile. La imagen de la Virgen, pequeña pero imponente, parecía irradiar una luz cálida que abrazaba a todos los presentes.

Al terminar, mi tía me abrazó con una sonrisa.

–Gracias, Tamara –me dijo–, sin tu ayuda no lo hubiera logrado.

Me regaló una pequeña figura de yeso de la Virgen del Socavón. La guardaré como un tesoro, un recuerdo imborrable de este Carnaval.

Este Carnaval fue inolvidable. Aprendí que la diablada no es solo

una danza: es una historia, una tradición, una muestra de fe y devoción. Y algún día, yo también quiero ser una china supay, bailando con magia en los pies rumbo al Socavón, como mi tía Romina.



PORTUGUÉS

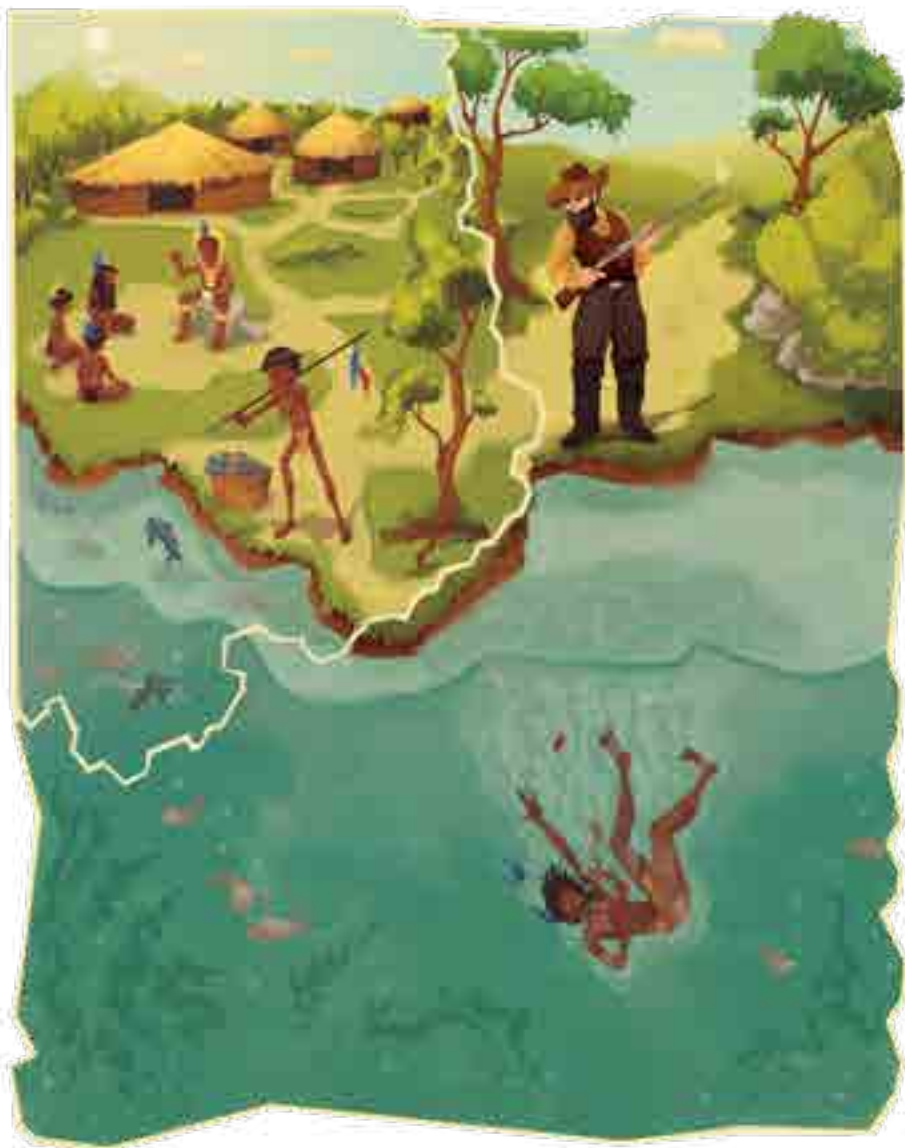
O Sonho de Mandu Ladino

ESPAÑOL

El sueño de Mandu Ladino



Davi
Carvalho
13 años
Brasil



El sueño de Mandu Ladino
O Sonho de Mandu Ladino
Davi Carvalho
BRA



Na pacata tribo dos Arinis, nasceu um pequeno índio bastante inquieto e curioso. Seus pais e sua irmã mais velha, chamada Aluhy, o amavam bastante e cuidavam dele o tempo todo. Sua família vivia bem, de forma pacífica, em uma comunidade amistosa próxima ao Rio Parnaíba, no estado brasileiro do Piauí.

Através dos seus pais, o pequeno indiozinho passou a ser ensinado na cultura e na religião dos Arinis. Ele gostava de escutar o barulho dos animais da floresta, observar as abelhas da região e nadar no rio. Ele vivia muito feliz em sua aldeia e se achava muito

En la pacífica tribu de los Arinis, nació un pequeño indio que era muy inquieto y curioso. Sus padres y su hermana mayor, llamada Aluhy, lo querían mucho y lo cuidaban todo el tiempo. Su familia vivía bien y pacíficamente en una comunidad acogedora cerca del río Parnaíba, en el estado brasileño de Piauí.

El pequeño indiecito aprendió la cultura y la religión de los Arinis gracias a sus padres. Le gustaba escuchar los sonidos de los animales del bosque, observar las abejas del lugar y nadar en el río. Él era muy feliz en su aldea y se sentía muy seguro al lado de su familia. Su padre era cacique y

seguro ao lado da família. Seu pai era o cacique, que o ensinou sobre ataque, defesa e como ser um grande líder. Tudo corria bem.

Porém, mal ele sabia, mas existiam alguns homens que queriam invadir sua terra e exterminar seu povo. Um deles era um colonizador chamado Bernardo Aguiar. Ele queria expandir seu território, criar seu gado e enriquecer. Mas havia um obstáculo em sua frente: a comunidade Arini. Ele não quis nem saber e convocou soldados para incendiar todas as ocas, inclusive a dos pais de Aluhy e do nosso herói.

Naquela noite, os dois ficaram órfãos e foram levados cativos para a fazenda de Bernardo. Aluhy conseguiu fugir e voltou para o lugar onde havia uma linda tribo. Ali, chorando, sepultou seus pais e outras vítimas, antes de ser capturada de novo.

O nosso protagonista foi levado

fue quien le enseñó sobre ataque, defensa y cómo ser un gran líder. Todo iba bien. Poco sabía que había hombres que querían invadir su tierra y exterminar a su pueblo. Uno de ellos era un colonizador llamado Bernardo Aguiar. Él quería expandir su territorio, criar ganado y enriquecerse. Sin embargo, había un obstáculo para lograrlo: la comunidad Arini. Eso no le importó en absoluto y llamó a algunos soldados para que incendiaran todas las casas, incluida la de los padres de Aluhy y la de nuestro héroe.

Esa noche, los dos quedaron huérfanos y fueron llevados como cautivos a la hacienda de Bernardo. Aluhy logró escapar y regresó al lugar donde estaba la hermosa tribu. Allí, llorando, enterró a sus padres y a otras víctimas, antes de ser capturada de nuevo.

A nuestro protagonista lo llevaron a otra aldea, la de los



a outra aldeia, a dos indígenas Cariris, onde foi entregue ao padre Lucé. Este lhe ensinou muita coisa, como falar português e espanhol, a fé católica e os costumes dos homens brancos. Por ser um menino muito esperto, deu-lhe o nome de Mandu Ladino, porque a palavra “ladino” quer dizer esperto, inteligente. Mandu, desde novo, era muito ágil e valente, quase sempre voltando para casa depois de um grande dia de caça. O padre admirava o rapaz por causa disso.

Mas essa harmonia não durou tanto tempo. Quando Mandu Ladino fez 14 anos, outro padre jesuíta substituiu Lucé: o padre Martinho. Ele desrespeitava os indígenas e destruía todos os objetos sagrados deles em sua

indígenas Cariris, donde se lo entregaron al padre Lucé, quien le enseñó muchas cosas, como hablar portugués y español, la fe católica y las costumbres de los hombres blancos. Como era un chico muy listo, le puso el nombre de Mandu Ladino, porque la palabra “ladino” significa listo, inteligente. Desde pequeño, Mandu fue muy ágil y valiente, y casi siempre volvía a casa después de un gran día de caza. El cura admiraba al chico por eso, pero esta armonía no duró mucho tiempo.

Cuando Mandu Ladino cumplió 14 años, otro sacerdote jesuita sustituyó a Lucé: el padre Martinho, quien no respetaba a los indígenas y destruía todos sus objetos sagrados delante de ellos.

frente. Não preciso nem dizer que Mandu não gostava nada disso. Ele não queria que sua religião e seus costumes fossem desvalorizados.

A partir daí, houve um espírito de revolta em cada índio que vivia na aldeia. Mandu Ladino decidiu que era sua hora de agir. Organizou um incêndio à igreja do padre Martinho como forma de protesto. Mandu fugiu com algumas dezenas de índios que também queriam possuir a liberdade. Eles partiram de Pernambuco para o interior do Piauí, para se abrigarem e se protegerem dos bandeirantes.

A viagem deles foi longa, levando cerca de um mês. Eles chegaram na divisa do Piauí com o estado do Ceará, finalmente. Mas nem tudo foram flores: alguns de seus companheiros foram capturados furtivamente durante a noite ou mesmo mortos cruelmente. Durante um bom tempo, essa região foi um

Demás está decir que a Mandu no le gustó nada eso. De hecho, no quería que su religión y sus costumbres perdieran valor.

A partir de entonces, surgió un espíritu de rebelión en todos los indígenas que vivían en la aldea. Mandu Ladino decidió que había llegado el momento de actuar. Organizó un incendio en la iglesia del padre Martinho para protestar contra él. Mandu huyó con decenas de indígenas que también querían ser libres. Salieron de Pernambuco hacia el interior de Piauí para refugiarse y protegerse de los exploradores.

El viaje de ellos fue largo; duró aproximadamente un mes. Finalmente, llegaron a la frontera entre Piauí y el estado de Ceará, pero no todo fue fácil: algunos de sus compañeros fueron capturados durante la noche o, incluso, cruelmente asesinados. Por un tiempo, esa área fue un escondite para los colonos pero,



esconderijo contra os colonos, mas, à medida que viam bois pastando na região e mais casas e plantações, viam também que não estavam seguros.

Agora, o que eles deveriam fazer? Mandu sabia exatamente a resposta: se os inimigos são muitos, nós também devemos ser. Ele reuniu diferentes tribos e aldeias da região, avisando os perigos de ficarem ali, e fez um grande exército indígena para se defender dos opressores. Eram homens e mulheres Arinis, Cariris, Tabajaras, Jaicós e muitos outros que tinham o mesmo sonho de Mandu Ladino: viverem felizes em terras suas, sem a ameaça dos homens brancos.

Uma outra característica bastante forte no nosso herói

cuando empezaron a ver el ganado pastando en la zona y que había más casas y siembras, también se dieron cuenta de que no estaban a salvo.

Ahora, ¿qué debían hacer? Mandu sabía exactamente la respuesta: si los enemigos eran muchos, ellos también debían ser muchos. Reunió a las distintas tribus y aldeas de la región, advirtiéndoles de los peligros de permanecer allí, y formó un gran ejército indígena para defenderse de los opresores. Eran hombres y mujeres Arinis, Cariris, Tabajaras, Jaicós y muchos otros que tenían el mismo sueño que Mandu Ladino: vivir felices en sus tierras, sin la amenaza de los hombres blancos.

Otra característica muy fuerte de nuestro héroe era su

era sua sabedoria. Mandu conhecia quase todas as espécies de insetos, aves, predadores e árvores do sertão. Sabia ler o céu e o canto das aves, as mudanças da natureza e a importância de cada animalzinho. Ele ensinou tudo o que sabia àquela comunidade, que, a cada dia, ficava mais impressionada com a inteligência dele.

Até que, certo dia, cansados de ficar de braços cruzados, sentiram-se ameaçados e, às ordens de Mandu, fugiram em direção ao extremo-norte do Piauí, rumo ao Rio Parnaíba. Os colonizadores faziam muitas emboscadas na região e eles não se sentiam seguros, mas perseguidos.

Numa dessas emboscadas, enquanto nadava tentando salvar sua vida, Mandu Ladino foi morto a tiros por alguns bandeirantes que capturaram e mataram outros índios. Depois disso, fragilizados

sabiduría. Mandu conocía casi todas las especies de insectos, aves, animales predadores y árboles del sertão, que es un área semiárida. Sabía leer el cielo y el canto de los pájaros, los cambios de la naturaleza y la importancia de cada animalito. Enseñó todo lo que sabía a aquella comunidad de personas, que cada vez estaban más impresionadas con su inteligencia.

Los colonizadores les tendían a menudo emboscadas en esa región y no se sentían seguros, sino más bien perseguidos. Un día, todos se sintieron amenazados, cansados de quedarse de brazos cruzados y, por orden de Mandu, huyeron hacia el extremo norte de Piauí, hacia el río Parnaíba.

Mandu Ladino, en una de esas emboscadas, tuvo que nadar para intentar salvar la vida, pero unos exploradores lo capturaron y lo asesinaron, al mismo tiempo que mataron a otros indígenas.

El sueño de Mandu Ladino
O Sonho de Mandu Ladino
Davi Carvalho
BRA



e ameaçados, os grandes movimentos e rebeliões contra os colonos foram diminuindo e uma grande maioria dos indígenas da região foi morrendo.

Mas a história do sonho e da coragem de Mandu nunca será esquecida pelos piauienses. Deve ser uma motivação diária e constante sobre a luta dos nossos antepassados, que viveram por aqui e não ficaram de braços cruzados de maneira alguma, e nos inspiraram a ter orgulho do que somos hoje.

Después, los grandes movimientos y rebeliones contra los colonos fueron disminuyendo, quedaron debilitados y amenazados. Además, la gran mayoría de los indígenas de la región murió.

Sin embargo, la historia del sueño y la valentía de Mandu nunca será olvidada por el pueblo de Piauí. Debería ser una motivación diaria constante sobre la lucha de nuestros antepasados que vivieron aquí, no se quedaron de brazos cruzados y nos inspiraron a estar orgullosos de lo que somos hoy.



El niño del aire



Sofía Amaya
Sayri Pozo
Villanueva

13 años
Chile





El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

Esto pasó hace muchos años atrás. Es de esas historias que se cuentan al atardecer, con un buen té con sabor a canela, clavo, yerba luisa y cáscaras de naranja.

Esa mañana se levantó muy temprano. Tenían que llegar al puerto antes de las 8:00 a. m., y para eso debían tomar el tren de las 6:00 a. m. Su padre, un hombre alto, de sonrisa ligera y manos amorosas, la abrazó con un “buenos días” que le llenó de calor el corazón temeroso. Su madre, una mujer bajita y de carácter no muy cariñoso, la apuraba a tomar el desayuno.

Olió el pan tostado con mantequilla y la leche que hacía

nata en su tazón, mientras recorría por última vez las paredes de la cocina, que ahora ya estaban vacías y hacían parecer aquella una habitación mucho más grande.

Iba a extrañar la casa con todos sus rincones, el jardín donde había sembrado flores con su papá y el patio donde la higuera se cargaba cada año con frutos dulces. Iba a extrañar a su abuela, a sus tíos y a su tía. No quería irse; se puso triste, con esa pena que se arruga en el pecho y sale como lágrima.

—No te preocupes, hijita.
Vamos a llegar a una casa nueva donde vas a volver a tener tu jardín, y te prometo que vamos a plantar una higuera, un naranjo y

un limonero. Te prometo que te va a gustar la nueva ciudad –le decía su padre, mientras le tomaba las manos y acariciaba su mejilla.

–No tienes nada que llorar. En la vida uno va y viene. Acuérdate de eso, María. Somos aves de paso, y si echamos raíces será para quedarnos para siempre. Además, ya estás grande. Tienes que entender que esto es una oportunidad para la familia.

¿Guardaste todas tus cosas?

¿Dejaste listo el vestido que te vas a poner? ¿Te acordaste de llevar lo justo y necesario? Allí todo es barato, así que podemos volver a comprar lo que no nos llevamos –le decía su madre, mientras terminaba de envolver las últimas tazas que quedaban en la cocina.

Saboreó con ganas ese tazón de leche y ese pan tostado con mantequilla. Se sacudió las migas y corrió a vestirse, mientras le echaba una última mirada a su habitación. Tomó su muñeca favorita, su abanico de tela, la

medallita del Niño Jesús y el rosal que hacía un mes habían plantado con su papá en un macetero que ella misma pintó.

Escuchó los gritos de su mamá avisándole que ya habían llegado sus tíos y la abuela para acompañarlos a la estación.

En el jardín de la casa estaban su abuela, con su chal tejido a mano y su aroma a lavanda; su tía Margarita, que era tan buena y tan dulce; y sus tíos Juan y Pascual, siempre tan galantes. Entre abrazos y buenos deseos, la familia iba encargando la casa y los objetos que quedaban dentro. “Que los repartan”, decía su madre. “O que los guarden”, pedía su padre.

–Ya tenemos que irnos, el tren ya está por salir y queda harto para llegar al puerto –avisó su tío Juan mientras miraba su reloj de bolsillo.

El puerto era un lugar inmenso. Podía sentir la brisa marina, el canto de las gaviotas, el sabor a sal



El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

en el aire. El barco en el que se iban al norte se llamaba Flor de Chile. Era enorme. Había muchas personas con muchas maletas, muchos niños que jugaban entre ellas.

Escuchó el primer llamado para abordar:

–Pasajeros con destino a Arica, por favor suban, registren sus maletas –gritaba un hombre a todo pulmón.

María se acercó a su abuela y a sus tíos. Los abrazó con fuerza, dejando caer unas cuantas lágrimas, sin querer desprenderse de los brazos de su tía Margarita. A ella le dejó el rosal que ya estaba en flor; a su abuela, el abanico de tela; a su tío Juan, la medallita del Niño Jesús; y a su tío Pascual, su muñeca favorita.

–Porque como no tuviste hijas, esta será la tuya. Hasta que yo regrese –le dijo.

Abrazó por última vez a sus amados abuela y tíos y subió al barco que la llevaría a su nuevo hogar.

Vamos a viajar dos días o tres, y ya tuve que ayudar a mi mamá con mi hermano menor, porque ella estaba muy mareada. La Juana, mi hermana, no hizo absolutamente nada. Solo se arreglaba el vestido a cada rato.

Dice mi papá que Arica es bonito, que estaremos cerquita del mar (aunque eso me da miedo por los maremos que ha habido allá) y que apenas lleguemos vamos a ir a conocer Azapa y el Morro. Yo echo de menos a mi abuela, a mis tíos y a mi tía Margarita; echo de menos mi pieza, mi cama y mi escuela.

Acá los camarotes son bien cómodos, pero el vaivén de las olas me causa mareos. Estaba tan aburrida mirando el techo

del camarote... menos mal que mi tía me regaló un libro de entreteniciones, si no, ¿qué habría hecho?

Hace un rato salimos con mi papá y mi hermano chico a dar una vuelta por el barco. Mi papá es buen conversador y hace amigo en todos lados; yo salí igualita a él. Conocimos a un gringo que lleva meses embarcado. Dice que va a Arica a buscarse una novia porque ya no quiere embarcarse más. También conocimos a un matrimonio de chinitos y sus hijitos chicos, que van a poner un negocio allá. Tan amables: nos invitaron a conocer el almacén cuando lo inauguren.

Mi papá terminó de buen amigo de otro carabinero que también se va trasladado hasta Arica, con su señora, que es muy amable y amorosa. Nos convidó pancito amasado. Tienen tres niños, todos traviesos y buenos para la pelota. Estaban más aburridos que yo cuando les

dijeron que no podían jugar en la cubierta, pero el gringo nos enseñó a jugar a las cartas y ahí nos entretuvimos todos un buen rato.

Encontramos casa, después de estar varios días alojados en un hotel. Nos quedamos en un hotel en el centro de la ciudad. Mi papá se fue a presentar a la prefectura, y nosotras, con mi mamá y mis hermanos, nos quedamos ordenando el equipaje.

Cuando llegó mi papá salimos a recorrer la ciudad, que es hermosa. Hay una plaza en el centro, frente a la catedral, que está llena de árboles y flores. El Morro es inmenso y está pegadito al mar. En la plaza estaba la banda de los militares tocando la retreta, así que nos quedamos escuchando y bailando.

Mi mamá, que también es buena conversadora, conoció a una señora dueña de una panadería, que le dio el dato de nuestra casita. Ahora vivimos pegaditos al Morro, y en el mirador hay una



El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

virgencita, a la que le voy a limpiar,
a rezar y a poner flores todos
los días.

Nos sacamos una foto familiar
en el mirador. Es la Virgen del
Carmen y, para las festividades,
vienen los bailes a hacerle
ceremonia. Todo se llena de flores,
danzas y colores.

Mi nueva casa es modesta. No
necesito grandes lujos mientras
tenga a mi familia. Huele a
madera. Tiene un patio con una
higuera y varias flores. Ya pronto
nos pondremos a jardinear con mi
papá. La cocina es amplia. Hay que
comprar leña o carbón para poder
prenderla; menos mal es ventilada,
si no, quedamos todos ahumados
y a mi mamá se le ahúma el pan. Y
ahí sí que se arma un problemón.

A mi hermana no le gusta
la casa. La encuentra fea, la
encuentra lejos, vieja. Dice que
si llueve nos vamos a mojar. Mi

mamá le dijo que está loca, que
en Arica nunca llueve:

—¡No ves que estamos en pleno
desierto, niña, por Dios! —le dijo.

Yo me reí a carcajadas, y la
Juana, enojada, se amurró en
el sillón.

Eso es lo otro: a mi hermana no
le gusta porque hemos comprado
algunas cosas y todas de ocasión.
No pudimos traernos los muebles.
Pero ella no entiende que no es
necesario el lujo. Solo basta con
estar cómodos y todos juntos para
ser un hogar.

Hoy día estaba limpiando el
mirador de la Virgencita y llegó un
niño a jugar. Se notaba que no era
de acá, porque cuando empezó a
conversar conmigo, su acento no era
chileno. No le quise preguntar nada,
pero parece que era medio adivino.

—Me llamo Santino. Nací
aquí, pero me llevaron a La Paz, y
después me vine de Bolivia con mi

mamá y mi papá. Ahora también se vino mi abuela –me dijo, mientras jugaba con unas bolitas que sacó del bolsillo.

Nos quedamos conversando harto rato: que va a la escuela, que le gusta estudiar, que ya sabe leer y le gustan los libros de aventura, que está buscando a su mamá, que hace mucho que no la ve. Cuando habla de su mamá, le dice mamay, y suena tan bonito... pero triste.

Ya estaba atardeciendo y me dijo que se tenía que ir. Salió corriendo, bajó la calle empinada saltando como una liebre. No sé cómo, pero ese niño es muy veloz y desapareció.

Mañana lo invitaré a leer unas historietas que mi papá me compró, y a ver qué más me cuenta y a qué más jugamos con este nuevo amigo.

Resulta que volvió Santino. Yo estaba cantando y ordenando las flores de la Virgencita cuando apareció.

–Oye, ¿y esa canción? ¿Quién te la ha enseñado? –me preguntó, mientras me sonreía con sus dientecitos brillantes.

–Mi abuelita Rosa. Ella me enseñó esta canción:

***Naranjitay, pinta pintita,
te he de robar de tu quinta,
si no es esta nohecita,
mañana por la mañanita
—le canté con ganas.***

Santino se la sabía, y los dos terminamos cantando harto rato.

–Esa canción también me la enseñaron a mí, mi mamá –dijo, mirando el mar desde el mirador de la Virgen–. También me enseñó otras canciones, y a contar en quechua. Decía que su mamita le había enseñado a ella, y ella me enseñaba a mí.

–A mí me la enseñó mi abuelita Rosa. Yo creo que nunca más se me va a olvidar, porque lo que uno aprende con amor no se olvida –le dije.



El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

Saqué de mi cuello una cadenita de la Virgen y se la mostré.

—Esta me la regaló mi abuelita, bendecida, para que siempre me proteja.

—¿Tú crees que ella hace milagros? Yo quisiera unito ahora —me dijo, con tristeza.

—Yo creo que sí. Hay que tener fe, como dice mi mamá, y no perder las esperanzas, como dice mi papá.

Me dio un abrazo y bajó corriendo la calle empinada. Juro por Dios que lo vi desaparecer. ¿Será tal vez que es muy rápido?

Santino me contó que su mamá no está. Que un buen día salió a hacer diligencias y no volvió. Que era de noche, y ella le dio un besito en la frente, le dijo que iba y volvía, que se quedara con su papá. Había pasado mucho rato; era de madrugada, y su papá lo despertó asustado. Salieron corriendo de

la casa. Estaba todo oscuro, y no recuerda nada más.

Me dio mucha pena lo que me contó. No quise llorar delante de él. Para que se le pasara la pena, lo invité a tomar juguito de membrillo. Mi mamá hizo, y le queda tan rico... heladito es lo mejor para el calor.

—¡Invita a tu amigo a pasar! ¡Niña, por Dios! ¿Qué va a pensar el niño? —me gritó mi mamá desde la cocina.

—No, aquí no más... que ya me tengo que ir, que se va a poner oscuro —me dijo Santino.

Lo miré extrañada: iban a ser recién las siete de la tarde y aún estaba claro. Le ofrecí ir a dejarlo a su casa, pero otra vez se bebió el vaso de jugo al seco y salió corriendo calle abajo para desaparecer.

—Oiga, mamá... ¿cómo se puede encontrar a alguien que se

perdió? –le pregunté mientras le ayudaba a lavar los platos.

–¡¡¡BUSCÁNDOLO, POS, TONTA!!! –me gritó mi hermana, que para variar estaba echada en el sofá leyendo una revista de artistas.

–¡Cállate, niña! No me dejas escuchar. ¿Quién se perdió?, ¿cuándo se perdió?, ¿cómo se perdió? –dijo mi mamá, que no es que sea chismosa, pero es la mejor para saber muchas cosas de esta vida.

–Lo que pasa es que Santino, mi amigo que viene todos los días donde la Virgen, dice que se le perdió su mamá hace tiempo y que la anda buscando.

Mi mamá me miró con cara de tristeza y preocupación. Suspiró mientras se secaba las manos y se sentó a pelar papas. Acto seguido, me miró seria, con esa seriedad de cosas importantes y que a veces duelen.

Hija, qué razones habrá tenido esa santa mujer para irse, no sabemos. Y si le pasó algo,

tampoco lo sabemos. Me parte el alma lo que me cuentas. Ningún niño debe crecer sin su madre. Invítalo a comer, invítalo a tomar oncecita, para poder conocerlo también. Mira que solo sabemos de él por lo que nos cuentas. No le hemos visto ni la punta de la nariz.

Asentí con la cabeza justo en el momento en que llegaba mi papá del trabajo, y mi mamá le contaba sobre Santino y su mamita desaparecida.

–Mire, hijita, carabineros para poder ayudar necesita el nombre completo de la persona. Si su amigo se lo da, lo ayudamos a buscarla –me tranquilizó mi padre, que ya me veía triste.

Tenía una buena noticia para mi amigo: mi papá, que es carabinero, le ayudaría a buscar a su mamita. Me fui a dormir con la alegría de poder ayudarlo, pidiéndole a la Virgencita un milagro.

Fui con mi papá al Morro. Subimos a pie porque nos queda al



El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

lado. No habíamos podido ir antes, pero hoy que tenía libre preguntó quién quería ir a conocer, y yo feliz lo acompañé.

Me contó que hace muchos años atrás, en esta ciudad, hubo una batalla muy cruel, y que en la cima de este peñón, que se llama Morro de Arica, murieron muchos soldados. Pudimos ver las trincheras, y aún se conservan algunos costrones de sangre, como mudos testigos de la guerra. Desde la cima pudimos ver toda la ciudad: la plaza, la catedral, el puerto. Escuchamos la retreta que estaban tocando los militares; se escuchaba con eco desde acá.

Cuando bajamos, nos encontramos con doña Julita, vecina de enfrente, que tiene más de cien años. Ella dijo que nació cuando Arica era peruano, que su abuelo combatió en la guerra y que por estas calles rondan las almas

de los que se fueron en batalla.

—No hay que tenerles miedo a los muertos. Hay que tenerle miedo a los vivos —dijo mi papá—, porque son los vivos los que hacen maldades.

—Así mismito es, don Carlitos. Y uno debe estar en paz con los muertos. Si ellos rondan entre nosotros, es porque hay tanta almita que no encuentra la paz —dijo doña Julita, mientras acariciaba a Rufián, su gato gordo y anaranjado.

A veces Rufián se va a mi casa, y le damos agua y comida, le hacemos cariño y se lo llevamos de vuelta a la señora Julita.

—Oiga, vecina... ¿usted cree que las almas de los que murieron anden por acá? —le pregunté con miedo y expectación, porque me da miedo que me penen, pero prefiero saberlo por si acaso.

—Mijita, acá penan en todas

las casas. Todo esto fue campo de guerra, y antes de la guerra fue cementerio de otros muertos. No le tenga miedo a las almitas: rece para que se vayan a la luz, prenda una velita por ellos, que nada malo le van a hacer.

Doña Julita me dejó tranquila. Con más de cien años, le creo todo lo que me cuenta y lo que me pueda contar.

Santino no vino en mucho tiempo, hasta que por fin apareció.

—Oye, ya vine a despedirme, que me tengo que ir —me dijo, mientras yo arreglaba las flores para la Virgen y prendía dos velitas por las almitas, como me dijo doña Julita.

—¿Cómo que te vas? ¿Dónde te vas? ¿Encontraste a tu mamá? Mi papá es carabinero y te puede ayudar si me das su nombre —le dije, sonriendo, con la esperanza de que no se fuera.

—Mi mamá se llama Carmen, y la ando buscando aún. Me tengo que ir con mis abuelitos, que me

han venido a buscar —me dijo con nostalgia—. Has sido buena amiga. Siempre te voy a cuidar —agregó, tomándome las manos.

Justo a lo lejos venía mi papá. Comencé a hacerle señas para que se apurara.

—Mira, Santino, el caballero que viene ahí es mi papá. Él te va a ayudar con tu mamita.

Mi papá, apurando el paso, se acercó. Y antes de que dijera nada, le presenté a Santino, mientras mi padre me miraba sin entender nada.

—Papito, él es Santino, y está buscando a su mamá —le dije.

—Hijita, ¿de qué me hablas? Estás sola hace rato. Te vengo viendo desde que comencé a subir la calle...

Un escalofrío recorrió mi espalda y un dolor de piernas me dejó inmóvil. Miré a mi lado: Santino ya no estaba. Había desaparecido.

¿Pero cómo podía ser eso posible?



El niño del aire
Sofía Amaya Sayri Pozo Villanueva
CHL

Me quedé helada. Estaba a mi lado. Me habló, se despidió, me tomó la mano... y me dejó una foto.

—¡Papá! Es él, el de esta foto vieja. Es Santino... ¿pero cómo? —le dije, mientras mi papá tomaba la foto y leía en el reverso: 1880.

Consternada, me senté en la escalera que daba hacia la Virgen. Doña Julita, que salía a buscar a Rufián, se me acercó.

—Mijita, ¿qué tiene?, ¿qué cosa o a quién vio?

Muda de miedo, le mostré la foto.

—Entonces, ¿él nunca existió? —le pregunté, mientras mi papá se sentaba a mi lado.

—Hay almitas que solo necesitan luz y amor. Ahora, de seguro, él ya está con su *mamay* —me dijo doña Julita, mientras me tomaba las manos.

Pasaron muchos años, y la niña siguió yendo a limpiar el mirador

de la Virgen, a poner flores y a prender velitas por las almitas que han de rondar.

La niña creció. Sus padres se fueron de este mundo terrenal. Pero ella jamás ha dejado de creer que las almas de los muertos siempre vuelven para visitarnos, para acompañarnos, para cuidarnos.

Una velita por Santino, más bueno que el pan y tan dulce como el vino.

María es bisabuela, y tiene una bisnieta que le gusta escribir.



La gran búsqueda de la arepa de oro



**Juan Diego
Arango Gaviria**

10 años
Colombia





Juandi era un niño que a sus dos años había logrado ser Rey Momo del Carnaval de Barranquilla. Pero la Muerte bajó de una carroza de huesos mientras sonaba *La danza del garabato*.

—Maldeciré este carnaval, acabaré con la fiesta para siempre, y haré que la ciudad se oscurezca —dijo la Muerte.

Una vez que dijo eso, toda Barranquilla fue cubierta por una nube negra, haciendo que los colores desaparecieran.

Ocho años después, nadie había descubierto cómo romper la maldición. Juandi, triste, salió a tomar aire hasta que un periódico le dio en la cara. Enojado, vio de

qué se trataba. Era *El Diario del Caribe*, con una noticia que lo dejó impactado:

“Aquel que logre darle un bocado a la arepa de oro, podrá cumplir cualquier deseo que tenga.”

Al leer eso, Juandi pensó que si conseguía la arepa podría romper la maldición de la Muerte y devolver a Barranquilla su alegría. El problema era que la arepa estaba en Puerto Mocho, y eso quedaba muy lejos de su casa. Pero eso no lo iba a detener. Empacó sus cosas y salió a buscarla.

Tras caminar un rato, se encontró con una marimonda que se movía de forma muy peculiar.

—¿Qué haces? —preguntó Juandi.

–Intento hacer mi pase de baile, pero no sé cómo –dijo la marimonda.

Juandi se sintió mal por él, así que le dijo que podía enseñarle. Practicaron unos minutos hasta que lo logró.

–¡Gracias! ¿Cómo puedo agradecerte? –preguntó la marimonda.

–¿Quieres ayudarme a salvar Barranquilla? –propuso Juandi.

La marimonda aceptó. Se unió a la búsqueda y continuaron caminando hasta que escucharon un llanto a lo lejos. Con curiosidad, fueron a ver qué era. Se trataba de un torito con un cuerno roto.

–¡Ay, pobre de mí! ¿Qué haré sin mi cuernito? –sollozó el torito.

Juandi se sentó a su lado para consolarlo.

–Tranquilo. Sé lo que se siente perder algo –le dijo.

El torito se secó las lágrimas y le preguntó si podía ayudarlo

a repararlo. Juandi sacó un rollo de cinta de su mochila y unió el cuerno. El torito estaba tan feliz que le dio un gran abrazo.

–¿Cómo puedo agradecerte? –preguntó.

–¿Quieres unirme a la aventura? –propuso Juandi.

El torito aceptó, y los tres continuaron en busca de la arepa.

A mitad de camino les empezó a dar hambre, pero a la marimonda se le ocurrió una idea.

–¿Y si tomamos un atajo por Barrio Abajo para comer? –preguntó.

Los dos aceptaron la propuesta y, al llegar, quedaron perplejos. Todo era gris y la gente estaba triste. Los tres fueron a pedir comida: Juandi fue por una butifarra, y el torito y la marimonda por un raspao. Pero al probarlos, estaban secos y sin sabor. ¡Una pesadilla!

Siguieron caminando y se



encontraron con una cambiamera
con la pollera rota y una reina con
el vestido sucio.

–Déjenme ayudarlas con eso
–dijo Juandi.

Sacó la cinta para arreglar
la pollera y una manguera para
limpiar el vestido de la reina.

–¡Gracias! ¿Cómo podemos
agradecerte? –preguntaron.

–¿Quieren unirse a la aventura?
–preguntó Juandi.

La cambiamera aceptó,
pero la reina estaba muy cansada
para ir.

–No puedo ir, pero te daré esto
–dijo, entregándole un mapa con la
ubicación del Garabato.

Juandi y sus compañeros
siguieron la búsqueda. Tras
caminar un poco, encontraron al
Garabato sentado en un tronco,
con su bastón roto.

–¿Cómo pasó esto?
–preguntó Juandi.

–Como en todas las Batallas
de Flores, yo lucho contra la
Muerte y gano. Pero hace ocho años,
la Muerte usó magia prohibida. Me
lanzó un hechizo. Lo bloqueé, pero
mi garabato se rompió. Derrotado,
caí al piso y ella avanzó hacia el
Carnaval –explicó el Garabato.

Juandi se sintió frustrado, pero
también sintió lástima por él.

–No importa lo que pasó, ¡hoy
la derrotaremos! –dijo el torito.

Sacó la cinta y arregló al
Garabato. El Garabato se puso
muy feliz y dio las gracias.

–¿Quieres venir con nosotros?
–preguntó Juandi.

–¡Sí! –respondió el Garabato.

Continuaron su camino hasta
la Ciénaga de Mallorquín.

–¡Ya casi llegamos a Puerto
Mocho! –dijo Juandi.

Pero al llegar, no lo podían
creer: todo estaba sin color, y el río
ya no cantaba.

Juandi analizó el lugar,
buscando al Hombre Caimán.
Lo vio en una pequeña isla.
Rápidamente, alquiló una lancha y
fue a buscarlo. Lo encontró sentado,
triste, comiendo un pan seco.

—¿Qué te pasa? —preguntó
Juandi.

—Es que no tengo mi arepa con
mantequilla —respondió el Hombre
Caimán.

Juandi le explicó que existía
una arepa de oro que cumplía
deseos, y que él la iba a usar para
devolverle la alegría a Barranquilla.

—¿Y si te ayudo, me das mi
arepa con mantequilla? —preguntó
el Hombre Caimán.

—¡Claro que sí! —dijo Juandi,
entre risas.

Volvieron al muelle con los
demás y siguieron el camino.
Finalmente, llegaron a Puerto
Mocho.

Allí, Juandi vio la arepa de oro
sobre un pedestal de piedra, en la

orilla de la playa. Se acercó para
darle un mordisco, pero justo
cuando la tomó, la Muerte saltó
sobre él para atacarlo. El torito se
interpuso y la embistió. La Muerte
intentó recuperarse, pero el
Garabato la atacó también.

La Muerte bloqueó el golpe
y se preparaba para lanzar otro
hechizo, pero fue interrumpida
por una piña que la marimonda
le lanzó desde un árbol. Mientras
la Muerte se distraía, sin saber a
quién atacar, Juandi logró darle un
mordisco a la arepa.

Una onda expansiva de colores
estalló en el cielo, devolviendo la
fiesta a la ciudad.

—¡NOOOOOOOOOO!
—gritó la Muerte.

Y, sin poder decir más, se
desvaneció en una nube de humo.

Así fue como Juandi y sus
amigos salvaron a Barranquilla.

La cumbiambera reunió a
otras y creó un club de baile.

La gran búsqueda de la arepa de oro
Juan Diego Arango Gaviria
COL



El torito puso un puesto de comida. La marimonda abrió un estudio para enseñar su paso. El Garabato construyó una casita para prepararse para la próxima Batalla de Flores. Y Juandi cumplió su sueño de ser Rey Momo del Carnaval de Barranquilla.



Color chocolate



**Valeria
Murillo**

13 años
Colombia





Mamá, ¿soy negro?

—Sí.

—Pero negro negro no soy, ¿no?

—Eres negro.

—¿Cómo hago para ser más blanco?

Pasaron los días, semanas. Al llegar a casa, el niño se miraba al espejo: observaba sus carnosos labios, su ancha nariz y su amplia frente.

—Mamá, en el colegio me dijeron negro.

—Ajá —dijo mientras fritaba los patacones—. ¿Y qué tiene?

—Me están insultando.

—¿En qué parte está el insulto?

—Pues que lo negro es malo, ma.

El silencio invadió la habitación.

—Déjame contarte una historia.

El niño trajo el agua, el gel y la peinilla.

—Prométeme que, mientras vivas, nadie te llamará moreno, y nunca alaciarás tu hermoso cabello afro —dijo mientras separaba el pelo del niño en secciones—. Nosotros tenemos historia, lo nuestro no es solo un color. Y acá en el Chocó no hay casi blancos, ¿cuántos has visto en tu colegio?

—Juanchito es blanco, y a él se le hace mucho más bonito a todas las niñas de mi salón.

La madre siguió trenzando en silencio el pelo del niño al darse cuenta de que su voz se quebraba.

Estaba haciendo un patrón diferente al que le hacía siempre en su suave y esponjoso cabello.

—¿Qué parecen estas trenzas, mijo?

—Líneas.

—Caminos, eso son.

—No te entiendo. ¿De qué manera esto va a ayudar a que ya no quiera despintar mi piel?

—Antes teníamos que escapar, hijo. No teníamos propiedad. Las trenzas no eran un simple peinado: eran mapas.

—Qué bobada, ma.

—Allá vos, si no me querés creer.

—Bueno, le creo. Siga.

—Nosotros luchamos por mucho tiempo por nuestra libertad.

—¿Cuánto tiempo?

—Tu edad no es ni un quinto de ese tiempo. ¿Te pago ese colegio tan caro y no enseñan divisiones?

El niño no sabía a qué se refería la madre, porque ahí sí, no entendió ni un quinto de lo que

dijo, pero asintió débilmente.

—En ese tiempo tan largo no teníamos nada de lo que tenían los blancos. Pero yo nunca voy a dejar que los odies, porque no todos tuvieron la culpa. Nuestros antepasados se esforzaron para que tengamos lo que tenemos hoy. Te quiero hacer una pregunta: ¿qué son las cosas que tú compras?

—Pues objetos, ma, comida, juguetes.

—Así nos compraban a nosotros. Como si no valiéramos nada. Usaban nuestras manos como si no estuviéramos cansados y adoloridos.

Para ese momento, al niño se le salía poco a poco una sonrisa, que lentamente se fue desdibujando a medida que recordaba su aspecto, el cual odiaba: su pelo, sus grandes dientes... Y, sin darse cuenta, una lágrima corría por su mejilla. Una lágrima que parecía



querer salir hace días, semanas.
Una lágrima, solo una, con tantas
causas acumuladas.

Su instinto le dijo a la madre
que lo único que podía hacer en esa
situación era abrazarlo: abrazarlo
tan fuerte que el niño se ahogaba
en su blusa azul, su favorita,
empapándola con sus lágrimas.

–Dios no me quiere, mamá
–dijo con una voz entrecortada y
asfxiada por su llanto–. ¿Por qué?
Yo me odio, mamá. No me importa
nuestra historia.

Se apartó de la madre y lo
último que se pudo oír fue la
puerta, la cual azotó con todas las
fuerzas que un niño de diez años
podía tener.

La mamá lo único en lo que
podía pensar era en ella a esa
misma edad. Se habían mudado
un tiempo a Bogotá por el trabajo
de su padre, y era la única niña
negra en su clase. No pudo evitar

pensar en cuando las otras niñas
no se sentaban con ella, y cuando
alguna vez escuchó a una señora –
quien probablemente era la abuela
de alguna de sus compañeras–
decir:

–Mijita, córrase un poquito,
que negro no es gente.

Pensó también en su mochila
amarilla, la cual cambió a las dos
semanas de mudarse porque era
muy llamativa, y cada vez que
pasaba todos se le quedaban
mirando. La rompió con sus tijeras
en forma de mariposa y la botó
en la basura sin que su mamá
se diera cuenta. Volvió a utilizar
su mochila vieja, descolorida,
con la excusa de que se había
acostumbrado y era mucho más
cómoda. Su abuela nunca le creyó
ese cuento.

Miraba su reflejo y no veía
nada, porque “negro no es
gente”. No entendía por qué tenía

que ser ella a quien Dios había escogido para pintarla de un color chocolate, como le decía su abuela, que se había mudado a vivir con ellas para cuidarla mientras su hija trabajaba.

—Mamá, ¿soy negra?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque todos somos diferentes y únicos. Y tú eres hermosa tal como eres. Todos lo somos. Déjame contarte una historia...

Todo lo que la madre le contó al niño lo aprendió de su madre también. No podía dejar que sus costumbres y bendiciones —como los llamaba su mamá— se perdieran, se diluyeran.

Después de secarse las lágrimas que, sin darse cuenta, le habían salido de los ojos y habían terminado de mojar su blusa, decidió entrar al cuarto del niño, decorado con nubes y con todos sus juguetes, por los que tanto

se había esforzado por comprar. Se acercó a la cama. El niño no la miró. Lo abrazó. Uno de esos abrazos reconfortantes que te hacen querer quedarte ahí la vida entera.

—Sabes... yo sabía que ibas a llegar a esta edad.

El niño no contestó nada.

—Intenté que desde pequeño te amaras como eres. Al inicio funcionó, pero yo sabía que no iba a durar mucho.

—Igual, a fin de cuentas, ¿qué es ser negro, mamá?

—Ser negro es muchas cosas, hijo. Ser negro es ser fuerte. Ser negro es estar lleno de historia y lucha. Eso es ser negro: nunca dejar de luchar por lo que mereces. ¿Sabes el privilegio que tienes? ¿Sabes que, cuando ya seas mayor como yo, no se te arrugará tanto la piel?

Negro: persona de piel oscura, con mucha melanina. No somos más ni menos que los blancos, y



al que no le guste cómo eres, que
no te mire –ya estaba llorando
la madre–. Nunca dejarás que te
pisoteen ni te pasen por encima
por lo que eres, y vas a decirlo
con orgullo. ¿Qué eres?

–Negro –dijo el niño,
avergonzado.

–¡Más fuerte!

–¡Negro!

Todo se volvió a quedar en
silencio una vez más. Los dos
miraron los cuadros con ángeles
negros en las paredes y rezaron
un Padre Nuestro juntos. Al niño
le terminó gustando la palabra y lo
bonito que suena. Les pidió a sus
amigos que lo llamaran negro: **no
negrito, no moreno**, negro.



Luna y luz



**Emilia
Delfino**

12 años
Colombia





Yo estaba ahí, tiesa como un roble, en el recital de poesía del colegio. Tenía 15 años. Yo era la niña rara, la de los ojos rasgados, la del acento chistoso, la de las costumbres extrañas. La que no podía hablar inglés ni español. La que llevaba los libros en su “bolsa indígena”.

Y, aun así, ese día me planté en la tarima del gimnasio del colegio, mi *susu* colgada al hombro, mis libros en *wayuunaiki* bajo el brazo. Empecé a recitar, sin sostenerle la mirada a nadie, hablando fuerte, pero casi que para mis adentros.

—*Huarmi tutayay*

Yana pucutau iscayak

Pagtanacuy teksimuyu cay

*¡Ima llaquishga shamun pagash!
¡Llaquimi! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Runa caynin
huarmi pagash pashlla
Miskui ruru
¿Imachari cay?*

Nadie aplaudió. Ni siquiera los profesores. Un par de murmullos aquí y allá. Un par de risas ahogadas. Miradas despectivas. Susurros. Burlas. No importaba. Ya estaba acostumbrada.

Me disponía a salir y a bajarme de la tarima, pero un niño de mi clase se levantó de su silla, me miró fijamente a los ojos y empezó a recitar:

—Mujer, oscurece la tarde
y nube negra vacilante
se une al universo

¡Qué triste la noche!
¡Qué dolor tan profundo
hay en mí!
Mujer, nochecita,
dulce fruta,
¿dónde estás?

El niño se sentó y la audiencia,
obligada por los profesores,
aplaudió. Lo seguí con la mirada
hasta que salió por la puerta
grande. Ahí fue cuando salí
corriendo detrás de él.

—¡Ey, tú! ¡Espera! —grité,
abriéndome paso entre la gente.
—¿Qué pasa? —me dijo una vez que
estuve lo suficientemente cerca—.
¿Me hablas a mí?

—Sí, a ti. ¿Cómo sabes el poema
que recité en *wayuunaiki* en
castellano? —pregunté.

—Mi padre me lo enseñó. Mi
abuelo era *wayuu*. Mis padres
son *wayuu*. Y de algún modo, yo
también lo soy. Mis padres se
mudaron a Bogotá mientras mi
madre estaba embarazada, por
una complicación. Y nací acá, en
Bogotá, pero sigo siendo *wayuu*.

¿Tú de dónde eres?

—Yo nací en La Guajira. Pero a mis
padres se les vino a la mente la
“grandiosa” idea de venir a Bogotá
para que mi hermano mayor
tuviera “mejores oportunidades”.
Ya van tres años desde que nos
fuimos. Y ahora mi hermano es un
desempleado que se gastó todo
el dinero para la universidad en
fiestas, en droga y alcohol, en vez
de ser responsable y ahorrar. Pero
insisten en que no podemos volver.
En fin... ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Karari —dijo—. ¿Y tú?

—Yo soy Moa.

—Es un placer —dijo,
estrechándome la mano.

—Lo mismo digo —exclamé.

—Debo ir a clase. Hasta luego,
Karari.

—Hasta luego, Moa. ¿Nos vemos
después?

—No... no estoy segura. Tengo
que hacer... cosas. Nos vemos.
Algún día.

—Está bien. Algún día.

Me alejé de él. No era posible.



No podía ser wayuu y vivir como si nada. No podía ser wayuu y que no le hicieran **bullying**. No podía ser wayuu y que nadie se diera cuenta.

Día tras día, intentaba ignorarlo. Cuando pasaba al lado mío, rodeado de sus amigos, riéndose. Cuando lo veía comiendo con los del equipo de baloncesto en el almuerzo. Cuando lo veía feliz, simplemente disfrutando la vida.

Una semana pasó y me encontré una nota en mi casillero. Era un poema. Lo ignoré. Pero aparecieron más y más poemas en mi casillero. Seguía sin prestarle atención. Pero un día apareció en mi casillero un poema. En **wayuunaiki**. No iba a tolerarlo más. Me estaba volviendo loca.

–¿Qué crees que estás haciendo? –le dije el mismo día que encontré la nota.

–Si no eres clara, nunca vamos a

tener una buena conversación.

–Dejaste una nota en mi casillero.

Un poema. En **wayuunaiki** – exclamé, alterada. Me había sacado de las casillas.

–Somos amigos. Creí que se había vuelto una especie de juego entre nosotros dos.

–¿Amigos? ¿Crees que somos amigos? ¿En serio? No, no somos amigos. Apenas si somos conocidos. ¿Crees que por pararte y recitar un poema te vuelves mi persona favorita en todo el mundo? ¿Crees que ponerme poemas en el casillero era un juego? No han hecho más que aprovecharse de la situación para burlarse de mí. ¿Por quién me tomas? Ya tenía suficiente con que me hicieran **bullying** y que me rechazaran. Que nadie pueda pronunciar mi nombre. Que hasta los profesores hablen de mí a mis espaldas. Y ahora llegas tú. Y eres

feliz, rodeado de todos tus amigos.
Ignorando tus raíces. Como si
no te importara. Como si yo no
existiera. Y de repente hay una
nota en mi casillero. Un poema. En
wayuunaiki. Explícate –exploté.

Él simplemente me miró.
En silencio. Se restregó el ojo,
ocultando las lágrimas.
Entonces dijo:

–Pensé que éramos amigos.
Pensé que te haría gracia. Pensé
que responderías a las notas.
Pensé que lo entenderías. Porque
no creas que por nacer en Bogotá
yo no sufrí nada. No me atrevería
jamás a decir que sufrí más que
tú. Pero yo también sufrí. Tuve
que cambiarme de colegio porque
me maltrataban físicamente. En
mi otro colegio me decían cosas
horribles. Me arrojaban lápices.
Me pegaban puños. Pero aprendí
de mis errores. No le conté a nadie
de mi familia. Ni de mis raíces.
Intento ocultar el acento. Solo tú
sabes quién soy, de dónde vengo.
No intento ocultártelo. No intento

olvidar mis raíces. Solo
intento no volver a pasar por el
maltrato otra vez.

Hizo una pausa, respiró
y siguió:

–Lo siento. Por favor,
perdóname...

–Te perdono, pero debo
disculparme. Yo también fui mala
contigo. Te ignoré a propósito. Te
envidié. Estaba celosa de que no
te hicieran bullying o que no te
apuntaran con el dedo al pasar.
De que nadie se riera de ti. Estaba
celosa. Porque no sabía. No
sabía que no le habías contado a
nadie y no sabía que te estabas
protegiendo. No sabía por lo que
has pasado. Me disculpo. Espero
que puedas perdonarme. Fui una
estúpida al pensar así...

–Entonces estamos bien. Te
perdono –dijo–. Me saqué un
gran cargo de conciencia de los
hombros. Pero bueno, ¿qué te
parece si a partir de ahora te la
pasas conmigo y con mis amigos?
No puedo dejar a mi mejor amiga



sola. Y menos siendo la persona tan espectacular que es.

Admito que me sonrojé un poco cuando me hizo esa oferta. A duras penas me conocía. Habíamos hablado dos veces. Pero era su mejor amiga. Y él quería salvarme de pasar lo que él pasó.

—Me encantaría. Espero que no sea una molestia.

—Tú no puedes ser una molestia para nadie. Vamos, te los presento.

Y así fue por el próximo año. Comía con Karari y sus amigos, que se habían vuelto los míos. Tenía buenas amigas. La gente dejó de burlarse de mí. Ya no era la “indígena rara inmigrante”. Era Moa. Era una más entre la multitud.

Y cuando un año pasó, el día del recital de poesía, Karari subió conmigo al escenario. Éramos un equipo. Éramos mejores amigos.

—*Botamán cochjenojuabó*

*chor, botamán cochjoibuambá
mor bêtsco,
botamán mabojá tá*

—recité, esta vez hablándole a un público distinto, uno más abierto, uno más entusiasta y comprensivo. Un público al que sí le importaba lo que decíamos.

—Bonito debes pensar...
luego, bonito debes hablar.
Ahora, ya mismo, bonito empieza a hacer —recitó Karari.

Esta vez, la audiencia aplaudió, no obligada, a conciencia propia. Por un poema que, a pesar de no ser de nuestra lengua, era parte de nosotros, como nosotros lo éramos del poema.

Horas después, en el parque del barrio, nos sentamos en el piso y me dijo:

—Llevo un año contigo como la amiga más maravillosa que puede existir. Llevo un año entero luchando contra mí mismo. Porque

es algo de lo que estoy seguro, pero no quiero estarlo. Por eso no puedo apartarme de ti. Porque, a pesar de que me ignoraste y no respondiste a mis notas la primera vez, seguí intentando. Porque ya ha pasado un año y no te has dado cuenta. Ya ha pasado un año desde que me arriesgué a pasar por todo el maltrato otra vez. Ya ha pasado un año desde que me arriesgué por ti, parándome para recitar el poema Tutahuarmi, Mujer noche. Porque te amo. Desde que te vi, regia y firme, plantada en la tarima del gimnasio.

En mi vida no he conocido a nadie que tenga las agallas y la valentía suficientes para pararse ante un público y empezar a defender, reconocer, exaltar y, sobre todo, enorgullecerse de sus raíces. He conocido a muchas personas wayuu en mi vida, y ninguna de ellas tuvo el valor suficiente para defender su cultura.

No me digas que no es amor, porque no he sentido algo parecido

por nadie. Te amo a ti como tú amas a tu cultura. Como la amamos los dos. Porque tú me enseñaste a enorgullecerme de dónde pertenezco. De quién soy.

No sabía qué decir. ¿Qué podía responder a eso? Había puesto todo el sentimiento del mundo en sus palabras. Lo sentía en el alma. Y era cierto que lo había juzgado mal. Claro que él simplemente estaba protegiéndose porque ya había pasado por lo mismo que yo. Era cierto que se había arriesgado al recitar el poema. Era cierto que no intenta olvidar sus raíces. No sabía qué decir. No podía formar una frase coherente.

Así que le respondí lo siguiente:

—*Pullu micjurccoy nina
llucshina nina pulla K'anchay.
Shimi sansa lluchcacana.
Chhisiyaita ccolliy tiyana.
Mauk' ayay tiyarina tiyarishpa
ñuca yuyana
pachapitta, cuyay, huañuna-
ppunchau.*



Me miró con ojos esperanzados,
brillantes y vivos. Los mismos ojos
con los que me miró la primera
vez. Suspiró, tal vez de alivio,
y recitó:

–La candela devora los troncos
y luces multicolores de su cuerpo
surgen.

Se desliza la brasa con su boca
ardiente.

Hay cenizas en el atardecer.
Sentado en un banco viejo
yo pienso en el tiempo, en el amor,
en la muerte –suspiró Karari.

–¿Sabes qué? Yo también te
amo. Desde el inicio. No lo sabía.
Estaba celosa de ti. De que no se
burlaran de ti. De que fueras uno
más entre la multitud. Estaba
cegada por la envidia. Pero
siempre te he amado. Solo que no
lo sabía. Pero ahora que hemos
dejado todo atrás, que hemos
convivido tanto y que hemos
creado una amistad tan fuerte,

puedo decirlo con seguridad.

Te amo.

–Entonces... ¿Qué hacemos?

–No lo sé. No le pongamos una
etiqueta. Tenemos mucho tiempo
para definirlo. Podemos estar
juntos. Definámoslo así: juntos.
No nos separaremos. Seremos
nosotros dos contra el mundo.

–Y defenderemos nuestras
raíces a donde quiera que
vayamos. Porque estamos
orgullosos de ser wayuu. Juntos.

–Juntos –suspiré, mientras le
cogía la mano.

–Te amo. *Aishipiatapulaa.*

–*Aishipiatapulaa.* Por el resto
de nuestras vidas. Porque tú eres
mi mundo entero –dije, cubiertos
ya por el manto enorme y oscuro,
salpicado de estrellas, que
era la noche.



La noche de los peces bailarines

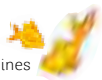


Angie Sofía
Páez olaya

10 años
Colombia



La noche de los peces bailarines
Angie Sofía Páez Olaya
COL



Mi mamá es maestra. La escuela donde enseña queda “un poquitico más acá del fin del mundo”, dice ella para explicarme por qué se demora tanto en llegar. La verdad es que la escuela queda en Balsillas, sur del Tolima, una tierra llena de ríos como los de Macondo, donde las piedras parecen huevos prehistóricos. Para llegar hasta Balsillas, mi madre demora unas cuatro horas desde Ibagué, la hermosa ciudad donde vivo. Mi mamá me ha contado de esos ríos. En especial del Magdalena, una mole de agua en donde suceden historias de enamorados rebeldes. Y donde me pasó la historia de este mi cuento.

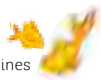
Los domingos mi madre toma camino después del mediodía. Y regresa el viernes, cuando llega la noche. La espero con ansiedad. Los viernes todo parece una fiesta. Papá se pone más alegre que de costumbre. Se afeita y se echa más loción que los otros días. Yo me pongo el mejor vestido, ese que me hizo mi mamá para diciembre. A veces saco mi falda de mariposas amarillas y bailo alguna danza para celebrar que ella llegó. Lo que más me gusta es que estemos juntos. Como en aquella época en que mamá no trabajaba en la escuela allá en el sur del Tolima. Sé que ella lo hace por nuestro bien. Y por el bien de los niños de Balsillas. “Se merecen

una profesora que les enseñe bien”, dice cuando le pregunto por qué se va. También lo hace por papá, que no tiene trabajo debido a su salud. “Ya se aliviará”, dice mi madre.

Lo cierto es que los viernes todo es diferente. Antes de acostarme me cuenta alguna historia. “Para volar con la imaginación hay que conocer a Macondo”, me dice. Lo hace así desde que yo era bebé y ella apenas estudiaba en la universidad. Ella ha leído mucho. Nunca ha ido a Macondo. Pero ha leído mucho. Y conoce los ríos de Balsillas. Siempre le pregunto por qué no puedo estudiar en su escuela, para que me enseñe más sobre Macondo. Y sobre ríos interminables. Responde que el viaje es muy largo y todavía soy una niña pequeña. “Ya cumplirás la edad para hacerlo”, me dice. Mamá cumple todo lo que promete. El día de mi cumpleaños me dio la sorpresa: “Llegó la hora, arma tu maleta que nos vamos de viaje”,

dijo luego de la torta y los buenos deseos. Papá fue el primero en organizar sus cosas: tres pares de zapatos, sus pantuflas y una maleta llena de ropa. Eran tantas que mamá tuvo que decirle que era solo un viaje.

Mamá no exageraba. Después de recorrer una carretera muy larga y parar en muchos pueblitos, llegamos a su escuela de Balsillas. El río era tan grande como los de las historias de Macondo. Ya era casi noche cuando llegamos. Nos recibieron unos niños como de mi edad, acompañados de sus mamás. Varios señores preparaban a un lado las comidas. Los niños de Balsillas tenían sus caritas quemadas por el sol y nunca paraban de sonreír y de abrazarme. La gente me pareció diferente a como somos nosotros en Ibagué, como si su alegría fuera su mejor vestido. Me llamó la atención una señora de cabello blanco y muchas arrugas, recostada sobre una mecedora.



Su falda parecía un cuadro, con muchas flores y mariposas. La anciana solo nos escuchaba porque tenía los ojos blancos. Mi mamá me explicó que era ciega, pero nunca dejó de mecerse en su silla. Y los niños nunca pararon de ir a abrazarla y hacerla reír.

Las casitas cercanas al río eran diferentes. El aire era caliente y agradable, con el olor de los días de sol. Una de las señoras dijo que nos estaban esperando, y varios niños hicieron sonar sus instrumentos. Las niñas salieron a la mitad y bailaron con sus faldas de colores al ritmo de la música. La que bailaba con más entusiasmo se me acercó y me pasó una falda.

—Me llamo Emilia Moscote —me dijo—. Puedes danzar con nosotras.

Luego del baile y de llevar las maletas a un cuarto que estaba

hecho de barro, nos invitaron a un patio que estaba en mitad de las casas. Muy cerca se escuchaba el sonido del río.

En un descuido de mis padres, Emilia Moscote me cogió de la mano.

—Tienes que conocerlos —dijo.

No tuve tiempo de avisarle a mis padres. Estaban entusiasmados con la música y la fogata en la que asaban alimentos que trajeron para celebrar nuestra llegada. El río era más grande de lo que imaginé. Le hice señas a Emilia de no acercarnos más, que esas cosas eran peligrosas para los niños. Miré hacia atrás, pero solo escuché las voces y las risas. Mis papás ya no podían verme. Entonces fue cuando Emilia me apretó más duro la mano y me acercó a la orilla del río. Su cauce era silencioso y no se veía el fondo. Solo el resplandor de la luna.

Tampoco pude ver la otra orilla.
Tan grande era aquel río.

Emilia sonrió en la oscuridad.
Sus dientes parecían decirme
que algo me iba a pasar. Cuando
intenté zafarme de su mano,
empezó a danzar. A lo lejos se
escuchaba la música de los
tambores de la bienvenida. Emilia
danzó y me hizo señas de que
siguiera su ejemplo.

—Así, como un pececito que
baila de alegría.

Lo hice con la condición de
que volviéramos rápido donde mis
padres, porque ya empezaba a
llenarme de miedo.

—Solo escucha los tambores...
así... danza... danza... es para
invitarlos a ellos —me dijo.

Se me vinieron a la mente
las historias de espíritus que
cuentan mis compañeros de clase
para asustar a los demás. En eso
estaba, cuando Emilia me agarró
de la mano.

—Acércate más, no tengas
miedo —me dijo, con los pies casi
en el borde del barranco.

Resbalé un poco y sentí que me
caía. Emilia señaló hacia la parte
del río que corría junto a nosotros.

—¿Los ves? —preguntó,
mostrando sus blancos dientes.

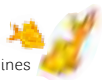
—Sí, los veo. Es el brillo de la
luna —dijo.

—Más abajo del brillo
—insistió ella.

Y presionó con su mano sobre
mi espalda para que quedara casi
tocando el río, a punto de caer.

Pensé en mis padres. En lo
bonita que había sido nuestra
vida juntos. En los viernes de
fiesta y en las noches en que
mamá me contaba historias de
Macondo. También pensé en la
generosidad de mamá al llevarme
de viaje a su escuela de Balsillas.
Ya sin esperanza, pude ver lo que
tanto insistía Emilia. Ahí estaban.
Eran varios peces iluminados por

La noche de los peces bailarines
Angie Sofia Páez olaya
COL



la luz de la luna.

–Mira que danzan como nosotras –dijo ella–. Danzan... danzan... es la música y es la luna.

Cuatro noches duró aquel paseo a Balsillas. Cada una de ellas fui con Emilia a ver los peces danzarines de ese gran río. Terminé por pensar que no era muy diferente del Macondo que me narraba mi madre. La misma fantasía, una magia imposible de narrar.

Al regreso del viaje, mamá dijo que tenía muchas historias de Macondo por contarme. Habló de señores muy viejos con alas enormes y de ahogados hermosos. De niñas que comen tierra de las paredes y de personas con colitas de cerdo. Todo eso lo dice ella porque ha leído mucho. Es la mejor mamá. Y la mejor maestra. Me prometió que para el próximo cumpleaños iremos de viaje. No

me dijo dónde. Solo dijo que es un lugar que está a varias horas de camino. Y que tiene ríos con piedras parecidas a huevos de dinosaurio y un cielo lleno de estrellas. Eso me dijo. Yo le creo porque es mi madre y ha leído muchas historias.



La historia del colibrí blanco



**Dhanna Jimena
Cordero Segura**

12 años
Costa Rica





Todo comenzó un caluroso verano en un país llamado Costa Rica, cuando mi mamá puso dos huevitos del tamaño de un frijol en un lindo nido construido por ella con mucho amor, hecho de ramitas, musgos y telarañas. En el interior del nido nos encontrábamos mi hermano y yo, ¡nunca imaginábamos que al cabo de 21 días comenzaría nuestra aventura! Ambos con apenas dos centímetros de tamaño llegamos a este maravilloso mundo. Al principio no podíamos ver nada a nuestro alrededor, ya que aún no habíamos abierto nuestros ojitos. Mi madre nos dejaba solos varias veces al día para buscar nuestro

alimento, un delicioso néctar.

Al cabo de una semana comenzaron a salir mis plumas, lo extraño es que ninguna de ellas se parecía a las plumas de mi mamá, pues las mías eran blancas. En cuanto a mi hermano, tristemente él no lo logró. Yo estaba muy triste por la muerte de mi hermano y por el estado de mis plumas. Entonces, mi mamá, para animarme, me contó una historia sobre el lugar donde nací: Costa Rica, un país con siete provincias llenas de cultura y tradiciones, que alberga el 5 % de la biodiversidad mundial. Tiene una gran variedad de ecosistemas: selvas tropicales, bosques, manglares y costas.

También existen allí ocho grupos socioculturales indígenas – los cabécares, huetares, malekus, térrabas, bribris, ngäbe, borucas y chorotegas– que habitan en más de veinte territorios y hablan seis idiomas indígenas. Ellos enriquecen la cultura nacional y cuentan con mujeres trabajadoras que, con sus habilidosas manos, elaboran artesanías como canastas, figuras de barro y máscaras.

Finalmente, al cumplirse un mes, ya estaba listo para abandonar el nido. Aún era evidente la falta de colores en todo mi plumaje, por lo que decidí buscar una explicación para mi condición. Recordé la historia que días atrás me había contado mi mamá, así que resolví viajar en busca de una respuesta. Quizás podría encontrar diferentes flores que, al chuparlas, dieran más colores a mis plumitas.

Así lo hice: volé y volé, hasta que por fin llegué a un lugar al

que una mariposa morpho llamó Cartago, conocida también como la Vieja Metrópoli, donde se cultivan productos agrícolas y flores deliciosas.

Subí a un cerro llamado Chirripó, el más alto del país, 3600 metros. ¡Imagínense lo alto que volé! También visité el volcán Irazú, el cual tiene varios cráteres. No contemplé mucho su belleza, ya que me dio miedo rostizarme porque se encontraba activo. Luego visité la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, la más importante del país, ya que ahí se encuentra la patrona de todos los ticos, nombre con el que se les suele llamar a los costarricenses. En este lugar encontré una flor hermosa, me alimenté de ella y mis plumas se comenzaron a teñir de un azul brillante pero como aún me faltaban muchos colores, decidí que mi segundo destino sería visitar la provincia llamada Limón, donde la población tiene más del 11% de herencia



afrodescendiente. Según me comentaron unos manatíes, los pobladores llegaron ahí provenientes de Jamaica, cuando se construyó un ferrocarril para poder traer el café desde otras regiones y poder exportarlo. Este producto es de suma importancia para la economía costarricense. Vieran qué hermosa herencia cultural encontré en ese lugar, comidas como el rice and beans (comida elaborada con arroz, frijoles, pollo y aceite de coco); quesadillas de carne llamadas pati y muchas otras. También me asombré de su música inspirada en el calipso, así como de sus vestimentas y peinados. Luego me dio hambre y me fui a deleitar con unas flores de banano que encontré, ya que existen muchas tierras destinadas a la siembra de este producto; estas me regalaron un espectacular color

verde esmeralda en una parte de mi cabeza y alas, ¡cada vez me parecía más a mi mamá!

Algunos días después decidí volar buscando otro destino, me dirigí al norte. Llegué a un lugar que unos yigüirros llamaban la provincia de Heredia, pequeña pero hermosa y para mi deliciosa, ya que es conocida como la Ciudad de las Flores. ¡No se imaginan lo que mi pancita disfrutó ese manjar!, al saborear su néctar se tiñó de amarillo. También disfruté de su arquitectura de antaño, pude ver muchas casas de adobe construidas de paja y barro.

Luego viajé a Alajuela, que según un oso perezoso era conocida como la Ciudad de los Mangos y es precisamente ahí donde nació uno de los mayores héroes del país: Juan Santamaría, quien valientemente murió quemando un mesón allá por el

año 1856, en la guerra de Santa Rosa, en la que unos filibusteros querían apropiarse del país. En su honor, el principal aeropuerto de Costa Rica lleva su nombre: Aeropuerto Internacional Juan Santamaría. También visité el volcán Poás y el volcán Arenal donde había muchas personas disfrutando de sus aguas termales. Comí un néctar que me obsequió un lindo color rojo en otra parte de mi pancita, haciéndola ver como un bello atardecer.

Me pareció muy interesante esta historia del mesón por lo que decidí investigar un poco más ese lugar. Y así fue así como llegué a Guanacaste, cuna del folclore costarricense, que un 25 de julio de 1824 decidió anexarse a Costa Rica. Ahí visité la histórica casona de Santa Rosa donde se produjo aquella pelea para defender nuestra paz. Encontré hermosas playas, cultura y tradiciones indígenas precolombinas, ricas comidas como bizcochos

(rosquillas de maíz con queso), chorreadas (pancake de maíz), pozol (guiso de maíz con carne). Además, pude ver el desove de la tortuga Baula. Disfruté de los coloridos trajes y bailes típicos de este lugar, ahí obtuve el color café de en una parte alrededor de mi ojo.

Luego visité Puntarenas, llamada también la Perla del Pacífico, una costa con hermosas playas y parques de aguas azules de arena blanca. Ahí encontré mi color naranja. También vi unos simpáticos monos Tití y reservas naturales de gran importancia ecológica. Me llamó la atención que unos turistas estaban observando algo en el río Tárcoles, jeran unos impresionantes cocodrilos que me causaron mucho miedo por lo que mejor decidí partir!

Por último, visité la capital de Costa Rica, San José, desde 1823. Un oso perezoso me sugirió visitar el Museo Nacional, pues fue



ahí donde un 1 de diciembre de 1948 se declaró la abolición del ejército nacional. En Costa Rica no hay ejército, es un país de paz y armonía que hasta el día de hoy tiene buenas relaciones con todos los países alrededor del mundo. Allí decidí visitar la Reserva Forestal El Rodeo, específicamente el parque de la de Universidad para la Paz, donde se encuentra el Monumento al Trabajo, al Desarme y la Paz, en cuya parte más alta se puede observar una paloma blanca en vuelo, lanzada por dos manos que envían un mensaje de paz al mundo. Mis plumas se llenaron de un brillo especial y comprendí que había nacido con el color más hermoso del mundo, el que simboliza la paz. No importaba el color de mis plumas o mi piel, mi origen o cultura, todos debemos sentirnos orgullosos de cómo somos, del lugar donde nacimos,

de nuestras raíces y tradiciones. Para llenar nuestra vida de colores, debemos aprender sobre otras culturas y sus costumbres, respetando las diferencias.

Yo nunca perdí mi color blanco, gané muchos otros, al igual que amigos y experiencias únicas; incluso conocí la historia que nuestros antepasados vivieron a través de los años para formar esta gran nación.



Ñawi Kawsay (Estrella viva)



Sofía Tapia

11 años
Ecuador





Mi bisabuelo, Augusto, vivió desde su niñez en Otavalo, Imbabura, un lugar lleno de colores y tradiciones. Siempre he estado fascinada por las historias acerca de esta provincia, conocida por sus hermosos lagos y volcanes, que han pasado de generación en generación en mi familia.

Otavalo es una joya indígena de los Andes, un lienzo bordado por las manos del tiempo. En sus plazas, el aire susurra historias de antiguas civilizaciones, mientras los colores vibrantes de los textiles se enredan en las manos de los artesanos como hilos mágicos que tejen sueños en cada puntada. Los

volcanes, guardianes celestiales, vigilan desde lo alto como gigantes de piedra que nunca duermen.

El mercado de ponchos, con su bullicio y fragancias, es un río de gente que fluye sin descanso; sus murmullos resuenan como una sinfonía de lenguas ancestrales. Cada esquina de Otavalo late con el pulso de la tradición, donde el pasado y el presente se abrazan eternamente.

Pero si uno escucha con atención, detrás de las voces el murmullo de la naturaleza llama desde las profundidades del bosque. La laguna de Peguche, oculta entre la espesura, es un santuario místico donde el agua

se convierte en poesía líquida. Sus aguas, cristalinas como los recuerdos, parecen un espejo en el que se reflejan las estrellas y el espíritu de los ancestros. Las cascadas cercanas caen con la fuerza de una melodía antigua, como si la tierra cantara a través de ellas, arrullando los sentidos. Aquí, en este rincón sagrado, los sonidos del viento y del agua se entrelazan en un canto antiguo que resuena en el alma, invitando al viajero a detenerse, a respirar el eco de la naturaleza y a perderse en su paz insondable.

A solo un suspiro de distancia, se encuentra Ibarra, la Ciudad Blanca, un resplandor de serenidad entre los montes. Las calles empedradas son huellas del tiempo que invitan al caminante a perderse en su quietud, como si cada piedra guardara los secretos de los siglos. El lago Yahuarcocha, espejo oscuro donde el cielo y la tierra se funden, narra en su quietud la leyenda de una batalla

sangrienta, aunque hoy sus aguas reflejan solo paz. Ibarra se despierta con la brisa fresca de la sierra, y el aroma del helado de paila, suave y frío como un susurro de la infancia, se despliega por sus calles como una caricia. Allí, cada rincón es una promesa de calma, donde el alma encuentra refugio bajo el abrazo de los Andes.

Un 21 de junio, fecha en la que se produce el día más corto y la noche más larga del año, se celebraba la fiesta del Inti Raymi o fiesta del Sol, una ancestral celebración andina. Mi bisabuelo Augusto me habló de su mágica experiencia.

Ese mismo día, hace muchos años, mi bisabuelo Augusto se encontraba en la campiña de Pisabo, una hacienda que invita a retroceder en el tiempo y experimentar la vida rural y la tranquilidad de épocas pasadas. Rodeada de campos fértiles y custodiada por el imponente volcán Imbabura, esta casa de



hacienda es un oasis de paz,
donde la naturaleza y la historia se
entrelazan en perfecta armonía.
Un lugar donde cada visitante
es recibido por la calidez de sus
muros de adobe, el suave crujir de
las maderas antiguas y los patios
floridos que invitan a descansar.

La casa, con su arquitectura,
es un testimonio vivo de la
tradición de las grandes
haciendas de la región, donde
cada rincón respira encanto
y autenticidad. Los amplios
corredores, adornados con
plantas colgantes y macetas de
terracota, se abren hacia jardines
donde el canto de los pájaros
acompaña el murmullo del viento
entre los árboles. En el interior,
los techos altos y las ventanas
de madera enmarcan vistas
espectaculares de los campos
ondulantes y las montañas
distantes. Las habitaciones,

decoradas con muebles rústicos
y detalles artesanales, ofrecen
una experiencia única de carácter
tradicional. Es un lugar donde las
mañanas empiezan con el aroma
de un café recién hecho y las
noches se envuelven en el calor de
una chimenea.

—Contaba mi bisabuelo—
que, afuera de su casa, todo el
mundo hablaba acerca de la
elección de la nueva Sara Ñusta,
o reina del maíz.

El sol brillaba intensamente
y el aire estaba impregnado de
la fragancia del maíz y las flores
silvestres. Todos esperaban con
ansias saber quién sería la elegida,
la representante de la fertilidad y
la abundancia.

La plaza del pueblo se
transformaba en un colorido
escenario. Jóvenes y ancianos se
reunían, cantando y bailando al
ritmo de los tambores. Entre las

jóvenes que se preparaban para la elección estaba Amaru, una chica con un espíritu libre y un profundo amor por la naturaleza, a quien en la comunidad cariñosamente llamaban Ñawi Kawsay, que significa **estrella viva** en kichwa. Mi bisabuelo la admiraba, no solo por su belleza, sino por su conexión especial con la tierra.

Una noche, mientras él ayudaba a su familia en el campo, escuchó un susurro que provenía del bosque. Curioso, se adentró entre los árboles y descubrió un antiguo altar dedicado a la Pacha Mama. En él había ofrendas de maíz y flores, pero algo más captó su atención: una pequeña figura dorada de la Sara Ñusta, que parecía brillar con luz propia. Se acercó, sintiendo una energía poderosa que lo envolvía.

De repente, un viento suave sopló, y ante sus ojos apareció una figura femenina. Era la esencia de la Sara Ñusta, quien le habló con una voz melodiosa:

—Valiente joven, eres el elegido para ayudar a preservar nuestras tradiciones. La fiesta se aproxima, pero una sombra acecha el maíz. Debes encontrar la manera de protegerlo.

Con el corazón latiendo de emoción y un poco de miedo, mi bisabuelo aceptó la misión. La figura le dio un amuleto hecho de maíz y flores, asegurándole que lo guiaría en su camino. Al día siguiente, se preparó para la elección de la Sara Ñusta, decidido a descubrir más sobre la sombra que amenazaba sus cosechas.

La ceremonia comenzó y el pueblo estaba lleno de alegría. Las jóvenes danzaban y cantaban, cada una mostrando su amor por la tierra. Sin embargo, mientras los aldeanos celebraban, mi bisabuelo notó algo extraño. En el borde del campo, una oscura figura se movía entre las sombras. Se parecía a un espíritu maligno, ansioso por arruinar la fiesta.



Siguiendo su instinto, mi bisabuelo se acercó a la figura, y cuando llegó, pudo ver que era el espíritu de la sequía, un antiguo enemigo de la tierra.

—¿Por qué interrumpes la fiesta? —le preguntó con valentía.

El espíritu, con voz grave, respondió:

—El maíz no debería crecer en esta tierra. ¡Es hora de que el ciclo de la vida cambie!

Sin dudar, mi bisabuelo levantó el amuleto de maíz que había recibido de la Sara Ñusta.

—Este maíz representa la vida y la fertilidad. ¡No permitiré que lo destruyas!

Con un grito, el espíritu lanzó una ráfaga de viento seco, pero el amuleto brilló intensamente y creó una barrera de luz alrededor de mi bisabuelo.

En ese momento, Amaru se dio cuenta de que algo sucedía.

Se acercó y, viendo a mi bisabuelo enfrentándose al espíritu, decidió unirse a él.

—¡Juntos podemos detenerlo! —exclamó. Y ambos levantaron sus manos, canalizando la energía del maíz y de la tierra.

El espíritu de la sequía se retorció, sintiendo la fuerza de la conexión entre ellos y la Pacha Mama. El brillo del amuleto se intensificó y una lluvia de semillas comenzó a caer del cielo. Cada semilla era un símbolo de esperanza y fertilidad. El espíritu, abrumado, comenzó a desvanecerse, gritando que no podía luchar contra el poder del amor y la conexión con la tierra.

Con el peligro alejado, la fiesta continuó, pero mi bisabuelo y Amaru no se quedaron ahí. Juntos comenzaron a contar la historia de lo que había ocurrido. La gente escuchaba asombrada y

comprendieron que debían cuidar la tierra y sus tradiciones con más amor que nunca.

Días después, durante la fiesta del Inti Raymi, Amaru fue elegida como la nueva Sara Ñusta. Cuando se puso su vestido colorido, lleno de bordados que representaban el maíz y la abundancia, todos vitorearon. Ella, con una sonrisa radiante, ofreció una oración a la Pacha Mama, agradeciendo por el maíz y la protección que habían recibido.

Mi bisabuelo se sintió orgulloso. No solo había ayudado a salvar la fiesta, sino que también había aprendido que la verdadera fuerza viene de la unión de la comunidad y de la conexión con la naturaleza. Esa noche, mientras danzaban alrededor de la fogata, él prometió seguir contando la historia de la Sara Ñusta y de la batalla contra el espíritu de la sequía.

Así, cada año, la fiesta se celebraba con más alegría, y

la figura de la Sara Ñusta se convirtió en un símbolo de esperanza y resistencia. Mi bisabuelo siempre decía que el maíz y la tierra eran sagrados, y que cada uno de nosotros tenía un papel que jugar en su preservación.

Hoy, cada vez que escucho a mi bisabuelo contarme estas historias, siento que llevo en mi corazón la esencia de Ñawi Kawsay, Sara Ñusta. Aunque el tiempo pase, su legado sigue vivo en nuestra comunidad, recordándonos que debemos cuidar la tierra y agradecerle por lo que nos da.

Así que, si algún día vienen a Otavalo a la fiesta del Inti Raymi, busquen a la Sara Ñusta. Ella no solo es una joven vestida de colores, sino la representación de nuestra conexión con la tierra, de la vida y del maíz, que siempre será sagrado para nosotros.

De huesos a pan



**Martina
Espinosa**

13 años
Ecuador





Mi nombre es Kipu. Vivo en Ecuador, un país pequeño entre Colombia y Perú lleno de paisajes andinos y ríos helados. Se acerca noviembre, el viento juega con mi pelo negro y a veces deja mechones sobre mi frente morena. Junto con el viento, llega el Día de Todos los Santos. Nos preparamos, como de costumbre, para bajar por las gradas que parecen ser infinitas hasta las tumbas bajo las piedras de la Compañía de Jesús.

Mi mamá me toma de la mano y coloca a mi hermano sobre su espalda, sosteniéndolo con un chal celeste. Caminamos detrás de mi taita, mis tíos, mis abuelos y mis primos. Bajamos las gradas

de color gris, una por una, con mucho cuidado de no tropezar en la oscuridad.

Nos acercamos más y más a nuestros ancestros, guardados en las paredes. Un frío de ultratumba hace que le apriete más fuerte la mano a mi mamá con cada paso. El calor de las velas y su tenue luz nos guían por el laberinto bajo la iglesia. Las pequeñas luces de cada vela se van juntando y se convierten en una sola que domina lo negro a nuestro alrededor.

Mi taita y mis tíos se acercan a la tumba, quitan la tapa con cuidado y comienzan a sacar los huesos de nuestros antepasados. Cuando terminan, subimos hacia

la luz del día, y el sol me da cosquillas en los ojos. Afuera de la iglesia, mi taita abre la funda con los huesos y, juntos, comenzamos a ponerlos en orden para que formen un esqueleto. Es como armar un rompecabezas.

—Mira, este es tu abuelo —me dice mi taita—. Vamos a darle un paseo.

Caminamos por la ciudad y cada familia lleva sobre sus hombros a sus seres queridos que ya no están con nosotros. La gente va cantando y sonriendo; otros lloran, y algunos solo caminan mirando al piso. Yo soy uno de ellos. A esto mi mamá le llama la “procesión”, o algo así, no estoy muy seguro.

Llegamos a un campo verde, con pocas flores blancas creciendo bajo nuestros pies. Nubes con forma de liebre vuelan con el viento y aves de color índigo cruzan el cielo. Mis primos mayores, tan altos como árboles de eucalipto, sacan su catapulta

de madera y, con gran puntería, le disparan a un pajarito, que cae al suelo casi de inmediato. Con cuchillos en mano, lo cortan en pedazos y extraen su sangre, dejándola en una copa de metal. La pasan entre ellos y entre todos los presentes, y cada uno toma un sorbo.

—Toma, Kipu, es para ser inmortal —me dice mi tía Rosa.

No sé bien qué significa “inmortal”, pero le hago caso y acerco mis labios a la copa. Un sabor a metal y una textura densa invaden mi boca. No me encanta este ritual de tomar sangre. Nos sentamos en el césped y conversamos, reímos y jugamos antes de volver a guardar los huesos en la funda y llevarlos a su casa, la iglesia.

En el arco de entrada, hay tres señores vestidos de blanco hasta los pies. Sostienen una cruz y velas. Uno de ellos toma a mi taita por el brazo y lo lleva hacia adentro. Siento miedo correr



por mis venas, y algo más que hace que se me cierre un poco el pecho y me cueste respirar. ¿Qué le hacen a mi taita? Se escuchan vagamente palabras como “es un ritual satánico”, “está prohibido” y “los huesos no vuelven a salir de la iglesia”.

Mi taita regresa con lágrimas en los ojos. No caen por sus mejillas, pero se quedan en sus párpados como lagunas. Ya no lleva la funda de huesos. Todos lo vemos confundido y preocupado. Él solo niega con la cabeza. Mi mamá cae de rodillas al suelo, soltando mi mano y haciendo que mi ñaño, atado aún con el chal, se mueva levemente. Mis tíos se ponen rojos del enojo y corren hacia los señores de blanco. Mis primos los detienen y los llevan de regreso a casa.

De vuelta, nadie habla. Pasa el tiempo. La nieve de los volcanes

se derrite en junio, pero regresa en noviembre. Ese año no bajamos las frías gradas de la iglesia, pero nos vestimos y corremos a la cocina. Un olor dulce me guía hacia el horno de piedra. Parece ser temprano, como las siete de la mañana, lo sé porque el sol recién comienza a calentar mi piel.

Mis tías y mi mamá cocinan sin parar. Mi taita y mis tíos mezclan la colada morada en una olla inmensa que mancha las manos al tocarla. El fuego arde.

–Ven, Kipu, ayúdame a amasar –me dice mi mamá, poniendo masa en mis manos.

Corta la masa a la mitad. Con sus manos llenas de harina comienza a transformarla en un pequeño niño: ñe da piernas, brazos, cabeza y hasta le dibuja una sonrisa.

–Esto es un guagua, como tú, pero de pan –me explica.

—¿Una guagua de pan? —le pregunto.

—Exacto —me responde.

Mientras más me demoro en darle forma, más se me pega a las manos. Se derrite con el calor de mis dedos.

—Kipu, como ya no podemos sacar a nuestros abuelos de la iglesia, les vamos a llevar las guaguas de pan y la colada morada, que representa la sangre que ya no podemos tomar, a un claro de flores, para juntarnos con ellos —me dice mi prima Shungu.

Amasamos juntos. Yo hago una guagua especial, más pequeña que las demás. Salgo al jardín, cojo una baya azul, una que vi que ponían dentro de la colada hace pocos momentos. Escuché que le dicen mortño. La aplasto con las manos y la paso sobre el cuerpo de la guagua. Es de color celeste, como el cielo, y se queda impregnado en el cuerpo de este bebé. Celeste, como el chal donde mi ñaño estaba envuelto el último Día de Todos los

Santos, pocas semanas antes de convertirse en santo también.

La meto al horno y espero ansioso a que se cocine. Cuando ya casi está lista, comienza a oler a masa dorada. La sacamos del horno con cuidado, la pongo sobre una hoja y la llevo con un vaso de colada morada. Camino por el verde suelo bajo mis pies, el cual no se ha secado del rocío de la mañana aún. Siento cómo se mojan un poco las puntas de mis dedos, pero el sol los calienta de nuevo casi de inmediato.

Llegamos al claro de flores. Veo una nube con forma de conejo: Kunu, como mi hermano. Corro hacia ella y, en un espacio donde las flores forman un círculo, dejo la guagua de pan. Lo llamo una y otra vez. A la tercera de gritar su nombre, un viento salta por mis orejas. Sé que él está conmigo.

Nos despedimos de los que ya no están, dejándoles guaguas de pan y colada, y prometemos volver el próximo año.

De huesos a pan
Martina Espinosa
ECU



De regreso en casa, me siento en el suelo, frío bajo mis piernas, y miro el techo. Creo que esta tradición me gusta más. Prefiero hacer pan y colada y regalárselos a los santos, que armar rompecabezas de huesos. Capaz aquellos señores de blanco tenían razón. Desde que tengo cinco años, en mi familia hacemos guaguas de pan. Y ahora, yo, Kipu, enseño al resto la tradición y cuento cómo cambió esta historia y cómo llegamos a crear niños de masa.



Un asesinato en Bonaire



Gràcia
Guardiola
Vallés

12 años
España





CAPÍTULO 1

Un fantasma con cuerpo

Un aventurero llamado Tomás Fernández, conocido por ser intrépido, decidió aventurarse en una cueva donde, según una leyenda antigua, habitaba el espíritu de una joven indígena que protegía una mina de oro abandonada. Pero el aventurero no se inmutó al escuchar la historia; al contrario, entró con su ayudante con aún más ganas de descubrir algo nuevo.

Pero sus planes no salieron según lo esperado y el explorador

murió aplastado por la caída de una pared. Su ayudante terminó gravemente lesionado y, como la pared no parecía haber caído de manera natural, me llamaron a mí, Gisela Tamayo.

Soy una detective de origen bonaerense en la que nadie cree o confía para resolver un caso serio por ser mujer. Entonces os preguntaréis, ¿cómo es que me han llamado? Pues resulta que fui yo quien atendió la llamada y les dije que les enviaría al mejor detective disponible y, a continuación, me fui rápido hacia el lugar donde se cometió el crimen.

Cuando llegué, todos me miraron con desagrado, pero yo no les hice caso y empecé la investigación.

Me llevaron donde habían encontrado a las víctimas. Empecé observando la pared: no encontré nada, pero cuando me fijé en el trozo que aún estaba en pie, me di cuenta de que esto estaba planeado por alguien muy inteligente. Sospechaba que no era el fantasma el que había matado al aventurero, pero no se los dije, ya que da más miedo pensar que hay alguien ahí fuera capaz de matarte que pensar que estás condenado a muerte si te aventuras en la cueva del fantasma. Les dije que se mantuvieran alejados de la cueva.

Me fui a casa y empecé a analizar mis notas:

- Alguien se quería deshacer del aventurero.
- Aprovechan la leyenda del espíritu de la joven indígena de la cueva.

· Es alguien cercano a la víctima, algún familiar o amigo.

· Sospecho que no parará ahora.

Mañana empezaré a interrogar a sus seres “queridos”.

CAPÍTULO 2

Secretos familiares

Al día siguiente fui a la casa de la víctima para ver si encontraba algo que me indicara quién podría ser el culpable. Alguna disputa que nunca se acabó de resolver y que el culpable se guardó en su corazón todos estos años.

La casa era enorme. Me perdí entre sus pasillos, pero finalmente encontré la habitación que buscaba: el dormitorio del señor Fernández.

Busqué por todos los rincones, pero cuando me iba a dar por vencida tropecé y me cogí de un espejo. Este se abrió dejando ver un pasadizo secreto.

Entré por él y terminé en una



sala redonda iluminada por velas. En las paredes había un montón de estanterías con libros, y en las pocas paredes desnudas colgaban retratos familiares. Parecía que era la casa familiar de los Fernández.

Allí encontré un álbum familiar. Lo abrí y encontré a Tomás en una foto con un primo o su hermano. Su cara me sonaba de algo, pero no sabía ni de dónde ni de qué. Le hice fotos al libro y me fui a mi casa para analizarlas más tranquilamente.

Al salir tuve la extraña sensación de que me observaban.

Subí al coche y ya estaba en la carretera cuando un auto negro con los cristales teñidos se abrió paso entre el tráfico y se me acercó tanto que casi me tira fuera de la carretera. Yo aceleré hasta alejarme unos cuantos metros. El copiloto del vehículo sacó una

pistola y me apuntó. Esquivé la bala de milagro y me fui apresuradamente.

Finalmente lo perdí.

Llegué a casa y me puse a analizar las fotos. Entonces descubrí algo increíble...

CAPÍTULO 3

Vidas entrelazadas

¡No podía ser! Mi padre estaba en una de las fotos familiares del álbum.

¡Eso significaba que Tomás Fernández era parte de mi familia!

Ahora sí que tenía que resolver este misterio.

Mi padre me contó que su hermano y su primo no se llevaban bien. Quizás Tomás fuera ese primo.

Tengo que volver a esa casa. Debo haberme dejado alguna pista. ¿Pero cuál podría ser? Voy a revisar las fotos y veré si está ahí... No

hay nada... espera un momento...
¡hay algo en el cuadro de la pared!
¡No es un cuadro, es un mapa y la
cueva donde murió Tomás estaba
marcada con tinta roja!

Me temo que eso no puede
significar nada bueno. El asesinato
estaba planeado desde hace muchos
años por un niño, ahora adulto.

Más concretamente, su propia
hermana, mi tío o mi padre.

CAPÍTULO 4

Una entrada muy esperada

Ya tenía tres sospechosos y era
hora de interrogarlos.

Primero interrogué a Sofía
Fernández, la hermana de Tomás.

Me costó bastante rastrearla,
pero finalmente di con ella. Vivía
en una casa bastante parecida a
la de Tomás. Parecía una réplica
bastante buena. Unos guardias me
pararon la entrada, así que tuve
que encontrar otra manera
de colarme.

Finalmente encontré una
ventana abierta en el segundo

piso. Tomé impulso y di un salto.
Me cogí de milagro al saliente de la
ventana y me impulsé con fuerza
para subir.

Ya estaba dentro. Era una
habitación cuadrada con sofás y
mesas. Supuse que sería la sala
de estar.

Entonces escuché voces
desde el pasillo. Venían hacia mí.
Rápidamente me escondí debajo
de uno de los sofás.

Llegaron una mujer y los dos
guardias que me impidieron la
entrada. Uno de ellos se sentó
en el sofá en el que me escondía
y empezaron a hablar sobre mí.
Bueno, no me conocían, pero
hablaban de que alguien intentó
entrar en la casa. Después se
fueron y la señora se quedó sola.

Decidí salir e interrogarla allí.
Cuando salí no se inmutó de que
una desconocida estuviera en
su casa. No gritó. Me sonrió. Yo
estaba desconcertada. Me dijo que
me sentara y que empezáramos ya
con el interrogatorio.



La primera pregunta que le hice fue cómo sabía que iba a venir. Ella me respondió que cuando su hermano murió y yo empecé la investigación, me observó. Le gustó cómo hacía mi trabajo y despistó por un tiempo a los de la furgoneta negra. Al parecer, había alguien que no quería que resolviera el caso del señor Fernández. Alguien les había pagado para matarme.

No confiaba demasiado en ella. Así que continué con el interrogatorio. La siguiente pregunta fue si en algún momento de su infancia tuvo una disputa con su hermano que nunca solucionaron. Ella dijo que todos sus problemas los hablaba, ya que era psicóloga, y me enseñó su licencia. Era correcto. No había ninguna razón por la que pudiera haber querido matar a su hermano.

Me despedí de ella y me prometió ayuda si volvía a estar en peligro. Ella quería que encontrara al culpable de la muerte de Tomás. Su muerte le dolió mucho.

Al salir de su casa, vi a lo lejos la misma furgoneta negra que me intentó matar en la carretera. Me fui corriendo y ellos me persiguieron hasta el acantilado que daba al mar. Entonces, salté.

CAPÍTULO 5

Lesionada a la fuga

Me desperté en el hospital. No había nadie en la habitación.

De pronto entró una enfermera acompañada de Sofía Fernández. Tenía cara de preocupación.

La enfermera nos dejó solas. Entonces me contó por qué estaba preocupada: mi jefe había descubierto que estaba atendiendo el caso y había enviado a otro agente en mi lugar. Ella habló con

él y lo convenció de que me diera hasta medianoche para resolver el caso. Eso no era todo: los de la furgoneta habían puesto carteles con mi fotografía como si fuera una criminal, y la policía venía por mí. Llegarían en diez minutos, así que me vestí y me fui corriendo. Me dolían las costillas. Me había roto alguna.

No tenía tiempo que perder, así que me apresuré e interrogué a mi tío Miguel.

Me lo encontré en el garaje llorando. Siempre fue tan sensible emocionalmente, como buen actor. No sabía si era tristeza de verdad o un engaño. Por suerte sabía cómo descubrirlo, así que me acerqué a él y le hice cosquillas en el cuello, pero no se reía. Era tristeza, y yo sabía por qué: era por la muerte de Tomás.

Miré la foto familiar y vi que los que jugaban juntos eran Tomás y mi tío Miguel.

Estaban muy cerca el uno del otro. Le pregunté cómo estaba,

pero se notaba en sus ojos que le dolió mucho. Le di el número de Sofía por si necesitaba hablar con alguien.

Yo sabía que terminarían llorando los dos, por muy fuertes que intentaran ser.

Había sido un golpe duro para ellos y para mí. Aunque nunca lo conocí, seguía siendo mi tío segundo.

—Me pregunto por qué mi padre no me dijo nada de Tomás ni de Sofía... Mi padre...

CAPÍTULO 6

¡Fuiste tú!

Ya sabía quién era el responsable de la muerte de Tomás Fernández. Dolía muchísimo saber la verdad. El asesino, el que me quería muerta... era mi padre.

Solo me quedaban dos horas para entregarlo.

Me di prisa en llamar a Sofía para que “me entregara”, diciéndoles a los de la furgoneta



que estaría sola en media hora en la colina detrás de la ciudad.

Me fui hacia allí y puse las trampas: colgué una roca con una cuerda a un árbol y tensé la misma cuerda entre dos árboles. Así, cuando la pisaran, les caería encima. Y por si acaso no todos caían, también colgué una red con el mismo mecanismo.

A continuación, me escondí en un árbol y esperé.

Llegaron antes de lo esperado. Solo estuve dos minutos en el árbol.

Primero les cayó la piedra, y los que se salvaron acabaron en el suelo bajo la red.

Le cogí el móvil a uno de los caídos y le envié a mi padre un mensaje diciendo que ya me tenían y que viniera a por mí. Cuando vino, lo estaba esperando y le puse las esposas. No lo vio venir.

Me dolió mucho tener que entregarlo, pero era lo correcto.

Llegué con él media hora antes del tiempo límite y, al enseñar las pruebas, todos se quedaron mirándome con cara de incredulidad. Nadie se lo esperaba.

Se llevaron a mi padre a prisión. Tenía que pasar el resto de sus días ahí dentro.

Entonces, el director de la empresa me llevó a su despacho y me dijo que mi padre era un asesino experimentado. Nadie lo había atrapado nunca, y me ofreció un ascenso de trabajo. Pero no lo acepté y me fui, dejándolo aturdido.

Después de eso, empezaron a contratar muchas mujeres y yo empecé mi propia empresa de detectives.



Entre cenizas



**Kevin Abdiel
Herrera
Jiménez**

13 años
México





¿Alguna vez, mientras ibas caminando, viste a dos hombres o mujeres besarse?

Tal vez te pareció extraño. Me imagino que le hiciste alguna pregunta a tu mamá:

—Mami, ¿qué están haciendo ellos dos? ¿Eso no está mal?

Estas eran las preguntas que se hacían los niños al ver a doña Juana y doña María, quienes vivían en León Brindis, un ejido de Chiapas, México, ubicado entre las frondosas y verdes montañas.

Este lugar, como muchos en la región, respiraba la esencia de la tradición. Las calles se llenaban de vida durante el Día de San Juan Bautista y la Fiesta Grande

de enero, cuando las notas de la marimba se unían con el retumbar de los tambores y se continuaban con la famosa Danza de los Parachicos.

Un día, un amigo me contó que se le había perdido el dinero para comprar su comida. Estaba muy preocupado, ya que su madre, doña Lucía, era muy estricta y, si se enteraba, lo iba a castigar. Al verlo tan afligido, doña Juana se acercó a escucharlo. Aunque ella misma tenía muy poco, le ofreció lo poco que tenía. Muy probablemente, ese día se quedó sin comer para ayudarlo.

Doña Juana se dedicaba a los bordados. A lo largo de su carrera

hizo varios tipos de confecciones, entre ellas el estilo de los tzotziles –caracterizado por grandes flores con significado espiritual– y el de los tzeltales, donde las figuras geométricas representan la naturaleza. Cada pieza contaba una historia, reflejando tradiciones y creencias.

Cada día se levantaba muy temprano a bordar y preparar su desayuno, que generalmente consistía en un atolito con frijol y tortillas. Después salía a vender a algún pueblo cercano, y muchas veces volvía con todo. Siempre que pasaba eso, tenía un semblante de tristeza y decepción.

En una ocasión, al verla desanimada, me acerqué para conversar. Me invitó a su casa, una humilde construcción de madera y paja, angosta, con suelo de tierra. Al entrar me ofreció pozol agrio en unas tazas hechas de madera de coco, acompañado de chiles y sal, algo típico de la región. Mientras compartíamos la bebida,

comenzó a recordar su infancia. Fue una época dura, marcada por la pobreza, pero también por sueños grandes. Anhelaba convertirse en profesional y, con mucho esfuerzo, llegó hasta la preparatoria.

Fue entonces cuando conoció a alguien que vivía en situación de calle. Al principio, movida por la compasión, la acogió en su hogar. Con el tiempo, esa relación evolucionó, y lo que empezó como amistad se transformó en algo más profundo. Juana estaba enamorada. Como en todo amor verdadero, deseaba lo mejor para su pareja y, por ello, renunció a sus propios sueños para cederle a María las oportunidades que había ganado con tanto esfuerzo.

Mientras me contaba su historia, estuve a punto de preguntarle si era “normal” el amor entre mujeres, pero antes de hacerlo, alguien entró a la habitación. Era María, la pareja de doña Juana. En ese momento



no concebía que dos mujeres
pudieran estar juntas, así que
le pregunté si era su hermana.
Ella, con total tranquilidad,
respondió que era su novia.

Como niño curioso, reaccioné
con incredulidad, llenándola de
preguntas:

—¿Por qué?

—¿Eso es normal?

—¿No les da asco?

Con calma, me explicó
que ellas se amaban y que no
había nada de malo en ello.
Mi reacción fue reír y decir:

—¡Jajaja! Tienes que estar
bromeando, eso no es posible.

La habitación quedó en
silencio por unos momentos. Al
mirar sus ojos, pude notar una
profunda tristeza. Aunque les
dolía terriblemente, ya estaban
acostumbradas a esas
reacciones y no dijeron nada.

Cuando salí de la casa,

me invadió una sensación de
incomodidad, como si hubiera
hecho algo mal. Pero no podía
entender qué era. Lleno de
dudas, decidí averiguar más
sobre María. Descubrí que era
una maestra de origen zoque
que trabajaba en una pequeña
escuela donde la mayoría de los
niños no sabían leer ni escribir.

A menudo les hablaba de
su pueblo natal, un lugar lejano
con un río enorme y abundante
vegetación. Entre las historias
que compartía con sus alumnos,
destacaba su día favorito de la
infancia: el Día de San Miguel
Arcángel, celebrado cada 29
de septiembre con procesiones
religiosas, música tradicional,
misas, danzas y deliciosos tamales
de frijol, chicharrón, pollo o res,
acompañados de pozol agrio.

Aunque María extrañaba
profundamente su hogar, no

podía volver. Su familia la había rechazado al enterarse de que era lesbiana. Después de escapar, quedó completamente sola, sin nadie ni nada. Pasó días llorando por las calles, enfrentando hambre, frío y miedo. Recuerda que fue un periodo extremadamente duro, pero asegura que lo repetiría si fuera necesario, porque fue precisamente en medio de esa oscuridad cuando conoció a doña Juana, quien la rescató.

Doña Juana fue la única persona que creyó en ella, la apoyó para que estudiara una carrera, y con el tiempo nació entre ellas un amor profundo, que María asegura no cambiaría por nada en el mundo.

Su historia me impactó profundamente, aunque nunca reuní el valor para volver a hablarles.

Una de las alumnas de María, una niña pequeña, se

sintió identificada con esas historias. Desde hacía tiempo experimentaba sentimientos hacia una compañera, pero el temor al juicio la mantenía en silencio. Sin embargo, la actitud valiente de su maestra le despertó una chispa de coraje.

Una tarde, la niña se atrevió a confesárselo a su padre, don Juan, un hombre flaco y moreno, conocido por su carácter duro y su afición al alcohol. La reacción fue violenta. Don Juan no podía aceptar lo que su hija decía, y aunque su mente no dejaba de pensar en castigar a quien había “metido esas ideas” en su hijita, sabía que actuar directamente podría costarle la cárcel.

Decidió entonces convocar una reunión de vecinos en la casa ejidal. Allí, con voz cargada de resentimiento, expuso la situación. Pronto comenzaron los murmullos. Alguien aseguró haber visto a doña Juana y María besándose



dentro de la iglesia, frente a los niños. La indignación creció y, pese a algunas voces que proponían hablar con ellas antes de tomar medidas drásticas, la mayoría acordó expulsarlas del pueblo.

Días después, en una noche iluminada por la luna llena, una turba enfurecida se plantó frente a su casa. Entre gritos de odio y amenazas como “¡Lárguense!” y “¡No van a corromper a nuestros hijos!”, portaban lámparas y machetes, como si se tratara de brujas.

Lo que ocurrió después marcó al pueblo para siempre.

Un hombre, ebrio, arrojó fuego sobre la casa de paja. Pronto quedó envuelta en llamas. Doña Lucía, quien había instigado el odio, corrió por agua. Don Juan, que lideró la revuelta, buscó desesperadamente una forma de salvarlas. Los vecinos,

arrepentidos, trabajaron juntos para apagar el fuego, gritando ahora palabras de aliento en lugar de insultos. Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano.

Desde mi habitación escuché los gritos desgarradores de doña Juana y María. Resonaban por todo el pueblo, llenos de dolor y desesperación. Al final, el fuego consumió todo. El silencio que siguió fue ensordecedor.

La tragedia dejó al pueblo lleno de culpa. Muchos no pudieron dormir durante noches. Otros vomitaban al recordar lo ocurrido. Nadie esperaba lo que hizo don Juan. Incapaz de lidiar con el remordimiento, fue encontrado sin vida en una parcela suya.

La tragedia no solo dejó dolor, sino también preguntas y reflexiones sobre la intolerancia y el valor de la diversidad. Juana y María se convirtieron en una señal

de resistencia y amor.

Su historia inspiró a mujeres y niñas a cuestionar los prejuicios que enfrentaban y a luchar por sus derechos.

Aquella fatídica noche fue bautizada como La Noche Roja, un evento que marcó un antes y un después en la historia de un pequeño pueblo en medio de la selva. Con los años, se transformó en un recordatorio de que nuestra cultura y raíces también están hechas de historias de lucha: de hombres y mujeres que, como doña Juana y María, desafiaron las normas para vivir su verdad.

Hoy, La Noche Roja se conmemora como un homenaje al amor, la resiliencia y el orgullo de quienes tuvieron el coraje de ser auténticas en un entorno que no las entendía. En el marco de estas historias, surge una lección de nuestra identidad: un tejido de culturas y tradiciones que nos enseñan que, a pesar de

los errores, siempre podemos aprender y encontrar el orgullo en lo que somos.

Porque, al final, no somos solo herederos de un pasado cultural muy rico, sino también constructores de un futuro más inclusivo y humano.

INGLÉS

Who did it?

ESPAÑOL

¿Quién lo hizo?



**Teresa Caro
Gonzalez**

11 años
Panamá



¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



It was a stormy day. Annie was walking her dog when she was murdered. Years had gone by and nobody knew a thing about what happened. Nobody even knows how she got killed. All they know is that she was pulled into a bush and her body was burned. They have five suspects in the now-called Annie Investigation. There is her boyfriend, Marco Thomson. He was on a phone call with her at the time she got killed. Then there is her best friend Katie Rivers, who everybody knew was obsessed with Annie and wanted to be her. The next suspect was Mr. Emilio, Annie's father. He was an abusive father who eventually got a divorce

Era un día de tormenta. Annie estaba paseando a su perro cuando fue asesinada. Habían pasado años y nadie sabía nada de lo ocurrido. Nadie sabe ni siquiera cómo la mataron. Todo lo que saben es que la arrastraron hasta un arbusto y quemaron su cuerpo.

Tienen cinco sospechosos en la que ahora llaman Investigación Annie. Está su novio, Marco Thomson. Él estaba en una llamada telefónica con ella en el momento en que fue asesinada. Además, está su mejor amiga, Katie Rivers, de la que todo el mundo sabía que estaba obsesionada con Annie y que quería ser como ella.

and went crazy. He would throw plates at his wife and scream at his children. The last two suspects are D. Guy, who she wrote about in her diary, who supposedly is her drug dealer – and finally, a suicide. Everybody eventually concluded that it was the latter, but I don't believe that. Her life was in a great spot, it just didn't make sense.

But I know who did it. I was there. I saw her walking, and then she got pulled into a bush. That figure had golden blonde hair and piercing blue eyes. It was getting dark, so I didn't see much.

"It's been 10 months now," I say to my friend.

"Are you still nagging about that case?" my best friend whines, disappointed. "I think that case is over by now," she says. We walked to my locker to get my books. "But hear me out. She was killed, and nobody is going to court or jail for it!" I bother her, trying to get her to listen to me. As we walk

El siguiente sospechoso es el Sr. Emilio, el padre de Annie. Era un padre abusivo, que finalmente se divorció y se volvió loco. Arrojava platos a su mujer y les gritaba a sus hijos. Los dos últimos sospechosos son D. Guy, sobre el que escribí en su diario, supuestamente era su traficante de droga, y, por último, se manejaba la hipótesis de que se trataba de un suicidio. Al final, todo el mundo llegó a la conclusión de que era esto último, pero yo no lo creo. Su vida estaba en un gran momento, así que eso no tenía sentido.

Pero yo sé quién lo hizo. Yo estuve allí. La vi caminando y luego vi que se metió en un arbusto. Aquella figura tenía el pelo rubio dorado y unos penetrantes ojos azules. Estaba oscureciendo, así que no veía muy bien.

"Ya han pasado diez meses", le digo a mi amiga. "¿Sigues dando la lata con ese caso?", se queja mi mejor amiga, decepcionada. "Creo

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



to the science room, I feel like somebody's watching me. "Are you ok?" she asks. "Yeah, it's just..." I think of an excuse. "I didn't do my math homework." Lie. I always do it the day it's given. "Ugh, dammit, I was hoping to copy you—" RRING! RRING! "Class is starting! See ya!" She runs off in the other direction, dropping all her social studies papers. I walk into the science room, throwing my backpack against the wall. I make sure to reapply my lipgloss, to look extra good for Cameron.

"Hello class. Today we have two new transfer students from the Institute of Belgium!" Every year, we have 2 new transfer students, and we are forced to "include" and "make them feel welcome." Bleh. "Emilia Campiros, sit next to...

que ese caso ya se ha terminado", dice. Caminamos hasta mi casillero para recoger mis libros. "Pero, escúchame. La mataron, ¡y nadie va a ir a juicio ni a la cárcel por ello!", la molesto, intentando que me escuche. Mientras caminamos hacia el salón de ciencias, siento que alguien me observa. "¿Estás bien?", pregunta. "Sí, es que...", pienso en una excusa. "No hice los deberes de matemáticas". Mentira. Siempre los hago el día que me los dan. "Maldita sea, esperaba copiarte...". ¡RING! ¡RING! "¡Comienza la clase! Nos vemos". Sale corriendo en otra dirección, dejando caer todos sus papeles de estudios sociales. Entro en el salón de ciencias y tiro la mochila contra la pared. Me aseguro de volver a aplicarme el brillo de labios para

Cameron.” Dammit. That lucky girl. She smirks at him as she sits in the chair closest to him.

“Handril Jillsson, you may sit next to... ah yes, Cally Rodríguez!” Of course I was chosen to sit next to one of the new kids. As he sat next to me, we touched hands, and my stomach did a backflip. We made eye contact, and my heartbeat sped up. He was really cute up close, and his eyes were shining like the sun. “Um, hey Cally!” he gave me a smirk. “You are really pretty.” I got a butterfly garden in my stomach. “Hi Handril.” I couldn’t breathe. I made sure to make myself look perfect as I touched my hair.

“I know I’m cute for this American school, but you need to control yourself,” I said, trying to be funny, because he wasn’t wrong. “You are a hell of a huge flirt, aren’t you Handril?” I asked as I twirled my hair. “Oh, don’t call me Handril, you can call me Han.” I

estar guapa para Cameron.

“Hola, clase. Hoy tenemos dos nuevos estudiantes transferidos del Instituto de Bélgica”. Cada año tenemos dos nuevos estudiantes transferidos, y nos vemos obligados a “incluirlos” y “hacer que se sientan bienvenidos”. Bah. “Emilia Campiros, siéntate al lado de... Cameron”. Maldita sea. Suertuda. Le sonrío mientras se sienta en la silla más cercana a él. “Handril Jillsson, puedes sentarte al lado de... ah, sí, ¡Cally Rodríguez!”. Por supuesto, me eligieron para sentarme junto a uno de los chicos nuevos. Cuando se sentó a mi lado, nos tocamos las manos y mi estómago dio una voltereta. Hicimos contacto visual y mis latidos se aceleraron. Era muy guapo de cerca y sus ojos brillaban como el sol. “¡Hola, Cally!”, me sonrió. “Eres muy linda”. Sentí un jardín de mariposas en el estómago. “Hola, Handril”. No podía respirar. Me aseguré

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



was about to piss my underwear.

"You know Cally? You look kinda nerdy, but can't seem to get my gaze aw—" he doesn't finish his thought because the teacher looks our way. "Miss Cally, do you have something to share with the class?" the whole classroom giggles. "Um... no..." I say nervously. He looks away. "As we were..." I don't even hear him.

When I got out of the classroom for a break, I thought he was following me, so I made sure to look my best. "Cally!" I hear. "Hey, bestie!" I turn around and see Emi. "You know, I saw this guy before in the hallways, and he was cute!" I think I know who she is talking about. "Oh, I think I had him in science," I pretended not to notice the fact

de verme perfecta mientras me tocaba el pelo. "Sé que soy guapa para un colegio estadounidense, pero tienes que controlarte", le dije, intentando ser graciosa, porque no se equivocaba. "Eres un gran coqueto, ¿no es cierto, Handril?", pregunté mientras me ensortijaba el pelo. "Oh, no me llames Handril, puedes llamarme Han". Estaba a punto de orinarme en la ropa interior. "¿Sabes, Cally? Pareces un poco nerda, pero no consigo que mi mirada, ah...". No termina su idea porque el profesor mira hacia nosotros. "Señorita Cally, ¿tiene algo que compartir con la clase?", ríe todo el salón. "Um... No...", digo nerviosa. Él mira hacia otro lado. "Como decíamos...". Ni siquiera lo oigo.

Cuando salí de clase al

he was right behind us.

"Yeah, he was crazy!" I looked to my side, trying my best to get him to notice me. "You lucky ducky! I would be staring at him the whole time," Emi said with a grin on her lips. We go to lunch together, through the crowded, noisy hallways, into the safe zone. "I'm gonna get a salad today," Emi says. She's so lucky. She can eat a mini salad and not be hungry after. "Oh, yeah. But isn't it burger day today?" I ask. "Ugh, burgers suck!" I walk with her to the salad aisle. "Wait, so you have science with Mr. Cutie?" I giggle. "Yeah. He told me I was pretty," after I told her that, she squealed so loudly that people in the line stared at us. "OMG, OMG, OMG! Girl, you should ask him out." I look away. "But what about Cameron?"

I said, thinking of my current crush, but Emi snorts. "What about him? He is so obsessed with you, it's disgusting." I look at her.

descanso, pensé que me estaba siguiendo, así que me aseguré de tener el mejor aspecto posible. "¡Cally!", oigo. "¡Hola, amiga!". Me doy la vuelta y veo a Emi. "¿Sabes?, vi un tipo en los pasillos, ¡y era lindo!". Creo que sé de quién habla. "Oh, creo que lo tenía en ciencias", fingí no darme cuenta del hecho de que estaba justo detrás de nosotros.

"¡Sí, era increíble!". Miré a mi lado, intentando por todos los medios que se fijara en mí. "¡Qué suerte tienes! Yo estaría mirándolo todo el rato", dijo Emi con una sonrisa en los labios. Vamos juntas a comer, atravesamos los pasillos abarrotados y ruidosos y llegamos a una zona de seguridad. "Hoy voy a comer ensalada", dice Emi. Es tan afortunada. Puede comerse una mini ensalada y no tener hambre después. "Oh, sí. Pero, ¿no es hoy el día de la hamburguesa?", pregunto. "¡Agh, las hamburguesas apestan!". La acompaño a la

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



"You think so?" we both laugh until the lunch lady asks for our order. "Just a salad, please!" Emi says, as she confidently grabs her salad and goes to the cash register. "Um... I'll have a salad too, please." I grab the salad and walk to my table. "Omg hi, Cally!" "How are you?" "Does your sprained knee still hurt!?!?" "Will you come to volley today?" I can't believe I've never noticed this, but there is always somebody who wants to talk to me. They think I'm so cool, huh? "Cally!"

I turn around, blushing as I remember that voice. Han. He runs to me. "I was waiting for you!" he says, with short breaths. "Ummmm" I blush as I finish my salad. At this point, all the girls have gone silent. "I was wondering

sección de ensaladas. "Espera, ¿así que estás en clase de ciencia con el Sr. Bonito?". Suelto una risita. "Sí. Me dijo que era guapa", después de decirle eso, gritó tan fuerte que la gente de la fila se nos quedó mirando. "¡Dios mío, Dios mío! Nena, deberías invitarlo a salir". Desvío la mirada. "¿Pero qué hago con Cameron?", dije pensando en mi actual enamoramiento, pero Emi resopló. "¿Qué pasa con él? Está tan obsesionado contigo que da asco". La miro. "¿Tú crees?", las dos reímos hasta que la señora de la comida nos pregunta por el pedido. "¡Solo una ensalada, por favor!", dice Emi, mientras toma con confianza su ensalada y se dirige a la caja registradora. "Um... Una ensalada también, por favor". Tomo la ensalada y me dirijo

if you wanted to walk to PE together.” The P.E. campus is so far away from here, you have to jog if you don’t want to be late. “Sure!” I quickly finish the last piece of lettuce and walk to go throw away my plate. He follows me.

“Come on, Cally Dally, we’re gonna be late!” he and I giggle as we run to PE class, knowing that we are still gonna be late. “You... have... PE... right?” I say, between breaths. We stop at the courts. “Yeah, we have every class together,” he said, with a smile. We both drop our backpacks at the doorstep of the court and when we walk in, the coach screams at us. “Tardy!” and gives us a tardy slip to show the principal. I always throw them away, anyway.

I walked into PE class, very aware that Han wouldn’t stop looking over at me. I tried my best to do a high ponytail, but I did not achieve it. “CALLY DALLY!! Over here!” my friend Beth shouts at

a mi mesa.

“¡Hola, Cally!”, “¿Cómo estás?”, “¿¡Todavía te duele el esguince de rodilla!?”, “¿Vendrás a vóley hoy?”. No puedo creer que nunca me haya dado cuenta, pero siempre hay alguien que quiere hablar conmigo. Creen que soy genial, ¿eh? “¡Cally!”. Me doy la vuelta, ruborizada al recordar aquella voz. Han. Corre hacia mí. “¡Te estaba esperando!”, dice, con la respiración entrecortada. “Ummmm”, me sonrojo mientras termino mi ensalada. En este punto, todas las chicas se han callado. “Me preguntaba si querías que caminemos juntos a educación física”. El campus de educación física está tan lejos de aquí que tienes que correr si no quieres llegar tarde. “¡Claro!”. Termino rápidamente el último trozo de lechuga y camino para ir a tirar mi plato. Me sigue.

“¡Vamos, Cally Dally, vamos a llegar tarde!”, él y yo reímos

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



me. "Oh hey! Do you want to play volleyball?" she gets a huge grin on her face. "Really?!" I smirk. "Yeah, of course!" we get a volleyball and start passing it to each other. Han walks over to me, his face hidden in his golden hair, and when he looks up at me, his gorgeous blue eyes shimmer in the broken, dimmed lights of the volleyball court. "Um, hey Cally. I was wondering where you lived, to see if we could go on the same bus together." I blush like a tomato on a sunny day. Beth looks at me with the biggest smile I've ever seen her have. "Um, I live in Maria Bay, near Robinson Road," I say, trying to sound as confident as possible. "Oh! That's just around the corner to my house!" he looks at me with a huge smile. "Ooh,

mientras corremos hacia la clase de educación física, sabiendo que aun así vamos a llegar tarde. "Tú... tienes... educación física... ¿verdad?", digo, entre respiraciones. Paramos junto a las canchas. "Sí, tenemos todas las clases juntos", dijo, con una sonrisa. Los dos dejamos las mochilas en la puerta de la cancha y, cuando entramos, el entrenador nos grita. "¡Llegan tarde!", y nos da una hoja de retraso para mostrársela al director. De todos modos, siempre las tiro.

Entré en la clase de educación física, muy consciente de que Han no dejaba de mirarme. Intenté por todos los medios hacerme una coleta alta, pero no lo conseguí. "¡¡CALLY DALLY!! Por aquí", me grita mi amiga Beth. "¡Oh, hola! ¿Quieres

do you think we'll go on the same bus?" I whisper-mouth, as the coach walks by us. He comes a little closer. "...I hope." I slightly look up, to notice the huge height difference we have.

"How tall are you?" I ask him, hoping he won't back away. "Haha, I'm 6 foot 2." Oh. My. God. He was very tall. "Oh, I'm 5 foot 3'," I say. He laughs. "I never noticed how short you are." I look away. "You should go with your partner now." He slightly lowers his smile and walks away.

"Wow, I can't believe you just rejected him." I worry. "You think so? I was just worried that the coach would notice he was over here." She sighs. "You just rejected him." Oh well. He won't last long. "Ugh, are you sure?" She looks at me straight in the eyes. "Yeah, girlie, you rejected him." We pass the ball to each other, while giggling because we both can't throw the ball straight.

jugar al voleibol?", se le dibuja una enorme sonrisa en la cara. "¿En serio?!". Sonríe. "¡Sí, claro!", cogemos una pelota de voleibol y empezamos a pasárnosla.

Han se acerca a mí, con la cara oculta bajo su pelo dorado y, cuando levanta la vista hacia mí, sus preciosos ojos azules brillan bajo las luces apagadas de la pista de voleibol. "Um, hola, Cally. Me preguntaba dónde vivías, a ver si podíamos ir juntos en el mismo autobús". Me sonrojo como un tomate en un día soleado. Beth me mira, con la sonrisa más grande que le he visto nunca. "Vivo en María Bay, cerca de Robinson Road", digo, intentando sonar lo más segura posible. "¡Oh! Está a la vuelta de la esquina de mi casa", me mira con una enorme sonrisa. "Oh, ¿crees que iremos en el mismo autobús?", susurro, mientras el profesor pasa a nuestro lado. Se acerca un poco más. "... Eso espero". Levanto ligeramente

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



After passes, we had to run the mile at the field, and as soon as we finished, we would be dismissed. "Why does the coach always make us run the mile?" I sigh. "Running sucks. I just want to do volleyball," I said while still running. "SAME," Beth replies as we both jog our way to the finish line. "Finally!" we both say, laughing. I swoop my backpack and run to Han.

I know what I'm doing, I think to myself. "Han!" he quickly stops walking and comes to me. "Yeah?" I blush. "Umm, I was thinking we could meet up at the beachwalk later today." He smiles. "Of course, Cally Mally." I hide a giggle at the sound of him giving me a nickname. "So, 6:30 p.m.?" he asks me. "Sure!" He comes closer and gives me a warm, side hug.

la vista, para darme cuenta de la enorme diferencia de altura que tenemos. "¿Cuánto mides?", le pregunto, esperando que no se eche atrás. "Ja, ja, mido 1,90". Dios mío. Era muy alto. "Oh, yo mido 1,70", le digo. Se ríe. "Nunca me había fijado en lo bajita que eras", miro hacia otro lado. "Ahora deberías irte con tu compañera", baja ligeramente la sonrisa y se aleja.

"Vaya, no puedo creer que lo hayas rechazado". Me preocupo. "¿Tú crees?, solo me preocupaba que el entrenador se diera cuenta de que estaba aquí", suspira. "Acabas de rechazarlo". Ni modo. No durará mucho. "Uf, ¿estás segura?", me mira directamente a los ojos. "Sí, nena, lo has rechazado". Nos pasamos la pelota la una a la otra, mientras

Oh, I'll miss him when he leaves. "I'll miss you when you leave," I tell him. "I might not leave..." I gasp softly. "Um?" I ask. He laughs. "Oh yeah, my mom told me I might stay. This school is way better than my old one." I look at the clock. 3:15 p.m. "OMG, school has ended!" We both giggle. We walk to our buses. When I get home, I know exactly what to pack in my purse. My lip gloss, my hand sanitizer, my sunglasses, and my emergency kit. I pack all these things and pick out my outfit. "Hmmm... too pinky," my bestie says, through the phone. "Nope. Way too retro." I changed into a black frilly dress, designer of course. "OMG, perfect!" I giggle. I wait at the door for his car to come. "BEEP BEEP!" I look around and see a white, shiny Porsche. "Wow, your car is nice!" He smiles and he opens the door. "Yeah, I was trying to choose which one of my cars to bring to our date." I

nos reímos porque las dos no sabemos lanzarla recta. Después de los pases, teníamos que correr en el campo y, en cuanto termináramos, podríamos irnos. "¿Por qué el entrenador siempre nos hace correr?". Suspiro. "Correr es horrible. Solo quiero jugar al voleibol", le digo sin dejar de correr. "DIGO LO MISMO", responde Beth mientras las dos trotamos hacia la meta. "¡Por fin!", decimos las dos, riéndonos. Saco mi mochila y corro hacia Han. Sé lo que hago, pienso. "¡Han!", rápidamente deja de caminar y viene hacia mí. "¿Sí?". Me sonrojo. "Umm, estaba pensando que podríamos encontrarnos en el paseo marítimo más tarde hoy". Sonríe. "Por supuesto, Cally Mally", escondo una risita al oírle decir mi apodo. "¿A las 6:30?", me pregunta. "¡Claro!". Se acerca y me da un cálido abrazo de costado. Ay, lo echaré de menos cuando se vaya. "Te echaré de menos cuando te vayas", le digo.

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



gasp dramatically. "So expensive!" I say in a flirty manner, as I get into his car. We drive off into the sunset, giggling and smiling the whole way. He looks out the window. "Perfect place for a perfect lady." He winks at me, and we get out of the car, hand in hand. "Wow, this beach is beautiful!" We look at the sunset. "It is a perfect beach," he murmurs. "Nobody will hear you scream..." I whisper to myself. We walk off for ten minutes, and then he looks straight at me. He gets closer and closer, till our faces are almost touching. "I... want to be official." I blush. "But we've known each other for so little time." He gets even closer. "I know that this is destiny, Cally." He places his lips over mine. When he falls to the

"Puede que no me vaya...". Jadeo suavemente. "¿Cómo?", pregunto. Se ríe. "Sí, mi madre me dijo que tal vez me quede. Esta escuela es mucho mejor que la anterior", miro el reloj. 3:15 p. m. "OMG, ¡la escuela ha terminado!". Los dos nos reímos. Caminamos hasta nuestros autobuses.

Cuando llego a casa, sé exactamente qué meter en el bolso. Mi brillo de labios, mi desinfectante de manos, mis gafas de sol y mi kit de emergencia. Empaco todas estas cosas y elijo mi atuendo. "Umm... demasiado rosado", dice mi mejor amiga por teléfono. "No. Muy retro". Me puse un vestido negro con volantes, de diseño, por supuesto. "OMG, ¡perfecto!". Suelto una risita. Espero en la puerta a que llegue su auto. "¡BIP BIP!". Miro

ground, blood all over his chest.

"...what...?" he murmured, before dying. I look down, hands bloody, with the knife from my emergency kit in my hand. I throw his body into the ocean, on the deserted beach. I started remembering the Annie Investigation... I bet some people are still thinking about it. If you are wondering who did it, I did it. I did it, Annie.

a mi alrededor y veo un Porsche blanco y brillante. "¡Vaya, tu carro es bonito!". Sonríe y abre la puerta. "Sí, estaba intentando elegir cuál de mis carros traer a nuestra cita". Jadeo dramáticamente. "¡Qué caro!", le digo coquetamente, mientras subo al auto. Nos alejamos hacia el atardecer, riendo y sonriendo todo el camino. Mira por la ventana. "El lugar perfecto para una dama perfecta". Me guiña un ojo y salimos del carro tomados de la mano. "¡Vaya, esta playa es preciosa!". Miramos la puesta de sol. "Es una playa perfecta", murmura. "Nadie te oírá gritar...", susurro para mis adentros.

Caminamos durante diez minutos y luego me mira directamente. Se acerca cada vez más, hasta que nuestras caras casi se tocan. "Yo... quiero ser oficial". Me sonrojo. "Pero nos conocemos desde hace tan poco tiempo", se acerca aún más. "Sé que esto es el destino, Cally", coloca sus

¿Quién lo hizo?
Who did it?
Teresa Caro Gonzalez
PAN



labios sobre los míos. Cuando cae
al suelo, con sangre por todo el
pecho. "... ¿Qué...?", murmuró antes
de morir. Miro hacia abajo, con las
manos ensangrentadas y el cuchillo
de mi kit de emergencia en la
mano. Arrojo su cuerpo al océano,
en la playa desierta. Empecé
recordando la Investigación Annie...
Apuesto a que algunos aún lo están
pensando. Si se preguntan quién lo
hizo, he sido yo. Yo lo hice, Annie.



El ajedrez mágico de Kaori:

un viaje por la
literatura de
Arguedas



**Scarleth
Cortez**

12 años
Perú





En un pequeño pueblo llamado Calconga, rodeado de montañas y bosques donde las aguas de los ríos susurraban secretos antiguos, vivía una adolescente llamada Kaori. Ella tenía una pasión especial: el ajedrez. Pasaba horas jugando y perfeccionando sus estrategias, encontrando en el tablero un mundo donde la mente y el corazón se unían en una danza compleja y fascinante.

Kaori tenía una maestra de comunicación llamada Marianela, quien era conocida por su entusiasmo contagioso y su amor por la lectura. Cada día, Marianela motivaba a sus estudiantes a

sumergirse en los libros, diciendo:

–Leer es abrir una ventana al mundo, es descubrir mundos nuevos y, sobre todo, es encontrar nuestra propia voz.

Un día, Kaori se ofreció como voluntaria para ayudar a su maestra a ordenar la vieja y poco usada biblioteca del colegio. Mientras limpiaba el polvo de las estanterías y revisaba cajas llenas de libros viejos y materiales olvidados, vio una caja rota y polvorienta en un rincón. La curiosidad la hizo abrirla y descubrió en su interior un tablero de ajedrez antiguo, hecho con rocas del batolito. Las piezas estaban talladas de una manera

muy cuidadosa, y parecían tener vida propia. Aunque desgastadas, parecían hechas a mano con un detalle exquisito.

Kaori sintió una conexión especial con ese tablero. Su asombro la llevó a armarlo en ese mismo instante. Esa mañana, mientras colocaba las piezas en su lugar, notó algo extraño. Al colocar la última pieza, un resplandor dorado rodeó el tablero y, de repente, un portal se abrió ante sus ojos. Kaori fue transportada a otra época: a los tiempos de José María Arguedas.

El paisaje cambió y se encontró en los majestuosos Andes, rodeada de personajes que parecían salir de los libros de Arguedas. Las piezas del ajedrez cobraron vida a su alrededor, pero no eran simples figuras de roca: cada una personificaba a individuos de las historias de Arguedas, reflejando la lucha, el sufrimiento y la resiliencia de los pueblos andinos.

La Dama, Qori, era una figura

imponente y sabia, vestida con un manto bordado con hilos de oro. Representaba a una mujer que había visto generaciones de su pueblo luchar y sobrevivir. Su mirada transmitía tristeza y fortaleza, recordando las injusticias sufridas por su gente.

El Rey, Titu, era un anciano venerable, encorvado por los años y las cargas de la responsabilidad. Representaba al Inca, el símbolo de la unidad y la justicia. Aunque se movía lentamente por el tablero, su presencia era esencial para mantener el equilibrio y la armonía entre las piezas.

Los Caballos, Chaska e Inti, eran jóvenes y audaces guerreros, con cicatrices de batallas pasadas. Representaban la valentía y el espíritu indomable de los pueblos andinos, siempre dispuestos a luchar por su tierra y su gente, a pesar de la opresión que enfrentaban.

Los Alfiles, Manka y Qantu, eran los guardianes de la



espiritualidad y la cultura. Se movían en diagonales, reflejando la interconexión entre lo terrenal y lo espiritual. Llevaban consigo historias y canciones ancestrales, manteniendo viva la memoria de su pueblo.

Las Torres, Pacha y Rumi, eran las protectoras del reino, sólidas y firmes como las montañas. Representaban la fortaleza y la resiliencia: la capacidad de resistir y mantenerse en pie a pesar de las adversidades.

Finalmente, los Peones –Kusi, Sumaq, Yawar, Apu, Killa, Wayra, Nina y Wira– eran los humildes trabajadores del campo, los agricultores y artesanos que, con su esfuerzo diario, sostenían la vida del reino.

Mientras Kaori observaba este mundo, se dio cuenta de que las piezas personificaban las historias de sufrimiento y resistencia de los

indígenas maltratados. Los Peones representaban a los campesinos que trabajaban arduamente la tierra, apenas ganaban lo suficiente para sobrevivir. Los Caballos y Alfiles, con sus cicatrices, contaban historias de rebelión y defensa de su cultura y territorio.

De pronto, el tablero se vio amenazado por un misterioso y oscuro enemigo. Las piezas del lado contrario, dirigidas por un sombrío Rey llamado don Froilán, avanzaban con intenciones de conquistar y destruir. Él representaba una figura imponente que simbolizaba la autoridad, el poder y la opulencia de los conquistadores. La Dama, llamada doña Isabel, simbolizaba la arrogancia, el dominio y el desprecio. A su lado, los Caballos, Diego y Juan, eran guerreros valientes y despiadados,

dispuestos a aplastar cualquier resistencia.

En el otro lado del tablero, la Dama Qori, con su sabiduría, reunió a todas las piezas y les recordó la importancia de trabajar juntos, de usar sus habilidades y cualidades únicas para proteger su hogar. Cada pieza, inspirada por las enseñanzas de sus ancestros, jugaría su papel con determinación y valentía.

Las Torres enemigas, Pedro y Ruy, eran fortalezas impenetrables que simbolizaban el poder militar de los conquistadores. Las Torres de Kaori, Pacha y Rumi, eran montañas firmes. La batalla comenzó con una ferocidad impresionante. Las piezas enemigas avanzaban con arrogancia, subestimando la fuerza y la determinación del otro lado. Pero Qori, con su sabiduría, guió a su pueblo con estrategia. Cada movimiento era una lección de resistencia y unidad.

Kaori observaba la lucha con el corazón en un puño. Entendió que ese ajedrez mágico no era solo un juego, sino un reflejo de la historia y las luchas de su pueblo. El grupo de piezas, aunque marginado y abusado, mostraba una valentía que resonaba con la esencia de sus ancestros.

Durante la batalla ocurrió algo inesperado: Chaska, uno de los jóvenes Caballos negros, se encontró cara a cara con Isabel, una joven Peona blanca. En medio del caos, se miraron a los ojos y sintieron una conexión profunda. Isabel no compartía la arrogancia de sus compañeros y siempre había cuestionado el trato cruel hacia los indígenas. Chaska, intrigado por su compasión, empezó a intercambiar palabras con ella en los breves momentos de tregua. Isabel le confesó su deseo de ver un mundo más justo, donde todos pudieran vivir en paz, sin importar su origen.



A medida que su amistad crecía, también lo hacía el conflicto interno de Isabel, dividida entre su lealtad a su familia y sus sentimientos hacia Chaska. La relación despertó sospechas en ambos bandos. Don Froilán, enfurecido por la posible traición, ordenó a sus hombres que redoblaran los esfuerzos para someter a los indios. La brutalidad aumentó y las piezas negras sufrieron aún más abusos.

Isabel, testigo del sufrimiento, decidió actuar. Una noche silenciosa, se coló en el campamento de los negros y se reunió con Qori. Con lágrimas en los ojos, les suplicó que confiaran en ella y reveló los planes de ataque de su gente. A pesar de las dudas iniciales, Qori vio la sinceridad en sus palabras y aceptó su ayuda.

Con la información de Isabel, las piezas negras prepararon una estrategia defensiva. Chaska e Inti, con su audacia, flanquearon al enemigo; Manka y Qantu, con su conocimiento, anticiparon los movimientos del rival; Pacha y Rumi, con su firmeza, bloquearon el avance oscuro; y los Peones, con su humildad y esfuerzo, avanzaron poco a poco, demostrando que la constancia puede superar cualquier obstáculo.

La batalla final fue intensa. Las piezas negras, lideradas por Qori y Titu, lucharon con una determinación renovada. La ayuda de Isabel fue crucial. En un movimiento inesperado, Kusi, el Peón más joven, alcanzó la última fila del tablero y se transformó en una nueva Dama, fortaleciendo al equipo y asegurando la victoria.

Al final, fue la colaboración y el entendimiento mutuo lo que

trajo la paz. Isabel y Chaska, aunque de mundos diferentes, demostraron que el amor y la empatía pueden superar cualquier barrera. La victoria de las piezas negras no solo fue un triunfo sobre el enemigo, sino también una celebración de la unidad y la diversidad de su pueblo.

Kaori, al regresar a la biblioteca, comprendió la profunda enseñanza del ajedrez mágico: la verdadera fuerza de su pueblo residía en la unidad, la resistencia y el respeto por sus raíces. Compartió su experiencia con su maestra Marianela y sus compañeros de clase y todos quedaron profundamente conmovidos. Marianela, con lágrimas en los ojos, les dijo:

—Habéis aprendido una lección invaluable. La historia de nuestro pueblo es un testimonio de la fuerza y la valentía de nuestros ancestros. Debemos honrar su memoria y luchar por

un futuro donde la igualdad y el respeto prevalezcan.

Así, Kaori y sus compañeros se convirtieron en portadores de la enseñanza del ajedrez mágico. Inspiraron a su comunidad a valorar sus raíces y a aprender de la historia para construir un futuro mejor. Kaori volvió a su vida cotidiana, pero nunca olvidó la lección aprendida. Continuó jugando al ajedrez, sabiendo que cada partida era una oportunidad para honrar a sus ancestros y difundir el mensaje de igualdad y justicia.

En cada movimiento, en cada estrategia, Kaori sentía la presencia de Qori, Titu y el resto de las piezas negras, recordándole siempre que la verdadera victoria no está en ganar una batalla, sino en construir un mundo donde todos puedan vivir en paz y armonía.

La Asnu Wiksa



**Samira
Huamán**

12 años
Perú





iiii¿Qué ha pasado, Mama
Pacha?!!!!

–iiiiEs cierto lo que ven mis dos
ñawikuna!!!!

–iiiiEs cierto! ¿Dónde estoy?!!!!

–¿Es verdad lo que estoy pisando?

–¿O solo estoy flotando?

Mi nombre es Suti, una niña casi adolescente de 12 años. Vivo con mis taytamamakuna, mis padres, en las alturas de Lima, donde me siento más cerca del cielo que de la tierra. Presten mucha atención, ya sabrán por qué se los digo. Lo más impresionante es lo que se ve desde ahí.

Yo nací en Lima, en la parte más alta de la ciudad. Mi mamá es afroperuana de la costa, ella dice

que nació en la orilla del mar. Y mi papá, de la serranía, dice que nació en la orilla del río. Entonces yo les digo que nací al lado de las nubes, en la orilla del cielo. Este lugar no lo cambiaría por nada del mundo.

Mi experiencia se inició desde mis tres cortos años. Recuerdo que subía y bajaba de las nubes grises. ¿Cómo puede ser esto posible? Pues es cierto, tan cierto que lo puedes hacer en el lugar donde yo vivo: el lugar más impresionante del mundo, del cual estoy muy orgullosa.

En este lugar, cuenta la historia, que hace muchos años vivía un cóndor nisqa, con cuello blanco y cuerpo grisáceo, que

cuando volaba observaba desde lo más alto toda la ciudad de Lima. Era el vigilante de la ciudad. El cóndor nisqa vivía arriba de las nubes grises, las atravesaba para vigilar la ciudad y descansaba en la parte alta del cerro más alto de Lima, el lugar donde yo nací y vivo ahora.

En este lugar las nubes son grises y densas, por un fenómeno natural o sobrenatural que algún día, cuando sea científica, investigaré. Pero tengo la sospecha de que tiene que ver con la contaminación y lo accidentado del lugar. Para ello, mi madre siempre me dice que para ser científica no debo creer en todo lo que se afirma, sino que debo demostrar con experimentos y teorías esas afirmaciones. Así que lo haré, y se sabrá qué es lo que realmente hace que estas nubes sean grises y densas.

Por ahora solo tengo el privilegio de ver este fenómeno con mis ñawikuna –estos ojos

privilegiados– y disfrutar de este lugar desde donde puedo ver toda la ciudad. Para ser más precisa, este lugar es uno de los cerros que bordean Lima y que, con la expansión, ya se ha llenado de casas.

Mi relato comenzó un día de invierno, hace nueve años. Fue la primera vez que experimenté esta aventura de subir y bajar de las nubes grises, de estar en el cielo y luego en la tierra. Yo aún no asistía al colegio, era como a las seis y cuarenta de la mañana. Me asomé a la ventana y no creerían lo que vieron mis ñawikuna.

–Así les dice mi papá a los ojos, en mi casa es normal usar esta palabra quechua–. Me sorprendí, pues estaba en el cielo. ¡Sí, señores!, era el cielo, arriba de las nubes, desde donde podía ver una densa nube gris debajo de mis pies.

–¿Qué había pasado?

De ahí vienen las primeras expresiones de asombro que puse al inicio de este cuento.



Mi padre se dio cuenta de mi cara de asombro y soltó una expresión:

–¡Otra vez es la asnu wiksa que nos visita!

Quedé más confundida aún con esa expresión quechua.

–¿Qué significaba la asnu wiksa? –le pregunté. Inmediatamente mi padre se me acercó y me explicó:

–La asnu wiksa es un animal hembra que habita entre las nubes grises y densas. Nació del cruce entre un cóndor nisqa y una asna, que es la hembra del asno.

–¿Y por qué había sucedido ese caso tan raro?

Mi padre me contó que hace muchos años un lechero trajo una asna desde las serranías del Perú. Esta asna ayudaba a repartir la leche que él vendía. Un día, la pobre bestia se perdió, siguió caminando y subió el cerro. Allí se encontró con el cóndor nisqa, que

también era solitario. Se juntaron y procrearon un ser llamado la asnu wiksa.

La asnu wiksa es hembra, con cuerpo de asna y alas de cóndor. Puede volar lentamente por los cielos de Lima y habita entre las nubes grises. Lo que vi ese día era la panza de la asnu wiksa, de color gris, que se pierde entre las nubes densas. Dice mi padre que este animal no se deja ver por completo, así que no podemos saber cómo son sus extremidades ni su cabeza, pues se esconde entre las nubes. A lo más, podemos ver su panza.

Mi madre también quiso aportar:

–La asnu wiksa significa “panza de burro”, es una expresión quechua. A Lima se le conoce desde hace años como “Lima con su cielo panza de burro”. Eso lo dijo hace mucho tiempo un

escritor muy conocido llamado Héctor Velarde.

—¡Qué interesante! —pensé. Me encantó la historia de mi padre sobre este animal que vive entre las nubes. Me parecía un cuento de esos que me contaban por las noches cuando era más pequeña, cuentos con animales cruzados, mis favoritos. Lo primero en lo que pensaba era: ¿cómo será la forma del animal? Mis padres siempre recordaban las costumbres del pueblo de donde habían vivido de niños y con esas costumbres me relataban interesantes historias.

Otra cosa importante de mi país, el Perú, es que en Lima la gran mayoría somos hijos de taytamamakuna, o sea, de padres que vienen del interior. Cada uno trae consigo sus costumbres y tradiciones. Aquí, esas costumbres se van adaptando a la vida de la capital. Por ejemplo, decimos que el río es hablador, que los cerros son machos y hembras, que de los lagos salieron los primeros

hombres, que el sol es nuestro dios y que le rendimos culto a la Mama Pacha, que es la tierra que nos da sus frutos.

Desde que escuché esa historia, le decía a mi mamá:

—¡Quiero volar entre esas nubes y ver pasar a la asnu wiksa! ¿Cómo serán sus ojos? ¡Quiero flotar como ella! ¿Con quién hablará? ¡Algún día seré su mejor amiga! ¿Se sentirá sola?

Recuerdo que desde niña tenía sueños donde flotaba sobre un algodón gris y hablaba con aquel extraño animal. Cuando despertaba, el sueño parecía real, porque seguía viendo la nube gris al lado mío. Fueron los mejores años de mi vida, en el lugar más mágico del mundo, que no cambiaría por nada.

Este fenómeno lo veo casi todo el año. Me hace creer que puedo lograr mis sueños. Y los sueños se cumplen con imaginación, esfuerzo, dedicación y con la ayuda de tus padres.



Cuando fui creciendo, mi mamá me acompañaba a bajar por esas nubes densas. Mientras caminábamos, yo sentía que mis pies ya no estaban sobre el piso. Esa neblina hacía que flotara. Quería seguir flotando para encontrarme con la asnu wiksa.

Cuando atravesaba las nubes y quedaba por debajo de ellas, miraba hacia arriba y veía de nuevo la panza del animal, cruzando el cielo. Así entendí por qué Lima se conoce como “Lima la gris” o “Lima cielo panza de burro”.

Ahora ya comprenden por qué digo que vivo en un lugar privilegiado: es el único lugar del mundo donde puedo estar en el cielo, caminar entre las nubes y, en unos pasos, estar de nuevo en la tierra. Me gusta más cuando estoy arriba, en el cielo, desde mi ventana, viendo las nubes grises debajo. Cada día bajo entre ellas

para ir al colegio, y cuando lo hago recuerdo la historia de la asnu wiksa. Me pregunto si habrá otro lugar como este.

Gracias, Mama Pacha, por este privilegio. Gracias a este fenómeno tan hermoso, ahora entiendo mejor todo esto a mis 12 años. Y sé que, algún día, cuando sea científica, encontraré la verdadera respuesta a por qué a Lima la llaman “panza de burro”.



Nacido en Venezuela y viviendo en Chile



**Ricardo
Chacín**

11 años
Venezuela



Nacido en Venezuela y viviendo en Chile
Ricardo Chacín
VEN



Nací en Venezuela, el 14 de noviembre de 2013, específicamente en la ciudad de Maturín. Mis padres vivían en Ciudad Guayana, pero decidieron que era mejor que naciera en Maturín porque mis abuelos maternos vivían allá, y así podrían cuidarme a mí y a mi mamá cuando yo naciera. Estuve con ellos un mes y luego nos fuimos nuevamente a Guayana.

En estos momentos vivo en Chile. Mi nombre es Ricardo Chacín, soy venezolano, pero vivo en Chile. En Venezuela vivía en un departamento en Ciudad Guayana. Tenía dos mascotas: Chelsea y Messi. A Chelsea mis

padres la encontraron en la calle, y a Messi lo adoptaron antes de que yo naciera. Allí viví cuatro años. Luego, mi mamá y yo tuvimos que irnos a la casa de mis abuelos, Nancy y Ramón, los padres de mi mamá. Esto sucedió porque mis padres tuvieron que tomar la triste decisión de que mi papá se fuera primero del país para buscar una mejor calidad de vida, ya que la situación en Venezuela cada día estaba más difícil y no alcanzaba para los gastos básicos.

La crisis económica en Venezuela comenzó en el año 2013, como consecuencia de la caída de los precios del petróleo, las expropiaciones y

las restricciones del control de cambio de la moneda. Todavía, en la actualidad, sigue existiendo esta crisis, lo que ha motivado a muchas personas a emigrar del país y separarse de sus familias y amigos. Por eso, en cada rincón del mundo hay venezolanos.

Mi papá decidió emigrar en el año 2018. Para él fue una decisión muy difícil porque no nos quería dejar ni tampoco abandonar este bonito país, Venezuela. Así que decidió emigrar a Chile. Para eso tuvo que vender su carro y así poder tener dinero para viajar. El viaje de mi papá fue por tierra, es decir, tuvo que tomar autobuses. El camino desde Ciudad Guayana, pasando por los países de Brasil y Bolivia, no fue nada fácil, porque duró 12 días. Esto se debió a que, cuando estaba en Brasil, el autobús se accidentó justo en una carretera que queda en medio de la selva. Allí estuvo como dos días. Cuando por fin salió de Brasil y llegó a Bolivia, coincidió con los

carnavales que se celebraban en esa ciudad, por lo que tuvo que quedarse un día más porque no salían buses con destino a Chile en esos días.

Mi papá llegó a Chile en febrero de 2018. Pudo conseguir un empleo y un arriendo, gracias a Dios. Se comunicaba todos los días con nosotros. Lo extrañábamos mucho. Pasamos la Navidad sin él, pero el 24 de diciembre de ese mismo año nos dio el gran regalo de que por fin nos volveríamos a ver, ya que había podido reunir el dinero para comprarnos los pasajes y así mi mamá y yo podríamos irnos a Chile para estar con él.

Mi papá nos compró pasajes para salir desde Brasil, pero teníamos que viajar por carretera hasta allá. El viaje sería en febrero del próximo año, por lo que mi mamá tuvo que hacer varios trámites, además de llevar solo lo necesario, ya que prácticamente dejamos todas nuestras cosas



en Venezuela. Bueno, las fuimos regalando porque no podíamos llevárnoslas. También tuvimos que dejarle nuestras mascotas a mis abuelos para que cuidaran de ellas, ya que no podíamos costear su viaje. Eso fue muy triste para mí: tener que dejar a mis abuelos y a nuestras mascotas sin saber cuándo los volveríamos a ver.

Se acercaba el día del viaje y tuvimos que irnos un día antes a Ciudad Guayana, ya que desde allí era más cerca llegar a Brasil. Mi papá había contratado un servicio de transporte que nos llevaría desde Ciudad Guayana hasta Brasil, ya que el vuelo salía desde allí. Teníamos que hacer dos conexiones para llegar a Chile. Estando en Ciudad Guayana, dormimos en casa de mi tía y, ya en la madrugada, nos fueron a buscar para salir por carretera a

Brasil. Fue muy triste despedirnos de mis abuelos. Recuerdo ver llorar a mi mamá durante el viaje. Ahora que lo pienso, si me separara de mis papás, lloraría muchísimo.

Después de un día, llegamos a la frontera con Brasil. Sellamos el pasaporte de salida de Venezuela y entrada a Brasil. Luego seguimos nuestro viaje por carretera hasta llegar a Boa Vista. Nos alojamos en una posada porque nuestro vuelo salía al día siguiente. Al día siguiente salimos para el aeropuerto. En este primer vuelo me quedé dormido, así que no supe qué se sentía viajar en avión, ya que era mi primera vez. En el segundo y tercero sí permanecí despierto. En el último me asusté mucho porque el avión se movía bastante, pero mi mamá me dijo que no me asustara, así que quedé más tranquilo. Por fin llegamos

a nuestro destino y mi papá nos esperaba en el aeropuerto. Al vernos, mi papá lloró mucho: estaba emocionado. Ese día nos sacó a pasear, me compró unas zapatillas deportivas y un helado. Con el pasar de los días, me di cuenta de que hacía mucho calor aquí en Chile.

En marzo empiezan las clases en Chile, así que mi mamá buscó inscribirme en un colegio. Una señora le recomendó la Escuela Santa Victoria, pero ya no había cupo, así que me inscribieron en la Escuela José Abelardo Núñez. Allí estudié kínder. Cuando comenzó el año escolar y empecé a compartir con mis compañeros, me di cuenta de que usaban algunas palabras que no entendía. Yo pensaba que hablaban en inglés, ja, ja, ja, ja. Después mi mamá me explicó que ellos tenían otros significados para algunas cosas. Por ejemplo, a la barriga le dicen “guatita” y “regalón” significa “consentido” para nosotros, entre muchas otras

palabras. Creo que con el tiempo me iré familiarizando con eso.

Al cursar primero básico entramos en pandemia. Llegó un virus llamado coronavirus, que provocaba fiebre y congestión nasal, pero no era cualquier enfermedad porque esta podía causar la muerte. Así que teníamos que andar con mascarilla y salir solo cuando era necesario. Tuve clases por una plataforma. Mi mamá me enseñó a leer y a escribir. Así también pasé mi segundo grado en casa. Ya para tercer grado se podía asistir a la escuela, pero con mascarilla.

Cuando tocaba cursar cuarto básico, mi mamá decidió cambiarme de escuela. Esta vez pudo conseguir un cupo en la Escuela Santa Victoria. De verdad, los primeros días extrañé a mis compañeros de la otra escuela, pero después hice amigos nuevos. Las tías me trataron muy bien y ahora tengo muchos amigos, y me gustan mucho mis profesores.

Nacido en Venezuela y viviendo en Chile
Ricardo Chacín
VEN



De todo mi tiempo aquí en Chile, me ha gustado mucho la manera en que celebran sus fiestas. Me gusta participar en los actos de la escuela, y también me gusta cuando estamos en la estación de invierno. El verano no me gusta mucho.

Espero conocer más de Chile y de sus tradiciones, y que mis abuelos puedan reunirse aquí conmigo porque allá en Venezuela quedaron solos. También espero que puedan traerme a Messi. Se me olvidó contarles que mi perrita Chelsea se murió. Me duele pensar que ya no la volveré a ver. Espero que Dios nos dé la oportunidad de traernos a Messi junto con mis abuelitos.

Estoy agradecido de que Chile nos acogió y de que podamos vivir aquí. También espero que en mi país, Venezuela, todo se arregle

porque me gustaría ir a visitar sus playas, de las que tanto me hablan mis padres.

¡Que viva Chile!



La mujer que pintó el agua



**Zoe Parro San
Román**

12 años

España





La primera luz que contempló Cayena fue la de un rayo de luna menguante. El primer sonido, el diálogo de la lluvia con las hojas de un caucho sabanero. Su madre, Margarita Rosa Gómez Velázquez, era una magnífica pintora. Pero bueno, la historia es sobre su hija.

Cayena iba a una escuela que tenía las paredes de rodocrosita, sillas que parecían de oro, en cada estantería había millones de libros de todas las temáticas: terror, amor, comedia, diccionarios... y una profesora que se portaba fatal con ellas. Por ese entonces, su escuela solo era de niñas. Solo daban clases de escritura, lectura, aritmética y religión.

Un día, la maestra le dijo a Cayena que se preparara para una excursión a la laguna de Guatavita. Cuando Cayena llegó a su casa y se lo contó a su madre, a esta no le hizo mucha gracia. Cayena nunca había visto el mar, ni el lago, ni el río... y la madre de Cayena le dijo que, si realmente quería ir, tendría que ganárselo con trabajo duro. Tendría que trabajar durante dos semanas.

El primer día su madre le pidió que la ayudara a hacer la colada. El segundo día, a hacer las camas. El tercero, a barrer. El cuarto, a coser y hacer la comida. El quinto día, a aspirar la cocina y el salón. El sexto, a volver a hacer la colada.

El séptimo, a volver a hacer las camas... y así hasta que acabaron las dos semanas. Un día antes de la excursión, la madre de Cayena le dijo:

—Ya te puedes ir a jugar, te dejo ir a la excursión.

Y Cayena se fue corriendo al salón, donde encontró algo blanco y rectangular. Era un papel, pero Cayena no lo sabía porque nunca había visto uno. Cogió unas pinturas y se puso a pintar, la expresión de su cara era increíble, tenía los ojos encendidos, los párpados casi le tocaban la frente, y no podía parar de pintar, y pintar, y pintar.

Su madre, al verla, se puso a llorar de alegría por ver que su hija pintaba por primera vez. Un rato después, Cayena le enseñó el dibujo. De fondo había un azul precioso, en el sur del papel un verde, con puntos amarillos, blancos, morados, naranjas, y animales que eso parecía un zoológico... había ardillas, lobos, y

pájaros de todos los tamaños y colores...

El día de la excursión, Cayena se metió en la mochila hojas y pinturas de todos los colores. Pasearon hasta la laguna durante 2 horas, 13 minutos y 47 segundos. Cuando llegaron, la expresión de las niñas de su clase fue increíble: nunca habían salido de su casa salvo para ayudar a sus madres.

Mientras todos estaban ocupados, Cayena sacó uno de sus folios y se puso a dibujar y a pintar. Entonces, la maestra se giró para hacer el recuento de niñas —que por cierto eran 12— y descubrió a Cayena pintando al borde de la laguna. Fue tanta la rabia de la maestra, que cogió los folios y se los tiró al agua.

Las demás niñas no se atrevieron a protestar, pero Cayena sí.

La maestra le dijo que nunca en sus años de maestra había visto a ninguna niña replicarle,



y se enfadó tanto, tanto, que llamó a su madre. La madre de Cayena no se enfadó, sino que le dijo cuatro cosas. Bueno, más de cuatro. Más bien seis. ¿Sabéis qué seis cosas?

–Pintar lo pueden hacer todos libremente.

Y con esas palabras se quedó Cayena.

Dieciocho años después...

Cayena ya tiene veintiocho años. Sí, sí, una mujer. Nunca se rindió pintando y cada mañana iba a la laguna de Guatavita donde su madre dijo esas palabras tan sabias. Como en su ciudad no dejaban a las mujeres pintar, decidió luchar para que esta actividad fuera para todos.

Un día, trabajando, le llamó una señora desde España para decirle que le daba una beca para la Universidad de Salamanca.

Cayena no sabía qué hacer.

Se había criado en Colombia y no podía dejar a su madre y a la laguna solas.

Entonces la rechazó. Dos días después llegó a su casa y encontró tirada en el suelo a su madre. Llamó a la ambulancia y vinieron enseguida. Una de las hipótesis era que le tuvo un infarto, pero Margarita le dijo que se había caído de la cama al levantarse. Los médicos le recomendaron a Cayena que su madre guardara reposo.

Y Cayena tuvo una idea. Cogió a su madre, que estaba en la silla de ruedas, y la llevó al lago de su infancia.

–¿Te acuerdas? –le preguntó Cayena.

Y claro que se acordaba.

Entonces abrió su bolso y sacó un trozo de papel.

–¿Y tú te acuerdas de esto?

Era su primer dibujo. Cayena

tomó la silla de ruedas y se pusieron a dar un paseo alrededor del lago. Entonces Cayena le contó que se ponía ahí a dibujar cada mañana el amanecer y el anochecer. Se acercó al borde de la laguna, metió las manos para lavárselas y empezó a pintar la laguna.

Entonces regresaron a casa y desde allí se pusieron a pintar las dos.

A Margarita la llamaron por teléfono diciéndole que, si no entregaba todos los dibujos que tenía de su hija para venderlos, habría consecuencias. Margarita se lo contó a Cayena.

Cayena se asustó y llamó a la policía y a todas las compañeras de clase de cuando eran pequeñas. Todas juntas se pusieron sus mejores galas y cogieron muchísimos papeles para pintar. Cuando terminaron los dibujos falsos, los metieron en un plástico y los enviaron a la dirección que dio la persona misteriosa.

La policía esperó a que apareciera el ladrón. Entonces llegó una señora de unos 68 años, se acercó y tomó el plástico con los dibujos. Era la profesora de su infancia. Todos se quedaron boquiabiertos porque no veían a la profesora desde hacía unos... ¡18 años!

La policía tiró a la señora al suelo y la apresaron. La profesora descubrió poco después, en la cárcel, que los dibujos eran falsos.

Mientras tanto, Cayena, con su madre, dibujaba tranquilamente. Y nunca nadie las volvió a molestar jamás. Ni siquiera la profesora.

Cada niña de la clase de Cayena tuvo un futuro. Y se casaron.

Bueno, casi todas. Porque Cayena no se casó.

Espera. ¿Cómo que no? ¡Claro que se casó! Y con un chico muy guapo que conoció paseando.

¿Queréis que os cuente cómo fue?

La mujer que pintó el agua
Zoe Parro San Román
ESP



Pues veréis: después dejar a la profesora a la cárcel, se aburrieron tanto que, para no ir a su casa, decidieron ir a dar un paseo a la laguna.

Allí había un chico. No penséis que estaban solas. Él era rubio, con los ojos azules. Tenía una camiseta naranja y unos pantalones azules cortos.

Y os preguntaréis cómo se casó Cayena con este chico. Resulta que el chico era el portavoz de la beca que le iban a dar desde España. Pero como Cayena no aceptó la beca, el chico se enamoró y quiso casarse con ella. Tuvieron dos hijas a las que llamaron María Cecilia Botero y Johanna Bahamón. Por cierto, no fueron pintoras sino actrices.

Sé que esta historia ha sido un poco corta, pero me ha encantado compartirla con vosotros.



Agradecimientos



A los diez jurados de la primera ronda del concurso: Sandra Comino (Argentina), Rodrigo Ures (Argentina), Marcela Castro (Brasil), Adriana Urrea (Colombia), Jael Gómez (Colombia), David Cortés (Colombia), Alberto Chimal (México), Alfonso Ochoa (México), Elvia Silvera (Venezuela) y Maité Dautant (Venezuela).

A los tres jurados de la ronda final: Mary Grueso (Colombia), Roger Mello (Brasil) y Mateo García (México).

A los 11 ilustradores que personificaron cada relato: Arturo Josué Portillo Zelaya (El Salvador), Desiree Alexandra Gneco De la Cruz (Rep. Dominicana), John Jairo Varón Pimiento (Colombia), María Magdalena Barrios (Paraguay),

Lucila María Oliva Cabrera (Argentina), Stephany Milagros Peña Mesa (Rep. Dominicana), Ana Luiza Batista da Silva (Brasil), José Fabián Estrada (México), Maricell Salazar Meza (Colombia), Silvana Bossa Bossa (Colombia) y Bianca Goretti Mulato Millán (México).

A la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) por su valioso apoyo en la difusión y promoción de la segunda edición del certamen. Gracias a su compromiso con la educación y la cultura en la región, más de dos mil niños y niñas participaron en esta edición. A ellos también les agradecemos por animarse a escribir, imaginar y creer en el poder de sus ideas.







Antología de
ganadores de la
segunda edición
del concurso

MACONDO
SÍ TIENE QUIEN LE
ESCRIBA



Fundación 

CAF BANCO DE DESARROLLO
DE AMÉRICA LATINA
Y EL CARIBE

ISBN 978-628-06664-1-8



9 786289 066641



ISBN 978-628-08894-1-8



9 786289 088941

Fundación 

CAF

BANCO DE DESARROLLO
DE AMÉRICA LATINA
Y EL CARIBE